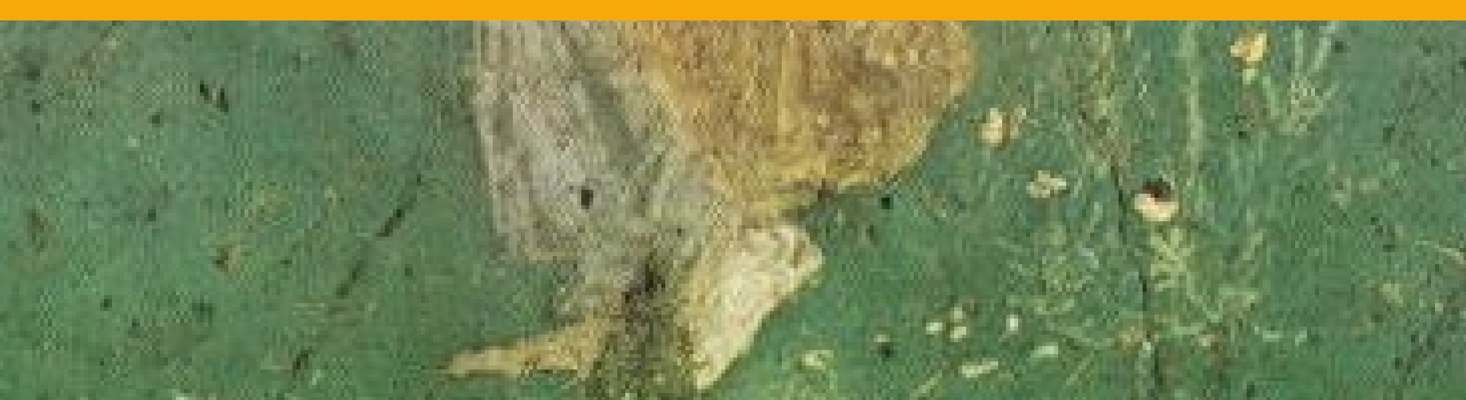
EL ALMA ROMANA

Pierre Grimal



EL ALMA ROMANA

PIERRE GRIMAL



ESPASA FÓRUM
Directora: Pilar Cortés Editora: Olga Adeva
Edición original: *L'Áme romaine,* Perrin, 1997
Traducción del francés: Mercedes Corral Corral
Libraire Academique Perrin, 1997

Diseño de cubierta: Tasmanias
Ilustración: *La Primavera o Flora,* fresco pompeyano. Museo de Nápoles. Foto Oronoz
Maqueta de cubierta: Ángel Sanz Martín
Depósito legal: M. 14.439-1999 ISBN: 84-239-9744-8



Impreso en España / Printed in Spain Impresión: Huertas, S. A.
Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

Primera parte

LOS CONQUISTADORES

Segunda parte

LOS CONSTRUCTORES

Tercera parte

LA PAZ ROMANA

INTRODUCCIÓN

ROMA ANTES DE ROMA

Una loba amamanta a dos recién nacidos. Los tres se encuentran guarecidos bajo una roca, a la orilla de un río. En el cielo, sobre ellos, vela un dios. En la mano izquierda lleva un gran escudo, en la derecha una lanza v en la cabeza un casco. A lo lejos, medio oculta por los arbustos que bordean el río, una joven los busca. La loba permanece inmóvil. Su cometido está a punto de terminar. Los niños serán devueltos a su madre v sus destinos podrán cumplirse. La loba volverá a su bosque, el dios finalizará su guardia y desaparecerá. Las armas que lleva indican que no es otro que Marte, el dios de la guerra. Pero está ahí para proteger, no para luchar, a menos que aparezca algún bandido y amenace a los niños.

Así es como empezó todo. Por lo menos así es como lo contaban, hace más de dos mil años, en un pueblecito de Italia situado en lo alto de una colina, no muy lejos de un río presa de cóleras repentinas. Cuando sus aguas, henchidas por la tormenta, desbordaban las orillas, todo el valle se convertía en lago. Ese pueblo, nadie sabe por qué, se llama Roma. La historia que le aguardaba marcaría para siempre la de los hombres.

¿Cómo pudieron unos simples pastores cambiar de ese modo la faz de la Tierra? Ni se debió al azar ni los que participaron en tan extraordinaria aventura se vieron implicados en ella contra su voluntad. Ignoraban, por supuesto, dónde los arrastraban las fuerzas que sentían dentro de ellos; pero, a pesar de todos los obstáculos y adversidades, guiados por una especie de instinto, lucharon para que su patria se convirtiera en el «reino del mundo», en árbitro más que en dueña de las naciones. Es más, los descendientes de esos pastores, emparentados con los lobos del bosque romano, transformaron en naciones los agrupamientos humanos contra los que se enfrentaron. De algunos de ellos aprendieron mucho, mientras que otros lo aprendieron todo de ellos.

El hombre no comenzó a preocuparse por su historia hasta muy tarde. Cuando se confía a unos pocos la memoria de un pueblo, carece de fidelidad mientras no se apoye en la escritura. Durante un tiempo la poesía puede socorrerla, pero en ese caso se halla sometida a miles de tentaciones, entre las que no se encuentra precisamente la preocupación por la verdad. Lo que se convertirá en Historia comienza con los dioses y con los héroes, que tanto se les parecen. De esa forma, una loba cuidó a los hijos del dios Marte, uno de los cuales, Rómulo, fundaría Roma. En los bosques que recubrían las colinas romanas había lobos, por lo que a los pastores que las habitaban no les fue difícil imaginar que una divinidad tutelar, más poderosa que los lobos, pero en cualquier caso bastante allegada a ellos, podía, misteriosamente, ser su antepasada. Este parentesco les hacía sentirse menos solos en el mundo, que, sin esta afinidad revelada v afirmada por los poetas, les hubiera resultado un lugar terriblemente solitario.

Pero nunca hubo un romano que pensara que antes de Rómulo el mundo estuviera vacío. Todos sabían, o creían saber, que antes del fundador de Roma el país no carecía de habitantes, que en él había varios pueblos gobernados por reyes. Se aseguraba que éstos habían reinado en la región de Alba Longa, situada al sureste de Roma y cercana al lago del mismo nombre. Se decía también que el nombre de Lacio, que designaba la región situada entre este lago y el mar, se debía al hecho de que un dios llamado Saturno se había refugiado allí *(latuisset),* tras ser expulsado de la morada divina por su hijo Júpiter (el «Padre de la luz»); pero no existe duda de que en esos tiempos míticos la lengua latina estaba todavía muy lejos de existir.

Aun así, todas estas leyendas no se hallan desprovistas de significado. Cuando Saturno vino exiliado al Lacio trajo con él la Edad de Oro. Bajo su reinado, dirán más tarde los poetas, no era necesario trabajar el campo ni penar en los surcos. Todo nacía por sí solo. La tierra era espontáneamente fecunda. Los hombres, al no tener nada que desear, vivían en paz v armonía. Los romanos nunca perderían el sentimiento de que la verdadera felicidad del hombre reside en la libertad interior v no en el deseo de objetos que nos son ajenos. Esta libertad, a la que llamaban *otium* (ocio), designaba la independencia del alma, liberada de las obligaciones inherentes a la sociedad, que pueden convertirnos en sus esclavos. Una vida feliz es aquella que no se ve afectada ni por el deseo ni por los sinsabores que comporta una indigencia extrema.

Es cierto que el espectáculo de la Roma imperial podrá parecernos con frecuencia muy

alejado de este ideal, cuando todas las riquezas de la tierra afluyeron a las orillas del Tíber; pero nunca faltará, ni siquiera en ese momento, alguna voz para recordarlo, para exaltar la sencillez de una vida cercana a la Naturaleza v condenar los refinamientos inútiles que los romanos nunca dejaron de considerar ajenos a su ideal.

En los tiempos en que Roma todavía no existía y los pueblos sólo conservaban de sí mismos una memoria infiel, la tierra italiana ya había acogido, o visto surgir, sospechamos, a muchos pueblos cuyas huellas se encuentran sepultadas bajo tierra. Naturalmente, desconocemos casi por completo el lenguaje que utilizaban. Sin embargo, percibimos su diversidad a través de las diferencias formales y decorativas de los objetos que testimonian su paso y nos abren, de alguna forma, los archivos de su existencia. Aparte de los vestigios que nos proporcionan las excavaciones, del fondo de los tiempos nos llegan algunas briznas de palabras que, gracias a la ciencia y al ingenio de los científicos modernos, han podido ser identificadas como pertenecientes a una de las lenguas que utilizaban. Esto nos hace recordar que, muchos siglos antes de la fundación de Roma, varias generaciones humanas vivieron en las regiones que, un día, formarían parte del Imperio romano -no lejos de ese mar del que se decía que ocupaba el «medio de la tierra», de ese Mediterráneo a orillas del cual se habían instalado los pueblos del Lacio-, y que los romanos, sea cual sea la importancia que adquirieron a lo largo de los siglos, también recibieron una herencia, aunque no sepamos exactamente de quién.

Parece poco probable que las primeras formas de civilización en Occidente no tuvieran un origen oriental, que no fueran el resultado de una larga evolución que sólo podemos captar de una forma bastante imperfecta, pero a la cual contribuyeron los pueblos más diversos, algunos aportando técnicas, como la de la metalurgia, y otros elaborando sistemas de notación que hacían posible la transmisión directa de los conceptos o, indirectamente, de las palabras que los designaban. El primer procedimiento es el utilizado en los ideogramas, y el segundo, en la escritura fonética. Tanto el uno como el otro fueron los empleados durante milenios en los «jeroglíficos» egipcios (literalmente, los «grabados sagrados»).

Los primeros textos en lengua latina son inscripciones muy breves en las que se emplea una escritura utilizada desde hacía mucho tiempo en Grecia y en Asia Menor, en la que a cada letra corresponde un sonido. Es probable que este alfabeto fuera traído a Italia, tal vez hacía el siglo viii antes de nuestra era, por los colonos griegos instalados en Cumas, en lo que después sería el golfo de Nápoles. Este alfabeto, con escasas diferencias, es el que seguimos utilizando nosotros.

Hacia esa época en Italia vivían varios pueblos. La mayoría hablaban alguna de las lenguas llamadas «indoeuropeas». Éstas ocupan un vasto dominio que se extiende desde los países celtas o celtizados, como la Gran Bretaña, hasta Grecia. Se las encuentra también en Asia Menor. Pero, dentro de este dominio, existía un auténtico imperio ocupado por un pueblo del que sabemos muy poco, el de los etruscos, que pertenecía también al grupo indoeuropeo. Los griegos los conocían como *tyrrhénoi.* Este nombre se conserva en topónimos como el mar Tirreno. Si bien poseemos no sólo simples inscripciones en su lengua, sino auténticos textos, ésta sigue siendo en gran parte desconocida para nosotros. En todo caso, no tiene ningún parentesco con el griego ni con el latín, aunque utilizara la misma escritura. La hipótesis más verosímil sobre su origen es la que los identifica con los misteriosos tursha (mencionados en algunos textos egipcios del siglo XIV antes de nuestra era), que, con otros pueblos procedentes del mar, habían amenazado Egipto. Sea como sea, estos etruscos, sólidamente instalados en Italia central desde antes de la fundación de Roma, ocupaban la región que les deberá más tarde el nombre de Toscana. Son conquistadores que se superponen a las poblaciones de lengua indoeuropea y conservan los caracteres propios de su civilización, su lengua y sus ritos, ante todo aquellos que permiten adivinar el futuro. Los romanos recogerían cuidadosamente todo este saber dándole el nombre de *disciplina etrusca,* la «ciencia etrusca».

El papel histórico de los etruscos en Italia y en el oeste mediterráneo durante la edad clásica de Grecia, en los siglos vi y v a. de C., sólo puede entreverse. Lo único que sabemos de cierto es que lucharon contra los griegos y se opusieron a sus intentos de dominar Sicilia y de asegurarse la supremacía marítima en el Mediterráneo occidental. Para ello, se aliaron a los colonos fenicios, instalados en Cartago y dueños del país africano. Se enfrentaron asimismo a los colonos griegos que, hacia mediados del siglo vi a. de C., habían venido de Focea, en Asia Menor, y se habían instalado en los alrededores de Marsella y en Córcega.

Esta es la imagen que podemos hacernos del mundo occidental en el momento en que va a comenzar la gran aventura romana. La propia Roma sólo es al principio una insignificante aldea situada en el cruce de unas vías que no nos atrevemos a calificar de comerciales. En esta mitad del siglo VIII a. de C. los intercambios no podían ser numerosos, ya que en ella no había yacimientos mineros y su agricultura era muy rudimentaria, por lo que no poseía nada que pudiera provocar la codicia de los conquistadores. Al principio en manos de sus propios reyes, Roma se integra a continuación en lo que parece haber sido una confederación de aldeas dominadas por príncipes etruscos y en las que se instalan nuevos pobladores, nómadas o errantes. Según la tradición, Rómulo, el fundador, creó un «asilo» entre las dos cúspides del Capitolio para acoger a los que, por alguna razón, eran excluidos de sus lugares de origen. ¿Leyenda o recuerdo de una realidad?

Lo que nos interesa es la forma en que se produjo el paso de la aldea a la ciudad. Según la leyenda -la que los historiadores modernos consideran como tal-, Roma conoce, a partir de Rómulo, cinco reyes «indoeuropeos», a los que suceden tres reyes etruscos. Uno de éstos fue Servio Tulio, del que no se sabe demasiado bien quién fue realmente. Los historiadores antiguos le atribuyen la mayoría de las instituciones que hicieron de Roma una ciudad comparable a las de los otros pueblos de la Antigüedad. También se piensa que son obra suya las antiguas murallas que rodeaban la ciudad, pero, en realidad, son posteriores a su época. Es posible que estas antiguas murallas, llamadas «servianas», reemplazaran a otras que consistían en un ag*ger,* es decir, en un simple terraplén de tierra, sin albañilería.

Los innegables vínculos de los etruscos con los países de Oriente tal vez expliquen el que los romanos se consideraran descendientes de unos príncipes troyanos que, debido a la conquista de Troya, su ciudad, se habían visto obligados a dispersarse y a huir hacia Italia. Sea cual sea la parte de leyenda que hay en esta tradición, es cierto que, desde su pasado más lejano, Roma se sintió solidaria del mundo en cuyo seno se formó el helenismo, lo que la situaba en un lugar aparte dentro de la constelación de colonias establecidas en occidente durante los primeros siglos del segundo milenio antes de nuestra era. Roma, en sus inicios, no aparecía ni como una ciudad «griega», lo que sería burdamente anacrónico, ni tampoco como una ciudad susceptible de integrarse en el mundo que, más tarde, será el del helenismo. Las afinidades lingüísticas con las ciudades griegas cuya vecindad hará parecidas a ella, en Sicilia, en Campania, prepararán esta integración. Era más fácil, para un viajero venido de Atenas, de Esparta o de Mileto, hacer comprenderse en el Lacio que en un país cartaginés.

La Revolución que, en los últimos años del siglo vi a. de C. puso fin a la dominación de los reyes etruscos llevó al poder no ya a un rey, sino a un grupo social definido, el de los *patres,* es decir, el de los jefes que tenían bajo su dependencia a una «familia» descendiente de un antepasado común y que conservaba el recuerdo de este parentesco. ¿Puede extrañarnos la importancia concedida a tal noción en una civilización pastoril? ¿Acaso los animales de una misma raza no conservan unos caracteres comunes que hacen su excelencia? La antigua historia de Roma aporta bastantes indicios que permiten pensar que este mismo principio dominó durante mucho tiempo la vida política. En esta perspectiva se comprenderá la larga preeminencia concedida a los «patricios», es decir, a los hombres cuya familia, en los orígenes, pertenecía a un grupo que conservaba la antigua concepción. Se comprenderá también que una sociedad así, basada en el recuerdo de un antepasado común, ya sea real o ficticio, haya podido deteriorarse a medida que su población aumentaba, que las antiguas *gentes* veían crecer su número, ya sea legítimamente, ya sea en virtud de alguna ficción jurídica. Sabemos que el privilegio político reconocido a los *patricii* no tardó en ser discutido por la Roma republicana, y que poco a poco fueron disminuyendo las diferencias que los separaban de los *plebei,* es decir, de los descendientes de los «recién llegados», los que no podían reivindicar un padre y, por esta razón, participar de los privilegios políticos y sobre todo religiosos de los *patricii.* Pero fueron necesarias largas luchas para que las diferencias de *status* entre unos y otros desaparecieran totalmente. En el último siglo de la República sólo quedaban algunos vestigios de la antigua distinción.

Estas fueron las condiciones en las que nació y se formó el mundo romano. En esta obra recordaremos sobre todo su fidelidad a una cierta idea del hombre, de su lugar en la ciudad, es

decir, en el grupo humano que lo acoge, ya sea en virtud de su nacimiento, ya sea porque, en el curso de su existencia, se vio inducido a integrarse en ella. Hay romanos que, nada más venir al mundo, se sintieron solidarios con las tradiciones religiosas y morales heredadas de sus padres y lucharon para que sobrevivieran. Durante mucho tiempo fueron los más, y eso probablemente explique la fortuna de los romanos. Cuando hacia finales del siglo 1 de nuestra era un autor griego se pregunta sobre las causas de la grandeza de Roma y sobre su importancia en la historia humana, llega a la conclusión de que las circunstancias, el azar, representaron un papel, pero que finalmente fue la sabiduría, es decir, una excelencia particular del espíritu y del alma, lo decisivo.

Primera parte

Los conquistadores

1

ORÍGENES DEL IMPERIO ROMANO

Esa mañana, a pesar de lo temprano de la hora, hacía mucho calor. Se intuía que el mar no podía estar muy lejos, pero el cielo africano, iluminado por un sol ya alto, hacía presagiar una tórrida jornada. Por una pista de arena abierta entre dos extensiones en las que sólo se divisaban algunas palmeras enanas avanzaba un coche tirado por dos caballos. Un pequeño grupo de jinetes lo escoltaba. Eran soldados, armados tan sólo con una espada corta y cubiertos con un manto que ondeaba a su alrededor. Dentro del carruaje iban un hombre en la flor de la edad y un niño que, como mucho, debía de tener doce años, pues todavía llevaba la toga pretexta. No había duda de que eran dos personajes importantes, pero sin ningún carácter oficial. Iban vestidos con una sencilla túnica blanca y llevaban la cabeza al descubierto. Tal vez, cuando el sol fuera más ardiente, se la cubrirían con una banda de tela. El niño había enrollado su toga y la había apoyado sobre el cuello del caballo.

—Sabes —le decía el hombre de más edad a su pequeño compañero—, me alegra que mi país te guste. Como ves, aquí hace menos fresco que en tu querida Tibur[1] , pues no hay ríos ni cascadas. Después de dejar los roquedales y las montañas de Cirta, lo único que hay es esta llanura que se pierde en el horizonte, hasta aquellas colinas que se distinguen a lo lejos. Es cierto que es un paisaje algo monótono, pero en este lugar han ocurrido tantas cosas y han vivido tantos hombres que no puedo dejar de emocionarme al evocar su pasado. ¿Ves esas cabañas alargadas y cubiertas de paja que parecen barcos posados en la arena? La gente de aquí las llama *mapalia.* Viven en ellas, junto a sus rebaños de ovejas. A veces pueden estar durante meses sin volver a la aldea. Los rebaños no tienen necesidad de establos, viven al aire libre, y los pastores siguen su ejemplo. En sus cabañas sólo guardan los objetos más indispensables. Esta gente no tiene ciudad, ni tampoco murallas ni defensas. Viven así desde hace siglos. Los llaman númidas, que, como sabrás, en griego significa «pastores». A diferencia de nosotros, carecen de un hogar para acoger a las divinidades. No construyen templos, pero tienen sus propias divinidades, a las que conciben a imagen de lo que les es familiar. De la misma forma que, en sus rebaños, la transmisión de la vida depende del carnero, que es

[1] Lugar de veraneo situado a treinta kilómetros al norte de Roma, hoy Tívoli.

su padre y su jefe, ellos adoran como dios supremo a un carnero divino. Pero no sienten la necesidad de representárselo materialmente como todos los demás pueblos, que se complacen en ver a sus divinidades y piden a los artistas que modelen estatuas parecidas a la imagen que se hacen de ellas. Quizá tengan razón. Ya te he dicho muchas veces que, para conocer a los dioses, no es necesario verlos, ni siquiera hacerse la ilusión de percibirlos. Son de la misma naturaleza que nuestro pensamiento; carecen de un cuerpo propio. Nosotros los vemos, en nuestros sueños, de la misma forma que vemos en nuestros recuerdos a los amigos ausentes o las imágenes de un templo que ya no existe. No podemos tocarlos. Pero eso no significa que no existan, que no tengan un poder real sobre nuestras almas y a veces sobre las cosas. Pueden ponernos tristes o llenarnos de alegría o de angustia, dependiendo de lo que hayamos hecho o pensado. Pertenecen al mundo del espíritu. Si les dirigimos nuestras plegarias, si les testimoniamos nuestro respeto o nuestra fidelidad, acuden junto a nosotros y nos ayudan. Se hallan presentes en todos los momentos importantes de nuestra vida y nos protegen siempre que se lo pidamos. A cambio, para manifestarles nuestra gratitud y nuestro deseo de agradarles, les ofrecemos sacrificios y los alimentos que más apreciamos. Los dioses se apoderan misteriosamente de ellos y asimilan su substancia. El vino que derramamos en su honor, las libaciones que preceden a nuestras plegarias, se secan sobre la piedra donde las vertemos. La carne de las víctimas que les consagramos es consumida por el fuego del altar donde la depositamos o bien es despedazada por las aves, que son sus mensajeros o sus intérpretes ante nosotros. De esta forma, entre los dioses y nosotros se abren unos caminos misteriosos que existen aunque no los veamos.

Aunque los dioses sean invisibles a nuestros ojos, se encuentran presentes en todas partes. Nos corresponde a nosotros descubrirlos, y eso sucede cada vez que, en nuestro corazón, tenemos una intención recta. Entonces nos vemos recompensados por la sensación de paz y de alegría que nos transmiten. Como sabes, los dioses pueden adoptar múltiples aspectos, pero cada uno de éstos es tan sólo un símbolo de lo que son en realidad. El dios carnero de los númidas es una más de las formas que adopta nuestro Júpiter Óptimo y Máximo que, en Roma, reina sobre el Capitolio, donde lo vemos en toda su majestad. Ambos encarnan la misma idea. Nos hacen comprender que, cuando el ser humano está solo y encerrado en sí mismo, no se diferencia demasiado de un animal aislado y perdido en una naturaleza frente a la cual apenas dispone de recursos. Sólo comienza realmente a existir cuando se reúne con sus compañeros. La amistad, ese instinto que nos lleva a buscar la compañía de los otros seres humanos, nos convierte en hombres y perfecciona nuestra humanidad. Esta verdad, que los filósofos griegos enseñan con muchas palabras, el carnero

africano, rodeado de su rebaño, se la hace descubrir por instinto al más pobre, al más salvaje de los númidas, y por eso, ante todo, es considerado como un dios.

El hombre guardó silencio, y el niño, después de quedarse pensativo durante un momento, dijo:

—Mi querido Frontón, he comprendido perfectamente lo que acabas de decirme. Sin ti, sin lo que me enseñas cada día, yo no sería nada; se trata de una verdad que es válida para cada uno de nosotros. Si los romanos nos sentimos como en nuestra casa en cualquier lugar del mundo es porque todos obedecemos a las mismas leyes y dirigimos nuestras plegarias a los mismos dioses. Esto me lo has enseñado tú. Gracias a ti sé cuánto representa el Imperio para todos nosotros, y te estoy muy agradecido por tus lecciones. Pero dime, si es verdad que el hombre es un bien para el hombre, ¿por qué los pueblos lucharon y luchan tan a menudo entre ellos? ¿Por qué, por ejemplo, vamos ahora acompañados por jinetes armados, cuando estamos en una provincia del Imperio y en plena paz? ¿Por qué llevan el pecho protegido por una coraza de metal y de cuero? ¿Por qué llevan en la cabeza un casco adornado con unas plumas tan hermosas? ¿Por qué llevan un escudo, una lanza y una espada? ¿Qué finalidad tiene todo eso si el mundo está en paz, si los dioses del Imperio y, sobre todo, la majestad del príncipe[2] garantizan nuestra seguridad?

—Veo —dijo el hombre al que su joven compañero acababa de llamar Frontón— que no te dejas convencer tan fácilmente y que necesitas argumentos sólidos. No puedo censurarte por ello. Si te he hablado como un filósofo es porque sé que aprecias mucho este lenguaje. Sin embargo, no debes olvidar que lo que acabo de expresar es sólo una verdad ideal, llamada, seguramente, a realizarse algún día, pero que por ahora sólo está en camino. Estoy completamente seguro de que algún día existirá ese mundo pacificado en el que ya no habrá crímenes ni guerras. Recuerda que tu querido Virgilio predijo que el mundo volvería a la Edad de Oro cuando naciera ese niño que nadie, perdóname, sabe exactamente quién podrá ser o quién fue. Tal vez se equivocara un poco en su predicción. Puede ocurrirles a los mejores profetas. Sin embargo, no se hallaba descaminado. Antes del nuevo reino de Saturno, en un Lacio ensanchado, se seguirán viendo, dice, restos del espíritu malvado que dominaba antaño. No hay duda de que los árboles crecen lentamente y que hay que esperar mucho tiempo antes de verlos alcanzar todo su vigor. En esto Virgilio demostró ser un buen profeta, pues ya en esta época vemos menos guerras. Los ciudadanos ya no se matan entre ellos. Una gran parte del mundo está en paz. Y además, entre todos los favores que nos conceden los dioses, se encuentra el de la esperanza. ¿No te he contado a menudo la historia

[2] A partir de Augusto, el emperador posee el título de *Princeps,* primer inscrito en la lista de los senadores, lo que le confiere una autoridad especial.

de Pandora, a quien los dioses le dieron un cofre que contenía todas las formas de la felicidad? Le prohibieron abrirlo, pero ella les desobedeció y lo abrió, y todas las felicidades se escaparon y volvieron a subir al cielo, con los dioses. En el fondo del cofre sólo quedó la Esperanza. ¿Sabes el significado de esa historia? Por una parte es desesperanzador y por otra consolador. Nos dice que aunque los hombres no podamos acceder a una felicidad perfecta debemos conservar la esperanza de alcanzar algo que se le parezca, a condición, por supuesto, de que no desfallezcamos en nuestro esfuerzo. A los hombres no les será concedida nunca la felicidad si ellos mismos no trabajan para conseguirla. Debe ser su conquista. Esta es, pues, la razón de que nos escolten estos jinetes.

Siempre podemos temer que algún bandido nos ataque. Nunca debemos permitir que nuestra vigilancia se distraiga, ni siquiera en un camino como éste, en plena paz.

¿Sabes por qué te llevo tan lejos de Cartago? Quiero mostrarte el lugar donde se produjo uno de los grandes dramas de nuestra historia. Vamos a Zama, situada en el lugar mismo donde, como sabes, Aníbal fue vencido y donde P. Cornelio Escipión, el procónsul romano, derrotó a los ejércitos de Cartago.

—¿Cornelio Escipión? ¡Pero si se apellida como tú! ¿Acaso no eres tú también un Cornelio?

—Por supuesto que soy un Cornelio. Eso significa que pertenezco a una de las familias originarias de África que recibieron la ciudadanía romana de uno de los procónsules que, por dos veces, vencieron a Cartago, sea el primer Escipión, el vencedor de Zama, sea el segundo, al que nosotros llamamos Escipión el Emiliano, porque, por nacimiento, pertenece a la familia de los *Aemilii,* pero que fue adoptado, muy pronto, por Cornelio Escipión. El recuerdo de su familia de nacimiento (la *gens,* en su sentido más amplio) no era, pues, abolido por la adopción, sino que subsistía en el *cognomen,* en el apodo de Emiliano. ¿Sabes que él fue quien triunfó definitivamente sobre Cartago y fundó la provincia romana de África, cuyos habitantes no sólo pasaron a ser ciudadanos de Roma, sino que se convirtieron además en miembros de la *gens* Cornelia? Yo soy uno de sus descendientes, pero no por línea sanguínea, sino con respecto a los dioses, y todos los años participo en el sacrificio que los miembros de la *gens* ofrecen a su divinidad protectora.

Pero te estoy hablando de *gens* y de familia, cuando, en realidad, eso es algo que pertenece ya al pasado, que se remonta a los primeros tiempos de Roma. Al principio, como sin duda sabrás, se llamaba *gens* al conjunto de personas que tenían un antepasado común. Después, con el paso del tiempo, en el interior de la *gens* surgieron las «malias», que eran como sus ramas. Como podrás suponer, el hecho de tener el mismo apellido, gentilicio (el de la *gens),* hacía particularmente fuerte, en los habitantes de una misma provincia,

el sentimiento de pertenecer a una sola patria, que ya no era simplemente el país en el que el azar les había hecho nacer, sino una ciudad regida por las mismas leyes, divinas y humanas, en la que se celebraban las mismas fiestas y en la misma época del año. El tiempo que, de acuerdo con su curso natural, dispersa las generaciones, les hacía recuperar en una fecha determinada su unidad primitiva, y el apellido de la *gens* se convertía en un signo de reconocimiento y de fraternidad.

Todo esto no fue decidido ni decretado por los legisladores. Todas estas cosas surgieron por sí mismas, se impusieron como hechos naturales. No olvides que los romanos que al principio poblaron el Lacio también fueron criadores de ganado, pastores, lo mismo que los númidas; pero, a diferencia de los pastores africanos, no llevaban a sus rebaños de pasto en pasto. No eran nómadas, sino sedentarios. Sus toros y sus carneros pertenecían a razas conocidas, de las que lo sabían todo, especialmente las características físicas que se transmitían de generación en generación. No les debió de resultar difícil constatar que con los seres humanos ocurría lo mismo. Fue entonces cuando apareció la idea de ciudad, de patria. Pero no pienses que el espíritu de conquista nació al mismo tiempo. A medida que se multiplicaban las aldeas, también proliferaban las alianzas entre ellas. Esos campesinos habían comprendido que, si querían subsistir, debían vivir en paz.

Hubo otros pueblos, y los sigue habiendo ahora, que consideraban que el honor y la gloria consistían en saquear, en apoderarse por la fuerza de los bienes ajenos. Pero esa no fue nunca la opinión de los romanos, para los que, desde la antigüedad, la guerra sólo era un último recurso que era necesario preparar en el caso de que todos los medios para mantener la paz se agotaran y los ataques de los otros pueblos la hicieran inevitable.

Sin embargo, antes de iniciarla, tenían que recibir la aprobación de los dioses y demostrar solemnemente que el recurso a la fuerza estaba justificado. En una palabra, que la guerra era legítima. Esa era la función del colegio de los feciales. Los ritos que realizaban estos sacerdotes eran tan antiguos como la misma Roma, pues ya existían en los tiempos de los reyes. Si, como pienso, algún día te ves llamado a ejercer algún cargo de responsabilidad dentro del Estado, vela para que Roma permanezca en paz con sus dioses y tenga el derecho de su parte. Lo cual no depende de que los sacerdotes y los magistrados cumplan formalmente los ritos, sino de que cada uno de nosotros tengamos la firme voluntad de practicar la justicia con los demás hombres y con los dioses, rindiendo a estos últimos los cultos que esperan de nosotros y practicando las virtudes de las que son modelo. Me inclino a pensar que este Imperio, que ahora es el nuestro, nos ha sido concedido por los

dioses porque nos lo merecemos, y que la larga serie de victorias que lo han hecho posible ha sido y es una recompensa a nuestra piedad.

Tales eran las palabras que el retórico Cornelio Frontón dirigía a su joven alumno Marco Annio Vero camino de Zama. Ni el uno ni el otro sospechaban que, unos años más tarde, Marco Annio Vero accedería al poder bajo el nombre de Marco Aurelio y recordaría lo que esa mañana le había dicho su maestro acerca de la naturaleza y la historia de ese Imperio cuya carga debería soportar más adelante.

2

UNA BATALLA EN LOS TIEMPOS DE ANÍBAL

Cuando a la mañana siguiente, poco antes de salir el sol, llegaron al lugar donde, tres siglos antes, había tenido lugar la famosa batalla, Marco y Frontón se instalaron en una colina desde la que se divisaba toda la llanura. Frontón mostró a su alumno el sitio exacto donde, antes del combate, Aníbal, sirviéndose de un intérprete, había conversado con Escipión. Durante sus campañas en Italia, Aníbal había adquirido algunas nociones de latín, pero no se consideraba digno de utilizar la lengua de su adversario. Los historiadores antiguos conservaron algunos ecos de esta conversación gracias al testimonio de los intérpretes. Aníbal ofrecía la paz a cambio de una repartición del mundo. Decía que el jefe romano debía recordar las victorias que los ejércitos de Cartago habían obtenido en la misma Italia y en Hispania. ¿Acaso quería tentar a la fortuna una vez más? ¿No era mejor firmar la paz? Roma podría conservar Hispania, las Galias, las islas Baleares, Cerdeña y una parte de Sicilia. A cambio de ello, una porción de esta última y todos los territorios africanos seguirían siendo cartagineses.

Escipión rechazó esta oferta. Los romanos, decía, no podían aceptar un tratado tan desfavorable para ellos. Durante esa guerra habían padecido la invasión de los cartagineses, que habían hecho todo lo habido y por haber para corromper a los aliados de Roma y habían saqueado y masacrado sin piedad. Ahora les correspondía a los africanos sufrir los mismos males. Además, ¿de qué serviría un acuerdo si Cartago, siguiendo su costumbre, faltaba a su palabra? Ellos, los romanos, tenían entre sus divinidades a la diosa Fides, que les había enseñado la Honestidad y acudiría en su ayuda en el campo de batalla. Al día siguiente, los dos ejércitos se enfrentarían.

El ejército de Aníbal era muy numeroso, pero se hallaba compuesto por elementos muy diferentes. En él había mercenarios galos y griegos venidos de Macedonia. Y también italianos del sur, que habían servido a Aníbal y le habían permanecido fieles cuando, tras sus derrotas, se retiró de Italia. Esos hombres no sentían ninguna simpatía por Roma ni se consideraban ligados a ella por ningún vínculo. No querían caer bajo su dependencia. Por otra parte, estaba demasiado próxima a ellos, mientras Cartago, al encontrarse más lejos, les parecía menos peligrosa.

El ejército de Aníbal disponía de ochenta temibles elefantes. No obstante, a lo largo de la guerra, Escipión había descubierto la forma de protegerse de ellos. En la práctica,

resultaban poco manejables, pero no había duda de que su olor asustaba a los caballos de los jinetes romanos, que se encabritaban ante su proximidad, y el espesor de su piel les hacía prácticamente invulnerables. Cuando cargaban, su masa hacía que el choque fuera irresistible.

Aníbal los había situado en primera línea.

Detrás de ellos había agrupado a doce mil mercenarios galos y ligures, estos últimos originarios de las montañas de la región genovesa. Eran los elementos menos decididos, pues sólo habían seguido a Aníbal por la paga. En segunda línea se encontraban las tropas más sólidas: la infantería africana, los cartagineses, los libios, familiarizados con el desierto, y los cuatro mil griegos procedentes de Macedonia, considerados como los mejores soldados del mundo. A esto se añadían dos cuerpos de caballería: en el ala derecha, los jinetes cartagineses; en el ala izquierda, los jinetes númidas. Por último, había una tercera línea de apoyo, compuesta por hombres procedentes del sur de Italia, de la región que hoy llamamos Calabria. Estos últimos odiaban muy especialmente a los romanos, quienes, desde hacía siglos, trataban de apoderarse de sus aldeas y de someterles a su ley.

Enfrente, Escipión recurrió al despliegue habitual del ejército romano, ideado un siglo antes, cuando tuvo que luchar contra Pirro, rey de Epiro, quien se había formado siguiendo el ejemplo de Alejandro, ese conquistador invencible que había constituido un imperio griego que iba desde el Mediterráneo hasta la India. Ese imperio se había revelado frágil y no había tardado en dividirse en reinos, pero la táctica de Alejandro fue imitada por sus sucesores. Se basaba en el empleo de la falange, una infantería compacta y armada de largas lanzas, que, al cargar, se lo llevaba todo por delante. Los romanos habían encontrado la forma de responder a ese ataque dividiendo a la legión (cuerpo del ejército reclutado entre los ciudadanos a principios de cada primavera) en unidades relativamente ligeras a las que denominaron «puñado» *(manipulus),* formadas por cien hombres (una «centuria»). Poco después, el manípulo recibió el doble de efectivos, por lo que, a partir de entonces, estuvo compuesto por doscientos hombres, divididos en dos centurias, cada una de ellas a las órdenes de un centurión. El centurión que dirigía la centuria de la derecha, en el orden de batalla, tenía bajo sus órdenes a todo el manípulo.

Al principio, cada soldado aportaba su propio armamento, de modo que las armas diferían según la fortuna del soldado. Los más pobres eran los vélites, término que probablemente significara los «rápidos», o tal vez los que van vestidos solamente de tela, o

de cuero, es decir, los que no llevaban coraza. En un total de doscientos por legión, iban armados con una espada corta de dos filos y disponían de lanzas ligeras. Llevaban un escudo redondo de tres pies de diámetro (algo menos de un metro) y un casco de cuero para protegerse la cabeza. Por lo general, no combatían en unidades organizadas, sino individualmente y en orden disperso, de forma que su intervención era imprevisible y, por lo tanto, más peligrosa para el enemigo.

La legión estaba compuesta a su vez por tres clases de soldados que combatían en el interior de su formación bajo las órdenes de sus oficiales. Estaban los *hastati,* los *principes* y los *triarii;* éstos fueron los nombres que recibieron en un principio, pero que, muy pronto, perdieron su significado. En primera línea se situaban los *hastati,* que ya no iban, como en los comienzos, armados con el *hasta,* una lanza larga, sino con una jabalina corta, *el pilum.* Después venían los *principes,* antaño los hombres de la primera línea, que ahora combatían en la segunda. Y por último los *triarii,* que, como al principio, seguían formando la tercera línea. Iban armados con la lanza, el *hasta,* y estaban organizados como apoyo, normalmente en manípulos de sesenta hombres, a los que se añadían los vélites, cuyo número dependía de la configuración del terreno, del armamento del enemigo y de la formación adoptada por éste.

Ese era el instrumento del que disponía Escipión, quien supo servirse muy hábilmente de su agilidad y de su diversidad para defenderse de los asaltos de Aníbal, y evitar, abriendo la legión y dejando espacio entre las unidades, el ataque de los elefantes y la falange. De esa forma pudo esperar firmemente la intervención de los jinetes númidas del rey Masinisa, su aliado, que sorprendieron a los púnicos por la retaguardia y dieron la victoria a los romanos.

Marco, he querido contarte todo esto en el mismo terreno donde tuvo lugar la batalla con el fin de que puedas hacerte una idea de cómo fueron las guerras que dieron a los romanos su Imperio y comprender mejor con qué espíritu combatían. Como verás, la legión es sobre todo una formación destinada a la defensa más que al ataque. Los soldados romanos esperan los golpes antes de devolverlos. No olvides tampoco que, cada noche, la legión se parapetaba dentro de un campamento construido por los mismos soldados. Cada uno de ellos llevaba, entre sus pertrechos, una gran estaca, y al clavar todas las estacas en el suelo, unas junto a otras, formaban una empalizada con la que se hallaban a cubierto de cualquier ataque imprevisto y de toda clase de sorpresas. Los soldados romanos siempre se sintieron muy orgullosos de sus campamentos, en primer lugar por la seguridad que les proporcionaban, y, en segundo, porque no sólo

eran el signo visible de su voluntad de ocupar firmemente el lugar al que llegaban cada día, sino también el de su ánimo, puesto que, durante las marchas, debían cargar con esos maderos tan pesados sobre sus hombros. En una palabra, la empalizada del campamento significaba que la tierra en donde había soldados de Roma sería defendida contra todo aquel que intentara apoderarse de ella.

Marco permaneció en silencio durante un momento y luego preguntó:

—Dime, mi querido Frontón, ¿a los romanos siempre les ha gustado guerrear?

—Guárdate de pensar tal cosa. En toda la historia de nuestro pueblo no ha habido ningún Alejandro que un buen día decidiera convertirse en el amo del mundo. Los romanos no le hubieran seguido. Lo que llamamos la conquista romana es algo muy diferente. Como dice el autor de las palabras que rememoraba yo el otro día, antes de iniciar nuestro viaje, el Imperio de Roma fue obra del azar, de la fortuna, pero también de una sabiduría, de la voluntad de permanecer fiel a ciertas virtudes, en primer lugar y por encima de todo a la virtud de la Justicia. Como te he dicho en repetidas ocasiones, durante mucho tiempo la guerra sólo fue para nuestros antepasados un medio de garantizar la paz, la libertad y la seguridad de sus aldeas y de sus familias, así como la certeza de que ellos mismos cosecharían el trigo que habían sembrado en sus campos. De esa forma, la guerra estaba al servicio de la justicia y del derecho. Los feciales prometieron solemnemente a los dioses que así era y así sería. La guerra era algo necesario que había que aceptar junto a las demás cosas de la vida. ¿Cómo iba a gustarles cuando todos los años, en primavera, les obligaba a abandonar su hogar y les exponía a morir de muerte violenta si querían hacer respetar sus derechos?

—¿No dicen, sin embargo, que el fundador de Roma era hijo de Marte, el dios de la guerra?

—El hecho de que los romanos sean «hijos de Marte», como se ha dicho, no significa que su único ideal en el mundo sea el de combatir. Es cierto que pueden mostrarse terribles, pero, para eso, necesitan tener motivos fundados. También les llaman «hijos de la loba». Se los representa mamando de su madre terrestre, Rea. Los padres simbólicos de nuestro pueblo siempre han sido representados así: apacibles mientras les dejan tranquilos, pero capaces, si se les provoca, de desencadenar contra sus enemigos una violencia comparable a la de las fieras más temibles del bosque.

Piensa en lo que debía de ser el mundo cuando empezó todo, cuando los hombres sintieron que eran diferentes de los animales salvajes, incapaces de vivir de otra forma que no sea al día, de imaginar que la presa atrapada pueda no ser devorada al momento

y que los días de paz no sólo puedan ser tan ventajosos como los días de violencia, sino infinitamente más preciosos. Cuando lo comprendieron, inventaron a la vez la paz y el derecho y descubrieron que el verdadero objetivo de los hombres no era destruir y matar, sino proteger y socorrer no sólo a aquellos a los que estaban unidos por la sangre —la loba defiende a sus pequeños—, sino también a todos los miembros de la ciudad, y así sucesivamente...

3

EL TRIUNFO DEL «IMPERATOR»

Por qué, si el único deseo de los romanos es hacer que reine la paz en todo el mundo, honran tanto a los vencedores? —continuó preguntando Marco, que parecía turbado.

—Si honramos a un vencedor no es tanto por haber obligado al enemigo a doblegarse a su voluntad como por haber asegurado su propia libertad y la seguridad de su pueblo. Su misión consistía en salvaguardar esta libertad, esta seguridad. Con la victoria ha cumplido su misión. Todo, incluso el sacrificio de sí mismo, lo ha hecho con esa finalidad. ¿Por qué, a cambio, no va a ser honrado y celebrado?

—Estoy de acuerdo en que sea así, mi querido Frontón. Sin embargo, me ha parecido que en tus palabras había un poco de mala fe. Los honores que se otorgan al vencedor no consisten solamente en la recompensa que recibe por su éxito. Sabes muy bien que hay mucho más. Mira: cuando dos gallos se pelean en el patio y uno de ellos gana, éste expresa su alegría cantando y batiendo las alas; en una palabra, triunfa ruidosamente. Nuestros generales se le asemejan mucho. Tratan, por todos los medios, de perpetuar el recuerdo de su victoria. Tú mismo me has dicho que en Roma siempre ha habido generales tan orgullosos de su éxito que han querido inscribirlo en su propio apellido. ¿Acaso Escipión no se hizo llamar el Africano?

—Eso es cierto, Marco. El placer de triunfar sobre el enemigo es un sentimiento natural. ¿A quién no le satisfaría que todos le consideraran como el salvador de la patria? Pero no te engañes. El vencedor tiene derecho al agradecimiento de su pueblo, pero su victoria no le otorga ningún privilegio. En la Roma de antaño, que, en gran medida, sigue siendo un modelo para nosotros, el más ilustre de los vencedores permanecía sometido a las mismas leyes que los demás ciudadanos. Sólo era el «cónsul» o el «pretor» a quien la ciudad había designado para dirigir las legiones. Los dioses habían permitido que él venciera. Todo el mundo se alegraba de ello, pero eso no le confería ninguna autoridad legal. Si algún día volvía a ser indispensable prepararse para el combate, tal vez recurrieran de nuevo a él, pero también podían llamar a otros. Así era al menos en los tiempos de la Libertad[3]. En esa época, el Imperio se hallaba mucho menos extendido. No era tan necesario que hubiera un garante de su unidad en

[3] Período que va desde el final de la monarquía hasta la toma del poder por Julio César, entre el 509 y el 49 antes de nuestra era, y que se confunde con la República.

todo momento. Desde entonces, todo ha cambiado; ahora es el príncipe quien vuelve a ser el responsable de la gloria de Roma. Pero también son otros tiempos.

Antaño leímos juntos el libro de los *Orígenes* de nuestra ciudad, de Catón el Censor, el más venerable y el más auténtico de los romanos. Como recordarás, nunca llama a los magistrados por su apellido. Sólo dice el «cónsul», el «censor». A sus ojos, éstos existen por la función que ejercen, no por lo que representan para su familia y sus amigos. Pensándolo bien, no deja de tener razón. No olvides, Marco, que la ciudad de los hombres no es más que una apariencia si sólo se tiene en cuenta a los que la componen en un momento dado, pues mañana ya no existirán. Desaparecerán, pero ella permanecerá. La única ciudad verdadera es aquella visitada por los dioses, aquella en la que el jefe vencedor es la encarnación pasajera de Júpiter o de Marte. La guerra no es simplemente un accidente del azar, sino que tiene su razón de ser dentro del orden del mundo, al que vuelve a poner en tela de juicio. Como te he dicho, esto es algo que los romanos siempre supieron. Ya has visto que nunca iniciaban una guerra sin antes haber tomado a los dioses como testigos y haber afirmado solemnemente que era justa. Así, el cónsul o el pretor que dirigía el ejército no combatía en su propio nombre, como lo hacía Alejando y como lo hacen los reyes, sino en el del conjunto de la ciudad. Poco importaba a qué *gens* perteneciera. Por un día era Júpiter, del mismo modo que el día del combate había encarnado a Marte. Y, como Júpiter, era honrado el día de su triunfo.

Creo que todavía no has tenido la ocasión de asistir a un triunfo. Como sabes, desde que Roma vive bajo la guía de un príncipe, sólo éste tiene derecho a triunfar. Sin embargo, nuestros príncipes raramente hacen uso de este derecho. Quisiera, no obstante, que te hicieras una idea del extraordinario espectáculo que puede ser un triunfo celebrado según los ritos. En primer lugar hay un desfile interminable, que sube desde el Foro hasta el Capitolio, para dar las gracias al dios en su templo. A la cabeza van los senadores y los magistrados, es decir, el conjunto de los hombres que han ejercido el poder en la ciudad o todavía lo ejercen. Les siguen unos músicos tocando las trompas; ¿puede concebirse una ciudad en fiesta donde todo esté en silencio? Detrás de ellos viene la fila de los portadores, encargados de presentar al dios el botín más precioso conquistado al enemigo. El oro y la plata serán consagrados a las divinidades y conservados con los tesoros de los templos. Están también, por supuesto, las estatuas que representan a las divinidades de los pueblos vencidos. Sometidas ellas también por los dioses de Roma, acuden solemnemente a rendirles homenaje. Pero no están realmente cautivas, una divinidad nunca podría estarlo, sino que simplemente han sido

«obtenidas» por los romanos, de quienes recibirán un culto parecido al que recibían en su patria. Esta fue la promesa que les hicieron en su momento con el fin de ponerlas de su parte y así consolidar la paz.

A continuación vienen los principales jefes del enemigo, aquellos que no han perecido en combate. ¡Qué triste desfile el de esos hombres antaño poderosos y cubiertos de honores, ahora convertidos en esclavos! Caminan delante de su vencedor, el *imperator* romano, subido en un carro y vestido como el mismo Júpiter, tal y como se le ve en el templo, con una túnica blanca bordada en oro, una toga púrpura, también bordada, y unos zapatos dorados. En la cabeza lleva una corona de laurel. Dicen que el laurel es una de las plantas preferidas de Júpiter y que, por este motivo, nunca es alcanzada por el rayo. Un triunfador no puede dejar de temer que su gloria irrite peligrosamente al dios, cuya imagen usurpa durante algunas horas. ¡La corona de laurel le pone a cubierto de su cólera! El triunfador sostiene en la mano un cetro de marfil coronado por un águila, que, como todo el mundo sabe, es la mensajera habitual del dios. Además, para mostrar claramente que ese día el triunfador es equiparado a un dios, lleva el rostro teñido de rojo, como lo llevan las divinidades en las pinturas que has visto en la región de los etruscos.

El que un hombre, aunque sea el más glorioso de los vencedores, acumule tantos honores en su persona, sobrepasa la condición humana y puede atraer la desgracia sobre su cabeza. Por lo tanto, la tradición establece que se tomen precauciones para proteger al triunfador contra los celos de los dioses, y, como la corona de laurel podría no ser suficiente, los soldados que han servido bajo sus órdenes se sitúan a ambos lados del cortejo y fingen burlarse de él dirigiéndole chanzas parecidas a las que, en todos los ejércitos del mundo, los soldados se complacen en imaginar con respecto a sus jefes. Para más precaución, en el carro en el que es conducido el *imperator* va uno de sus esclavos, que de vez en cuando le repite: «¡Recuerda que eres un hombre!».

—No —dijo Marco—, nunca he visto ningún triunfo, pero por lo que me cuentas, se me quitan todas las ganas de verlos. En primer lugar, no considero conveniente que ningún hombre imite a los dioses. Me parece una mala política. ¿No existe el peligro de que un vencedor así honrado y deificado se convierta en un estorbo para la ciudad? ¿Qué será después del triunfo: un dios o un hombre?

—Ese es uno de los motivos por los que los triunfos son tan escasos hoy en día; pero estate tranquilo, Marco, un vencedor que ha sido honrado con un triunfo sigue siendo un simple mortal a los ojos de todos, a quienes sólo ha ofrecido, durante un momento, la

ilusión de participar en los secretos del mundo. Hoy el triunfo se reduce a esto, pero hubo una época en la que las cosas no eran tan sencillas. El triunfo no se limitaba a una procesión que conducía al *imperator* victorioso hasta el Capitolio. Los prisioneros que habían formado parte del cortejo eran ejecutados al finalizar la ceremonia. Esto era todavía costumbre en la época de Cicerón, que escribe: «Cuando el triunfador comienza a dirigir su carro hacia la cuesta de la colina, los prisioneros son conducidos a la prisión (ya sabes, el abominable calabozo cavado en la roca de la colina), donde acaban sus días en el mismo momento en que el vencedor llega al término de su mandato».

Hoy en día ya no es así. El único hombre que puede celebrar un triunfo, nuestro *imperator,* conserva su poder mientras vive. ¿No es justo que si el jefe vencido ha combatido lealmente por su patria tenga también derecho a prolongar su existencia en el seno de la paz romana? Otra cosa sería si ese jefe fuera culpable de traición o se hubiera mostrado especialmente cruel. Supongo que conocerás la historia de Vercingetórix, el jefe galo que fue estrangulado en la prisión en tiempos de César. Había empezado su carrera como «amigo de César», había aceptado su apoyo en las rencillas internas de los galos y tal vez incluso sirviera en el ejército romano. Después, en el momento en que varios pueblos galos le ofrecieron la monarquía, se volvió en contra de los romanos. Cuando, después de varios años de guerra, se vio obligado a rendirse ante César, éste le castigó por su traición. ¿No era justo?

En cuanto a Yugurta, el jefe númida que fue ejecutado cuando el triunfo de Mario[4], expió así la matanza de los comerciantes italianos de Cirta. ¿Recuerdas que hicimos un alto en ella cuando nos dirigíamos hacia Zama? A ese crimen había añadido otro. ¡El, que antaño había combatido en Hispania junto a Escipión Emiliano, se atrevió a ordenar matar, sin que pudieran defenderse, a los aliados del pueblo romano!

¡Cuántas crueldades, dirás, cuánta sangre derramada en medio de la alegría de un triunfo! No olvides, Marco, que las costumbres antiguas eran más crueles que las de hoy. Los príncipes han aprendido de los filósofos que la clemencia es una virtud todavía más noble que la justicia. Esta corre el peligro de ignorar a las personas. Ya sabes lo que dicen también los juristas romanos: que el derecho, aplicado con todo su rigor, puede llevar a las peores injusticias. Ninguna norma podría prevalecer sobre lo que, a veces, se puede leer en la mirada de un hombre. Ten en cuenta que el perdón es un privilegio del poder. Yo añadiría que es la prueba evidente de este poder, puesto que significa que el que perdona sabe que no

---

[4] Yugurta, nieto de Masinisa, fue derrotado por el cónsul Cayo Mario, cuyo triunfo tuvo lugar en el 104 antes de nuestra era.

tiene nada que temer del que, todavía la víspera, era su enemigo.

—¿No fue más o menos eso lo que el viejo Anquises le dijo a su hijo cuando bajó a los Infiernos, y lo que hizo el dios Augusto, que perdonó a los pueblos vencidos cuando vio que ya no suponían ningún peligro para Roma?

—Efectivamente. Eso fue lo que Virgilio escribió en su *Eneida y* lo que hizo el dios Augusto. ¿No tenía yo razón al decirte que cuando los romanos declaraban la guerra sólo lo hacían para restablecer la paz?

—Sí, mi querido Frontón, por supuesto que tenías razón. Sin embargo, hasta llegar a esa paz universal de la que me hablas, todavía nos queda un largo camino que recorrer. ¡Más de un siglo después del dios Augusto y de Virgilio, el ejército romano es más fuerte que nunca, a pesar de tener que estar presente en tantos lugares! Pero háblame, por favor, de cómo era este ejército en la antigüedad. Supongo que la voluntad de los dioses y la piedad de los romanos, su respeto al derecho, no eran suficientes para asegurarles la victoria. Me has hablado de la legión, de su táctica, de la habilidad de sus jefes. ¿Pero se encontraba sola frente al enemigo en el campo de batalla? Me has dicho que en Zama la intervención de la caballería númida fue decisiva. ¿Acaso no teníamos nuestros propios jinetes en esa época?

4

DE LOS JINETES A LOS CABALLEROS

Sí, Marco, claro que teníamos nuestros propios jinetes, los hemos tenido siempre, desde los tiempos de los reyes. Les llamábamos los «Rápidos» *(Céleres).* Cada una de las tres tribus aportaba una centuria de jinetes. En esa época, había tres tribus llamadas *Ramnes, Tities* y *Luceres* —nombres cuyo significado se ha olvidado—, de forma que la caballería sólo contaba con trescientos hombres, pero cuando el rey Servio introdujo sus reformas y reorganizó el Estado, incrementó sus efectivos, y a partir de entonces el ejército romano dispuso de mil ochocientos jinetes para acompañar a la legión. Los cometidos de esta caballería podían ser muy diferentes. En principio, le correspondía comenzar el combate, acosar al adversario y conseguir así que rompiera su formación de batalla, lo que le hacía más vulnerable. La caballería proseguía, pues, con más violencia y más fuerza, la acción de los vélites. Sin embargo, después de una primera carga, en la que se quitaban los bocados a los caballos, era difícil reagrupar al escuadrón. Los jinetes, dispersos en el campo de batalla, abandonaban su montura y luchaban a pie. Actuaban, pues, como una infantería de refuerzo, más o menos como los vélites. Y, en caso de necesidad, no dudaban en echar una mano a la infantería. Tanto es así, que los historiadores hablan de batallas en donde, gracias a los jinetes que combatían a pie, conseguimos la victoria.

Al principio, el rey era quien se encargaba de elegir a los jinetes entre los ciudadanos más ricos y nobles. Cada jinete debía disponer de dos caballos, con el fin, dice un historiador romano, «de tener siempre al menos uno fresco» durante el combate. Cada jinete percibía una suma de dinero para la manutención de sus monturas, lo cual no quiere decir que los «jinetes» *(equites)* no formaran una auténtica aristocracia. El jinete era responsable de sus caballos, y todos los años tenía lugar una ceremonia llamada *transvectio equitum,* la «revista de los jinetes», en la que debía presentar su caballo al censor para que éste comprobara si estaba correctamente cuidado y en buenas condiciones físicas. Esta revista permitía al jinete lucirse delante de todo el mundo, sobre todo cuando los censores le preguntaban qué campañas había realizado y bajo las órdenes de quién. Al ser preguntado Pompeyo acerca de sus victorias, respondió que él había realizado todas las campañas que debía, y que lo había hecho bajo sus propias órdenes. Lo que, al ser efectivamente el caso, provocó los aplausos de todos.

—¿En esa época se les ponía, como hacen los catafractas, una armadura completa a los caballos, que recubiertos con esas bandas de hierro y de cuero entrelazadas parecen invulnerables?

—A los romanos nunca les han agradados esos jinetes tan recargados, cuyos caballos están como aplastados bajo el peso de su coraza. Pero tuvieron que recurrir a ellos para poder luchar contra los bárbaros, quienes los utilizaban desde hacía mucho tiempo, cuando los romanos tuvieron que enfrentarse a ellos en Siria en la época en que los reyes griegos todavía reinaban allí. Pienso que la primera cualidad de la caballería debe ser su rapidez y ligereza, lo que es el caso cuando lleva el armamento tradicional: un simple cinturón de cuero, un escudo, también de cuero, y una lanza fina de una sola punta. Además, debe ir desprovisto de casco y de estribos, ya que estos últimos podrían perjudicar la agilidad del hombre al suministrarle unos apoyos engañosos. Por otra parte, me parece que hay menos nobleza cuando el jinete se transforma en fortaleza, es decir, cuando se encierra en una coraza y enclaustra en ella a su caballo. ¿No opinas lo mismo, Marco?

—Por supuesto. ¿Pero tú piensas que la guerra es un espectáculo? Quisiera que algún día me hablaras de los juegos en los que vemos a los combatientes enfrentarse en una arena.

—Ten por seguro que lo haré, aunque no me agrade demasiado asistir a ellos. Los gladiadores pueden ser valerosos, por supuesto, e incluso heroicos. Sin embargo, hay algo en ellos que me produce horror. Venden su valor y su habilidad en el combate, cuando la única justificación de la guerra es la defensa de la patria. Poner en peligro la propia vida por ella, por todo lo que representa, por nosotros mismos y por aquellos a quienes amamos, me parece bien. Hacerlo por dinero y para despertar la admiración del público, es decir, matar al adversario con el fin de demostrar la propia habilidad y recibir un salario por esto, me parece mucho menos noble. Pero estábamos hablando de los jinetes que se exponían, casi sin protección, a los ataques del enemigo y que, por este motivo, gozaban de una estima especial. Quisiera explicarte las consecuencias que ello tuvo para la historia de Roma.

Los jinetes gozaban desde siempre de unos privilegios que les situaban, en dignidad, por encima de los simples legionarios. De esa forma, siempre han estado exentos de prestaciones personales y han sido considerados como superiores a los centuriones que mandan unidades de infantería. Muy pronto se reconoció que formaban una clase aparte dentro de la ciudad, inferior a la de los senadores y superior a la de los ciudadanos

menos afortunados. Después —todavía en la época de la Libertad—, en la ciudad había más ciudadanos con la fortuna exigida para servir en la caballería de los que necesitaba el ejército. De ese modo se creó una clase nueva, la de los caballeros romanos *(equites Romani),* los équites, que no sólo recibió unos honores especiales, sino también, muy pronto, unas funciones perfectamente definidas que no tenían nada de militar. No te recordaré cómo los caballeros fueron integrados en el cuerpo en el que se reclutaba a los jurados, especialmente a aquellos que tenían que entender en los procesos abiertos a los gobernadores de provincia por corrupción o por malversación de fondos. Eso forma parte de las disputas entre los órdenes que dividieron Roma durante los últimos siglos de la Libertad, y que hoy sólo son un desagradable recuerdo.

Así, poco a poco, los caballeros llegaron a desempeñar en el Estado un importante papel, comparable al del colegio senatorial, pero poseían varias ventajas sobre los senadores. Su participación en la vida política no estaba sometida a unas reglas tan estrictas. Por ejemplo, sabes que los miembros del orden senatorial tenían prohibido desde siempre dedicarse al comercio, sobre todo al de la banca, que era muy fructífero. Los caballeros, en cambio, se hicieron banqueros, y eso se convirtió en su especialidad. De ese modo, se vieron inducidos a organizar corporaciones de publicanos *(publicani),* que tenían la contrata para recaudar determinados impuestos. Ingresaban al Estado, por anticipado, el producto previsto y se encargaban de cobrar las sumas que debían los particulares. Como sabes, este sistema, que se inspira en el empleado en los reinos griegos, posee muchos inconvenientes y ha sido reformado a menudo por nuestros príncipes, sobre todo a partir de Nerón. Aparentemente, posee el mérito de aligerar las cargas del Estado, pero, si está mal controlado, agrava las que pesan sobre los ciudadanos.

Por todas estas razones, y por el hecho de tener prácticamente todo el monopolio del comercio en el Imperio, los caballeros se hicieron muy poderosos y recibieron honores especiales. Ya conoces el privilegio que poseen de ocupar las catorce primeras filas en el teatro, desde que un tal Roscio se las concedió por una ley especial en la época en que Cicerón fue cónsul. ¡Como verás, hace mucho tiempo! También conoces su traje, heredado de cuando eran soldados: el capote militar, la *trabea,* caracterizada por una banda púrpura, así como su túnica, que también lleva una banda púrpura entre el cuello y la cintura, lo que la asemeja a la de los senadores. Pero con una diferencia: la banda púrpura es más ancha en la túnica de los senadores. Sabes también que los caballeros, al igual que los senadores, tienen derecho a llevar un anillo de oro en el dedo. En su

origen, aquél era de hierro, pero ya en la época de las guerras contra Aníbal fue sustituido por uno de oro.

5

DE LA ROMA REAL A LA ROMA IMPERIAL

Todo lo que acabo de decirte —prosiguió Frontón— puedes verlo diariamente. Pero sobre todo quisiera mostrarte cómo funcionan nuestras instituciones, incluidas las más extrañas. Como ves, Roma no se desarrolló en absoluto por azar. Es cierto que algunos acontecimientos eran imprevisibles. Así, una serie de luchas, a menudo violentas, a veces cruentas, produjeron unas consecuencias que obligaron a modificar las leyes. Durante los primeros siglos, toda la energía estaba consagrada a la defensa de la ciudad. Después se quiso que alrededor de ésta hubiera una zona que permitiera mantener al enemigo a distancia. Así fue como empezó el Imperio. Después las cosas se fueron complicando y hubo que idear soluciones, crear realidades políticas nuevas, como, por ejemplo, la clase de los caballeros, que, desde el ejército donde nació, invadió toda la vida civil, proporcionando a los príncipes unos hombres mejor adaptados a la realidad de lo que podían serlo los senadores, prisioneros de un pasado ya desaparecido.

Sí, las instituciones militares y los asuntos de la guerra nunca han estado ausentes de nuestra vida pública. Nuestros príncipes conservan el título de *imperator,* lo que hace que todos los hombres libres del Imperio sean considerados como soldados, de los que ellos son los jefes supremos, sin convertirlos por ello en sus esclavos. ¿Por qué *imperator* y no rey?

—Efectivamente, en varias ocasiones has mencionado a los reyes que gobernaron antaño en Roma. ¿Por qué no los hemos conservado?

—Porque las leyes, Marco, que rigen las ciudades no son inmutables. Cambian con el paso de las generaciones; la visión que se tiene del mundo y de los hombres se transforma con ellas.

La época de los reyes, de Rómulo, de Numa, de los Tarquinos, se remonta a hace aproximadamente diez siglos. En aquellos tiempos, el rey era considerado como un intermediario indispensable entre los hombres y los dioses. Era el dueño absoluto de la vida de sus súbditos. A él le correspondía apaciguar y poner de su parte a las divinidades. A él se le daba las gracias por una buena cosecha o una victoria. El rey regía las relaciones jurídicas entre los hombres y promulgaba las leyes. Era prácticamente un dios. Pero no tardó en comprobarse que los reyes no estaban exentos de las pasiones humanas, que podían mostrarse injustos, tiránicos y sanguinarios.

Después, a medida que Roma crecía y las *gentes* se multiplicaban, el poder absoluto y casi divino de los reyes fue puesto en tela de juicio, y, un día, ocurrió el drama.

Supongo que habrás leído la historia de Lucrecia en uno de esos libros que te gustan tanto. Tal vez no sea más que una leyenda, pero está llena de significado. Recuerda: Tarquino el Soberbio, el último rey de Roma, estaba en guerra contra Árdea, la ciudad de los rótulos, debajo de cuyas murallas había establecido su campamento. Con él se encontraban sus hijos y uno de sus sobrinos, llamado Tarquino Colatino. Una noche, después de cenar, los jóvenes empezaron a hablar de sus mujeres, que se habían quedado en Roma, y se preguntaron qué estarían haciendo. Como cada uno tenía una opinión diferente, decidieron acercarse a Roma para comprobarlo y encontraron a sus mujeres celebrando alegres un banquete. Por el contrario, la mujer de Colatino, Lucrecia, pasaba la velada hilando tranquilamente delante del fuego en compañía de sus sirvientas, como correspondía a una buena ama de casa.

Uno de los hijos de Tarquino decidió seducirla. Unos días más tarde fue a visitar a Lucrecia a Roma y le dijo que estaba enamorado de ella. Al ver que se negaba a escucharle, la amenazó: si no cedía a sus requiebros, colocaría junto a ella el cadáver de un esclavo y diría que él mismo la había sorprendido en flagrante delito de adulterio y había matado a su cómplice. Tarquino obtuvo de la joven lo que deseaba, pero, a la mañana del día siguiente, Lucrecia huyó al campamento y, después de contárselo todo a su marido y a su propio padre, se suicidó clavándose un puñal.

Como sabes, los soldados y el pueblo, indignados por el crimen del joven príncipe, expulsaron a la familia de Tarquino y abolieron la monarquía. Se decidió que el poder que hasta ese momento había detentado el rey nunca más volvería a estar en manos de un solo hombre, sino que se repartiría entre varios magistrados. Al frente del Estado habría dos cónsules. Al principio, recibieron el nombre de pretores, *praetores,* es decir, «los que marchan en cabeza», pues esa era su función militar; asimismo recibieron el título de jueces, siendo ésta su función civil. El nombre de cónsules se impuso poco a poco, porque recordaba que a esos dos magistrados les correspondía tomar las decisiones necesarias cada vez que el interés del Estado estaba en juego. Su misión era prever y proveer, lo que se decía *consulere.* Estas vacilaciones acerca del nombre, cuyo recuerdo nos ha sido transmitido por los historiadores antiguos, nos muestran lo difícil que es modificar algo cuando se trata de instituciones estables y que una organización no nace completamente armada de la mente de un solo hombre (como se decía que había nacido la diosa Minerva de la *cabeza* de Júpiter), sino que adquiere forma

lentamente y se modifica según las circunstancias. Esto es exactamente lo que les sucedió a las instituciones que Roma se dio, al mismo tiempo que la Libertad. Pero nada de lo que hacen los humanos dura para siempre.

Concebidas después de la expulsión de los reyes con el fin de dividir el poder y hacer imposible la vuelta de la tiranía, estas instituciones acabaron por desgastarse. Todo reparto del poder conlleva un peligro de anarquía. Son necesarias muchas generaciones para que esto se vea claramente, pero, después de varios siglos, los romanos se vieron obligados a darse de nuevo reyes, lo que supuso la vuelta al poder absoluto y, a veces, a la tiranía. Pero hemos visto también, Marco, que no es imposible que existan príncipes capaces de rechazar la tiranía. ¡Quiéranlo los dioses!

—Pero supongo que, una vez expulsados los reyes de la Ciudad, los romanos se encontraron ante un grave problema, ya que habían roto su vínculo con los dioses. ¿No corrían el peligro de volver a encontrarse solos, abandonados en un mundo hostil?

—Tienes razón. Hasta entonces, las divinidades se dirigían directamente a los reyes, ya sea contestando a las preguntas que éstos les hacían, ya sea enviándoles presagios. Un ave que cruza el cielo lleva un mensaje diferente según el trayecto que siga o la hora del día a la que aparezca, y también según cante o permanezca muda. En la vida diaria, no había ningún romano que no supiera interpretar este lenguaje cuando se trataba de él mismo o de los suyos. ¿Sucedería lo mismo tratándose de la suerte del Estado? ¿Aceptarían escuchar los dioses la plegaria de un cónsul como no hacía mucho escuchaban la de un rey? Cuando un soberano empezaba una guerra con el acuerdo de los dioses, se decía que esa guerra sería conducida «bajo sus auspicios». Se convino que el derecho de consultar los auspicios pertenecería a partir de entonces a los padres, es decir, a aquellos senadores que formaban parte de alguna *gens* antigua, alguna de las que contaban con senadores entre sus miembros desde hacía varias generaciones, a veces incluso desde la fundación de la Ciudad, y que, por esta razón, se llamaban «patricios». Los dioses consintieron enviando signos favorables, y así se decidió. En el futuro, los cónsules tendrían el derecho de consultar los auspicios cuando ejercieran su magistratura. Por ejemplo, debían hacerlo cada vez que salieran de la Ciudad para alguna expedición militar. Si los dioses se declaraban favorables, el cónsul podía actuar, pues tenía la plena seguridad de que todo iría bien. Al menos durante el tiempo que estuviera fuera de Roma, ya que si regresaba por alguna razón, aunque sólo fuera por un momento, estaba obligado a consultar de nuevo a los dioses antes de recuperar su mando en el exterior. Había una distinción muy clara entre los auspicios urbanos, váli-

dos exclusivamente para el interior de la Ciudad, y los auspicios extraurbanos, vigentes sólo para las acciones llevadas a cabo en el exterior.

—Mi querido Frontón, ¡todo eso me parece muy complicado! Porque, al parecer, los dioses no ponen tantas dificultades a la hora de aceptar ritos nuevos. ¡Están dispuestos a asumir cualquier institución siempre que se les tenga en cuenta! Al fin y al cabo, siempre son los hombres los que deciden.

—Guárdate, Marco, de hablar como un impío, algo que sé que no eres. Recuerdo haberte dicho de qué manera los dioses siempre están presentes en el mundo, empezando por nuestro espíritu, nuestros recuerdos y nuestros sueños. La mayoría de las veces no actúan de un modo directo, realizando un milagro. Pero en algunas ocasiones se manifiestan abiertamente. Así, durante la guerra que los romanos tuvieron que sostener contra los latinos, aliados del rey Tarquino el Soberbio, se vio a los hijos de Júpiter, Castor y Pólux, combatir de nuestro lado. Cicerón recoge otros ejemplos que muestran perfectamente cómo los dioses intervienen a veces personalmente en los asuntos humanos. Así, esos mismos dioses Castor y Pólux se tomaron la molestia de anunciar a los romanos la victoria conseguida por su ejército sobre el rey Perseo de Macedonia. Lo hicieron a través de un tal Vatinio, que se lo transmitió inmediatamente a los magistrados. Al principio no le creyeron y el desgraciado fue encarcelado. Pero cuando el anuncio oficial de la victoria llegó por fin a Roma, Vatinio fue liberado y, en compensación, recibió una propiedad en el campo.

¿Quién se atrevería a afirmar después de esto que los dioses nunca han hablado a los hombres en ninguna circunstancia, que no tienen en cuenta en absoluto las plegarias que se les dirigen ni castigan las transgresiones de los ritos?

Ya conoces la historia de los pollos sagrados, cuyo apetito, antes de una batalla, anuncia cuál será el resultado de ésta. Sabes que, antes de la batalla de Drepano, en la época de las guerras contra Cartago, se negaron a comer cuando hubo que consultar los auspicios. También sabes cómo el cónsul Clodio Pulcher ordenó que los arrojaran al mar, diciendo: «¡Si no quieren comer, que beban!». Supongo que recuerdas el desastre que esto supuso para los romanos. ¿Pero conoces la continuación de esta historia? Clodio fue acusado de alta traición por haber despreciado los ritos y haberse comportado como un impío. Seguramente hubiera sido condenado si, justo el día del juicio, no hubiera estallado una tormenta terrible. Era la señal de que los dioses desaprobaban que se incoara un proceso a Clodio, de modo que se abandonaron las diligencias.

—Es evidente que tienes razón. Si todo lo que se dice acerca de los dioses puede en algunas ocasiones ser puesto en duda, no tendría sentido negar por completo tanto su existencia como sus acciones. No hay que creerlo todo ni negarlo todo. ¿No era lo que hacía Cicerón cuando hablaba de la naturaleza de los dioses y de la adivinación? Pero quisiera que me ayudaras a comprender por qué los romanos, mucho tiempo después de haber expulsado a los reyes, decidieron ser gobernados por *imperatores.* Si habían descubierto, a veces a costa de grandes perjuicios, que la tranquilidad y la paz se hallaban mejor aseguradas cuando un solo hombre dirigía el Estado, ¿por qué no decidieron ser gobernados simplemente por unos reyes?

—No eres el único que se hace esa pregunta. Podría responderte que los romanos, después de haber expulsado a los Tarquinos, juraron que nunca restablecerían la monarquía y, por lo tanto, no quisieron ser perjuros. Pero sólo sería una verdad a medias. ¿Restablecer la monarquía? César lo deseaba sin lugar a dudas. Nadie ha olvidado que, unos días antes de su muerte, durante la fiesta de las Lupercales, le ofrecieron tomar la diadema, ya sabes, el distintivo de los reyes griegos, y que él la rechazó sin demasiado convencimiento. ¿Hubiera acabado aceptándola? Su muerte, acontecida unos días más tarde, puso fin a ese intento de volver a poner un rey a la cabeza del Estado. César poseía todas las prerrogativas de un rey. Pero, oficialmente, era «dictador perpetuo», lo que le confería todos los poderes. Era rey de hecho, pero cuando quiso adoptar los distintivos y el nombre de rey, los conjurados lo mataron.

—Qué situación tan absurda. ¿Cómo puede tener un nombre tanta importancia?

—Por muchas razones. Ya te he dicho cómo eran considerados los reyes en nuestro pasado más lejano: eran la ley viviente y, al mismo tiempo, casi dioses. Todo esto lo eran por sí mismos, por su persona, y nada ni nadie podían quitárselo. Ahora bien, lo importante para los romanos, lo que habían descubierto al mismo tiempo que la Libertad, es que los gobernantes de un Estado sólo pueden conservar su poder durante un tiempo definido. Un año es suficiente para relevarlos. En ocasiones, puede parecer deseable conservarlos durante más tiempo a la cabeza del Estado, pero entonces es un obsequio que se les hace y que debe ser renovado. En cambio, el título de *imperator* es de otra naturaleza. Son los soldados quienes lo conceden aclamando a su jefe victorioso. En las inscripciones que los príncipes colocan sobre los monumentos que los mencionan se precisa, cada vez, el número de salutaciones imperiales con las que han sido honrados. Un rey, por el contrario, posee su título sólo por nacimiento. Así era al menos en Oriente, y, una vez establecida la institución, difícilmente podía ser de otra manera.

Nuestros príncipes, por el contrario, son aceptados, queridos. En la época de la Libertad, los soldados otorgaban a sus jefes el título de *imperator;* ya te he dicho que era como una elección. Aunque el *imperator* no tenga unos poderes concretos, como sucedía en la época de la Libertad, posee una dignidad especial en la ciudad, que nunca puede reivindicar, pero que le es necesaria si desea ejercer el poder.

Puedes comprobar una vez más, Marco, que en Roma el orden político proviene del orden militar. Con los príncipes sucede lo mismo que con los caballeros. El ejército ha jugado un importante papel en el destino de Roma, aunque ésta ya no sea lo que fue durante siglos. Lo cual no quiere decir que todos los esfuerzos realizados por nuestros antepasados para dividir los poderes hayan sido vanos. Entre los deberes de un príncipe figura el mando de los ejércitos, pero también es el juez supremo y, por lo tanto, la fuente del derecho. Es también, como lo eran los *imperatores* en el día del triunfo, la personificación de Júpiter. Pero estas tres funciones, estas tres personas que lleva en él, no se confunden. Las ejerce por turno, y en esto es en lo que nuestro principado difiere de la tiranía, ya que ésta las confunde.

Espero que comprendas ahora por qué un *imperator* no es un rey. Actúa cada vez en virtud de los poderes que le han sido conferidos. Es un triple magistrado. Puede, en calidad de tal, dar reyes a los pueblos bárbaros a los que venza. Él mismo no podría ser uno de ellos, pues no ha vencido al pueblo romano. Ya te dije el otro día, Marco, que, desde que vivimos bajo la autoridad de un príncipe, nadie más que él tiene el derecho de triunfar. Y ahora puedo decirte la razón. Sólo el príncipe posee el derecho de consultar los auspicios y de interrogar a los dioses, en nombre del pueblo romano, acerca del resultado de una guerra, y los dioses le responden sólo a él. Es, pues, él, y sólo él, quien puede acudir legítimamente al Capitolio a dar las gracias a Júpiter en su templo.

6

LOS COMBATES EN LA ARENA

Hace unos días, querido Frontón, me decías que a los romanos no les gusta la guerra, que sólo la ven como un mal necesario que deben aceptar para defenderse y prevenir la seguridad de su familia, de su aldea y de sus campos. Sin embargo, si no lo entendí mal, la idea de la guerra nunca ha estado ausente de su pensamiento; prueba de ello es que la organización de la ciudad siempre se ha confundido con la del ejército, sobre todo hoy, en que el primero de los ciudadanos, nuestro príncipe, es al mismo tiempo el *imperator,* el señor de la guerra. Los romanos pensaban, y siguen pensando, que, si respetaban unas reglas muy determinadas, obtendrían la victoria y tendrían a los dioses de su parte. ¿No sería una forma de tener la conciencia limpia, cuando, en realidad, hacían la guerra por las ventajas que ésta podía proporcionarles o simplemente porque les gustaba hacerla? ¿No has visto lo mucho que le complace a nuestro pueblo asistir a los combates que tienen lugar en el anfiteatro, siendo como son una imagen de la guerra en su momento más cruel, es decir, cuando cae el enemigo? Ahora hay anfiteatros en todas partes, no sólo en Roma, donde se encuentra el más grande del mundo, sino también en las provincias y en todos los lugares del Imperio donde se ha creado una ciudad. Temo que los romanos lleven dentro el gusto por la sangre, y que lo que fue al principio una necesidad se haya convertido para ellos en un placer.

—Marco —respondió Frontón—, hablas como un niño. No te lo reprocho, ya que mi misión es enseñarte a pensar y a hablar como un hombre. No te agradan los combates en la arena, donde los gladiadores luchan a muerte. A mí tampoco me seducen, de la misma forma que no me gustan las enfermedades, los accidentes, los naufragios y todo lo que es causa de muerte. Tú dices que los romanos se complacen viendo a los seres vivos, ya sean éstos toros, leones o, más simplemente, gallos, combatir y morir bajo sus ojos, lanzarse los unos contra los otros y tratar de matar a su adversario. Créeme, a mí tampoco me agrada; pero son costumbres que debemos aceptar. Una vez establecidas, no se puede hacer nada contra ellas. Prohibirlas significaría dividir la ciudad.

Tú dices que los romanos tienen un gusto innato por la crueldad, pero debo aclararte que, durante siglos, han ignorado esos juegos sangrientos. Estos aparecieron antes de la primera guerra contra Cartago, una vez finalizada la conquista de los pueblos de Italia central y del sur. El dominio de Roma se extendía entonces desde la región de los etruscos hasta Sicilia e incluía muchos pueblos, cada uno con sus creencias y costumbres propias. Algunos se

imponían como una obligación sacrificar a sus prisioneros sobre la tumba de alguno de sus caídos en el combate. Has visto que, durante mucho tiempo, los romanos actuaron de igual manera al final de un triunfo. Por otra parte, no eran los únicos. Los griegos que luchaban contra Troya, cuyas hazañas cantó Homero, también sacrificaban a seres humanos en honor de sus muertos. Recuerda la suerte de la pobre Políxena, inmolada sobre la tumba de Aquiles para que fuera su compañera en el Más Allá, y la de los doce jóvenes troyanos sacrificados por el hijo de Peleo en los funerales de su amigo y compañero Patroclo. Las víctimas acompañaban al muerto más allá de la tumba, y se creía firmemente que tanto los unos como los otros participaban en alegres banquetes de la misma forma que lo habían hecho antaño, cuando estaban vivos.

¡Me dirás que se trata de tiempos pasados y de creencias de otras épocas a las que ya nadie da ningún crédito! Un gladiador muerto en la arena es un muerto como cualquier otro. Su cuerpo es quemado como los demás y sus cenizas son guardadas en una urna que se introduce en la tumba. Nadie, añadirás tú, piensa que, en el Más Allá, el gladiador pueda convertirse en el servidor del fallecido cuyos juegos fúnebres ha adornado. Tendrías razón, Marco; hoy en día nadie pretendería nada semejante. Sin embargo, cuando se trata del mundo de los muertos, no hay nada simple ni evidente. A todos los humanos les repugna pensar que sus semejantes, y sobre todo ellos mismos, dejan totalmente de existir cuando son privados de la vida. Se complacen en imaginar que después de la muerte existe otra vida cuya naturaleza no es exactamente conocida, pero que podemos entrever, que entrevemos, de hecho, en nuestros sueños, cuando se presenta a nuestro espíritu el rostro de un ser querido.

Acerca de los muertos te diré más o menos lo mismo que te he dicho acerca de los dioses. Lo que es verdad para éstos lo es también para aquellos. Debemos honrar a esos fantasmas que a veces se aparecen a los vivos. Según una antigua creencia, la ofrenda más eficaz, la que ellos aprecian más, es la sangre humana. Homero cuenta que el adivino Tiresias, para reanimar, a petición de Ulises, las almas muertas, cavó una fosa en el suelo y derramó en ella la sangre de los animales que antes había degollado. Las almas de los héroes muertos se arremolinaron alrededor de la fosa, tratando de beber la mayor cantidad de esa sangre que les hacía volver a la vida durante unos instantes. Aunque sólo fuera una ilusión, ha sido una creencia muy común durante siglos, y tal vez tenga un fondo de verdad. Es posible que la sangre derramada por un gladiador sobre una tumba, o en las exequias de un difunto, retrase el momento en que el muerto deje definitivamente nuestro mundo. Por lo tanto, habrá que pensar que este rito de sangre que se le ofrece es un gesto de piedad, como si no nos resignáramos a dejar desaparecer para siempre a un

ser amado, a abandonarle a la nada.

Hace tiempo que me pregunto qué sentido tiene esta costumbre tan antigua y tan contraria al respeto que debemos tener a la vida de los otros hombres. La razón que se da, y que acabo de recordarte, tal vez no sea buena, pero existe una antigua historia, de la que probablemente hayas oído hablar, que parece tener alguna relación con nuestro problema. Supongo que conoces, en el Foro, un lugar llamado el *Lacus Curtius,* el «Agujero de Curtio». Se trata de un pequeño espacio rodeado de un murete, considerado como sagrado.

—Sí, lo conozco muy bien. Está cerca de los Rostros. ¿Por qué me hablas de él?

—Hace mucho tiempo, poco después de la fundación, cuando los romanos estaban en guerra con los sabinos, la tierra se abrió repentinamente en ese lugar. Se intentó rellenar la grieta, pero fue en vano. La tierra que se arrojaba en ese lugar desaparecía enseguida en las profundidades. Se consultó a los adivinos y éstos respondieron que si los romanos querían cerrar lo que era una boca del Infierno debían arrojar en ella lo más precioso que tenían. Todo el mundo se preguntaba qué significado podría tener ese oráculo. Sólo un joven guerrero llamado Curtio lo comprendió. Considerando que el bien más precioso de Roma era su juventud, él mismo se arrojó a la grieta, que volvió a cerrarse de inmediato.

Creo que con este mismo espíritu se ofrece al difunto la vida de un gladiador muerto en la arena. Se le sacrifica lo más valioso que hay en el mundo, un hombre valiente caído en combate. Aunque por su condición, o por un juramento que lo ligue, este hombre no sea libre de aceptar o de rechazar la prueba, su ejemplo es edificante. Contribuye a fortalecer los ánimos y nos familiariza con la idea de la muerte, que, sin esto, arroja una sombra sobre cada uno de nuestros días. Así que no me digas, Marco, que los juegos del anfiteatro son una costumbre cruel, que la vida humana debe ser sagrada para nosotros en cualquier circunstancia, que es legítimo sacrificar a los dioses y a los difuntos la vida de los animales, pero que la de los hombres debe ser respetada en cualquier circunstancia. ¿No te das cuenta de que de hecho no es así? No existe una sola ciudad que no conozca y no aplique la pena de muerte. Se castiga con ella a los criminales y, a veces, también a inocentes. Los atenienses obligaron a Sócrates a beber la cicuta. El sólo era culpable de un crimen: no ser de la misma opinión que todo el mundo. Murió valientemente, cuando le hubiera sido posible librarse del suplicio, y esta muerte, así aceptada, contribuyó a liberar las mentes y las almas de las muchas obligaciones que les impone la opinión general. Pero si se tratara de un criminal auténtico,

sería suficiente con encerrarlo a buen recaudo para impedirle que volviera a cometer algún crimen. Quizá se haga algún día. Sin embargo, pienso que algunas almas están tan profundamente manchadas por el crimen que ellas mismas y todos los que se les acercan y son, en mayor o menor medida, sus cómplices, producen horror a la divinidad, su contacto es maldito y no merecen vivir.

Puedes responderme que todo esto es asunto de los dioses y que es sacrílego atentar contra la vida humana, sean cuales sean las circunstancias. Te recordaré, en tal caso, que existen almas para las que la gloria de morir bien es más deseable que la vida, así como las palabras de aquel gladiador que se quejaba de estar perdiendo los mejores años de su vida, porque, con Tiberio, los juegos de la arena eran demasiado escasos,

Pero dejemos esto. Dices que no te agradan las exhibiciones de gladiadores. A mí, tampoco. Sin embargo, en sí mismas, no carecen de interés. Piensa en su diversidad. La mayoría de las veces no sólo nos presentan un duelo entre dos adversarios, en el que uno desea matar al otro, sino alguna de las formas de enfrentamiento inventadas por los hombres para luchar entre sí o para defenderse de los animales, dependiendo de las épocas y de los países. Los espectáculos que nos ofrecen en la arena nos hacen retroceder a épocas pasadas y recorrer países lejanos. Nos descubren el ingenio desarrollado por los hombres en la guerra y en la caza. Observa a los gladiadores llamados tracios: van vestidos tan sólo con una túnica sujeta con un ancho cinturón, un yelmo de crines y unas polainas para protegerse las piernas, y blanden un sable curvo cuya hoja es mortal. No se enfrentan con un luchador cualquiera, sino con otros luchadores que van armados de una forma en cierto modo complementaria, por ejemplo, con los llamados samnitas; pero no con los actuales habitantes del Samnio, sino con sus antepasados, quienes, sosteniendo en la mano un escudo curvo y alargado, parecido a una teja cumbrera, y la cabeza cubierta con un yelmo adornado con un penacho de plumas, defendían sus montañas contra las legiones romanas.

También conoces a los reciarios, que van vestidos con una túnica muy ligera y sólo llevan un protector en el brazo derecho, la zona de su cuerpo más vulnerable cuando lanzan su red. Cuando se enfrentan con un luchador perfectamente armado, revestido, por ejemplo, de una coraza, sólo pueden encontrar su salvación en la rapidez de su ataque, en su habilidad para lanzar la red sobre el adversario y, de esa forma, paralizarlo. El reciario es semejante al pescador de atún que, en las aguas próximas a la orilla, captura un pez con su red y lo arrastra hasta la arena de la playa.

Pero el reciario se encuentra amenazado a su vez por el *secutor,* el «perseguidor», que se

las ingenia para impedirle que lance su red. Entre ellos, lo mismo que entre los gladiadores que te acabo de mencionar, se produce una serie de fintas y de esquivas, hasta que el reciario tropieza o resbala, o bien hasta que su adversario se ve atrapado en la trampa mortal que le amenaza. ¿No te hace pensar todo esto en las peripecias de una tragedia?

Pero no todos los juegos de la arena son trágicos; a veces también puede haber combates cómicos. Como sabes, existen (los he visto en tiempos de Cayo) unos gladiadores ridículos, los *paegnarii,* que son unos enanos armados con un escudo, un bastón curvo y un látigo. Se enfrentan de dos en dos, pero el duelo nunca es mortal.

Podría enumerarte muchas otras clases de combates. En tiempos del emperador Claudio, el público pudo ver un espectáculo fuera de lo habitual: a unas mujeres armadas combatiendo sobre *essedae,* es decir, los carros de guerra que los bretones utilizaban en su isla. Claudio, que por entonces llevaba a cabo una expedición en ese país, ofrecía así al pueblo romano la imagen del enemigo con el que su ejército se enfrentaba en aquel lugar. Como ves, los juegos en la arena eran una forma de ofrecer el espectáculo del mundo con sus rarezas, las extrañas costumbres de los bárbaros y la visión de animales de países lejanos.

—Comprendo, mi querido Frontón, que se haga combatir, para nuestro disfrute, a unos enemigos que son nuestros prisioneros. ¿Pero por qué vemos también combatir en la arena a personas que, además de ser ciudadanos romanos, han nacido libres y no han participado en ninguna guerra contra nosotros?

—La razón es que algunos de ellos han sido condenados a esta forma de muerte por haber cometido algún crimen, a menos que su valor frente al adversario con el que se les enfrenta les valga el perdón. De esa forma, todo el pueblo, la muchedumbre de los espectadores, se convierte en sus jueces. De la misma manera, si han sido condenados a las fieras, y el león o el toro con el que se enfrentan les perdona, son absueltos. Los dioses han dado a conocer su voluntad, han juzgado a su vez. Esos hombres no morirán.

—¿Pero no hay también hombres que eligen voluntariamente el oficio de gladiador, como ese que, en tiempos de Tiberio, se quejaba de estar perdiendo sus mejores años?

—¿Te refieres a los *auctorati,* que han firmado un contrato con algún lanista, es decir, con algún empresario de ese tipo de espectáculos, y le han prestado juramento? Han renunciado formalmente a determinados privilegios que poseen los hombres libres, algo que son por nacimiento. Reconocen al lanista el derecho de golpearles, de encadenarles, de matarlos con el puñal o la espada o de marcarlos con un hierro al rojo vivo. Entregan, pues, a su amo, su cuerpo y su vida.

—Pero entonces, ¿qué diferencia hay entre ellos y unos esclavos?

—La hay. Por ejemplo, no están obligados a realizar ningún trabajo para el lanista; sólo deben combatir contra el adversario que éste les asigne. A cambio, reciben una suma de dinero que puede variar mucho según las circunstancias. Se asegura que Tiberio llegó a ofrecer hasta cien mil sestercios a un célebre gladiador ya retirado para que aceptara exhibirse una última vez. También es cierto que eso fue al principio de su reinado y que más tarde se mostró menos generoso.

Los gladiadores bajo contrato siguen siendo legalmente hombres libres, pero deben renunciar a ciertos derechos, como el de tomar la palabra en una asamblea política, sea cual sea. ¡Han perdido el honor! Se considera que, abocados a una muerte tal vez próxima, son incapaces de emitir un juicio. Sobre ellos pesa una especie de maldición: todo lo que digan o hagan sólo puede ser de mal augurio. Conozco ciudades, en Italia, donde, después de su muerte, son tratados de la misma forma que los suicidas. Está prohibido erigirles una tumba cerca de aquellas que contienen las cenizas de los ciudadanos «honorables». ¡Ellos no lo son!

—Lo comprendo, Frontón. Han vendido su vida, su valor, todo lo que, me lo has dicho muchas veces, constituye la valía de un hombre y su dignidad. Son meros asesinos en busca de una víctima. Me pregunto si hay alguna diferencia entre ellos y las fieras que sueltan en la arena.

7

LAS LEYES DE LA GUERRA

Frontón, quisiera exponerte algunas de las preguntas que me sigo haciendo a propósito de la guerra. Este arte ya no guarda secreto alguno para los romanos, lo cual, según dicen, es una de sus glorias. Estoy de acuerdo, ¿pero se trata realmente de una gloria? Su habilidad y su ingenio para la guerra son indiscutibles. Así, he sabido que los griegos fueron los inventores de las máquinas que se utilizan para asediar las fortalezas, pero que los romanos no tardaron en igualarles e incluso en superarles en este campo. Esta mañana he visto algunas de esas máquinas y me han espantado. ¿Tanta ciencia e ingenio para masacrar y matar? ¿Son los hombres tan malvados que han recurrido a todo su ingenio para destruir a sus semejantes?

—Sólo puedo responderte diciéndote que tal vez el ingenio les haya sido dado para que tengan el medio de superar los obstáculos que les opone la Naturaleza, y que sólo de ellos depende hacer un buen o un mal uso de él. Ya conoces ese antiguo relato de los griegos donde se cuenta cómo Prometeo, el Titán, enseñó a los humanos el arte de trabajar el hierro y los metales, y cómo Júpiter le castigó por ello inmovilizándole vivo en una roca del Cáucaso. Pero Hércules, que es hijo de Júpiter, le liberó. Las artes no son sino medios puestos en manos de los hombres, y sólo a éstos les corresponde decidir la forma de emplearlos. Tal vez encuentres en los filósofos la respuesta a tu pregunta. No reproches tan rápido a los romanos el haber perfeccionado el arte de la guerra. Al principio, cuando se enfrentaron a unos pueblos que habían tenido como maestros a los generales de los reyes griegos, les imitaron, pero con grandes dificultades. Se cuenta que cuando Escipión el Emiliano asediaba Numancia y no conseguía tomar la ciudad, al contrario, sufría grandes pérdidas causadas por las salidas de los asediados, uno de sus lugartenientes le sugirió que bastaría con cavar en el campo y en los puntos de paso unas fosas cubiertas de ramajes dentro de las cuales pondrían unas puntas de hierro. Cuando un enemigo cayera en alguna de ellas, sufriría tantas heridas que quedaría fuera de combate. Escipión le escuchó, pero no aceptó el consejo. «No es lo mismo —dijo— tratar de vencer al enemigo que temerle.» Estaba convencido de que la guerra tenía sus propias leyes, que la conquista no podía realizarse utilizando cualquier medio y que la victoria llevaba aparejada unos deberes. Así, durante la larga serie de combates que sostuvieron los campanos y los samnitas, los primeros se «entregaron» al pueblo romano, que no tardó en defenderlos contra sus enemigos. En esta antigua historia

puedes ver que el secreto del Imperio consiste en defender y en ayudar a las ciudades o los hombres que recurren a la protección de Roma, convirtiéndose así en sus aliados, en sus *socii.*

Te decía que los filósofos podían ayudarte a comprender la función que tiene la guerra en las relaciones humanas. Lo hacen en la medida en que su visión del mundo reconoce y demuestra la existencia de lo que nosotros llamamos el «derecho de las naciones» *(ius gentium),* rechazando así una guerra gratuita. Recuerda la historia del maestro de escuela de Faleria que intentó ofrecer a los romanos una serie de rehenes, entregándoles los niños que tenía a su cuidado. Camilo, el jefe romano, los rechazó, diciendo: «No tenemos ninguna *alianza* con las gentes de Faleria, pero estamos y estaremos unidos a ellos por aquella que nos dicta nuestra propia naturaleza». En el alma romana se encuentra profundamente arraigada la creencia de que cualquier guerra es contra natura. Si es verdad que los animales, al menos los más temibles, nacen, por naturaleza, en guerra los unos con los otros, no ocurre así con los hombres, pues éstos están predispuestos espontáneamente a una benevolencia mutua, o al menos deberían estarlo si obedecieran a su propia naturaleza.

—Si los romanos consiguen hacer triunfar el espíritu de paz entre todos los humanos, entonces admitiré, querido Frontón, que han conquistado el Imperio gracias a la voluntad de los dioses. Pero tú sabes tan bien como yo, o mejor que yo, que, por muy vasto que sea el mundo romano, está muy lejos de haber alcanzado los límites del universo; que todavía existen muchos pueblos bárbaros que rechazan nuestras leyes y, estén equivocados o no, están dispuestos a defender con las armas lo que ellos llaman su libertad, pero que tal vez sólo sea su desgracia. Pero dejemos esto, ya que nosotros tenemos la suerte de vivir bajo la autoridad de unas leyes, de unas normas que no están sometidas a los caprichos de un hombre o de un grupo de hombres. Sin embargo, la guerra ha dejado también sus huellas en nuestra ciudad. Me refiero a la esclavitud. ¿Por qué existen aquí seres humanos que no poseen prácticamente ningún derecho, que están sometidos, sin apenas recursos, a todas las voluntades, a todos los caprichos de un amo?

—Tienes razón, Marco; es muy probable que los primeros esclavos fueran prisioneros de guerra. Digo que es probable, porque la esclavitud es tan antigua y está tan generalizada entre los hombres que ya nadie sabe cómo empezó. Dicen que también existe entre algunos animales, pero no sé hasta qué punto es verdad. Para los romanos, el esclavo forma parte de ese grupo humano al que llamamos familia y que incluye a todos los que están bajo la autoridad de un padre. Pero sabes muy bien que en nuestra época eso ya no es así y que tampoco lo era ya en una Roma en la que, tras las primeras conquistas, los romanos,

cada vez más ricos, rivalizaban en magnificencia en lo que se refería a sus casas. De ese modo, compraron cada vez más esclavos, tantos que les era imposible conocer a cada uno de ellos. Ya no tenían una «familia», sino un ejército al que había que dirigir. Entonces nació un proverbio que decía: «Muchos esclavos, muchos enemigos en casa». Sabes también, Marco, que los romanos tuvieron que entablar auténticas guerras contra los esclavos. ¡Pero de eso hace ya mucho tiempo! ¡Hoy no debemos temer que suceda tal cosa!

Después, poco a poco, las diferencias entre los esclavos y los hombres libres se fueron atenuando; los príncipes contribuyeron a ello, como cuando el dios Claudio declaró que todo esclavo enfermo al que su amo hubiera abandonado negándose a cuidarlo se convertiría en un hombre libre. Ya antes, el esclavo, aunque en principio no pudiera poseer nada, tenía derecho a adquirir un *peculium,* es decir, a tener su propio dinero, y ya sabes las consecuencias que se derivaron de esto.

La esclavitud subsiste entre nosotros, pero su rigor es menor que hace siglos. Es frecuente que un esclavo sea amigo de su amo, y no su enemigo, y el *término familia* adquiere el sentido que le damos hoy. Y además están las manumisiones, tan numerosas que ha sido necesario restringir este derecho tan utilizado en los testamentos, ya que en muchas ocasiones era una forma cómoda de despojar al heredero de esta parte de su fortuna. Pero también sabemos que Tirón, antaño esclavo de Cicerón, se convirtió en su amigo más querido, situación que se ha repetido muy a menudo. ¡Tampoco olvides el lugar que los libertos de los príncipes han adquirido en el Estado! Con ellos sucede lo mismo que con los caballeros, quienes, como te he dicho, con el curso del tiempo se convirtieron casi en iguales de los miembros del Senado. El nombre de algunos, que *tú* conoces bien, los Narcisos, los Epafroditas[5] y tantos otros, forman parte de nuestra historia.

De esa forma, mi querido Marco, puedes ver que, en una ciudad o un imperio, existen una serie de fuerzas que unas veces contienden entre sí y otras convergen en el mismo resultado. La costumbre es una de ellas, pero también está la reflexión de los sabios y, quizá también, el destino de los hombres, que los acompaña en su larga marcha. Pero corresponde a los propios príncipes y a quienes los rodean saber hacer uso de ellas.

---

[5] Narciso dirigió la oficina de la correspondencia imperial bajo el reinado de Claudio; Epafrodita, bajo el de Nerón. Ambos acumularon una inmensa fortuna.

Segunda Parte

Los constructores

8
ROMA, CIUDAD DE LOS TEMPLOS

Una tarde, en el jardín del Celio, Marco y Frontón se complacían en disertar como lo hacían habitualmente. Unos meses antes, Marco había tomado la toga viril, de lo que se sentía íntimamente orgulloso. Tenía catorce años, y el emperador Adriano acababa de desposarle con la hija de Ceionio Cómodo, al que había adoptado con la intención de hacerle su sucesor. De ese modo, ante Marco se abría un brillante porvenir. Pero él, completamente invadido por el sentimiento de sus responsabilidades, se preguntaba, no sin inquietud, sobre lo que, tal vez un día, le aguardaría. Y, como de costumbre, había recurrido a Frontón para que le instruyera.

—En el curso de los viajes que hemos hecho juntos, mi querido Frontón —decía Marco—, he visto ciudades por todas partes, no sólo en Italia, sino también en las provincias. Sé que muchas de ellas, las de Oriente por ejemplo, existían antes de la conquista. La mayoría, al menos en Grecia, fueron construidas mucho antes de que, en las colinas de Roma, hubiera otros edificios que no fueran cabañas de pastores. Ahora bien, hoy nuestra ciudad puede rivalizar con ellas, y estoy seguro de que nuestros herederos construirán otras que, espero, sean dignas de nuestro pasado. Sé también que, en las ciudades que ahora existen en las Galias, en las Hispanias, en África e incluso en la lejana Bretaña, en una palabra, en todas las provincias, se alzan construcciones magníficas que transforman la vida de los hombres. Explícame, te lo ruego, cómo se ha producido este milagro.

—Se trata de una larga historia, pero lo intentaré. No me reproches, sin embargo, que me remonte un poco al pasado, que es donde se ocultan los verdaderos motivos de las cosas. El Imperio, tal como lo ves hoy, se asemeja bastante a un lago en el que, a lo largo de los siglos, han ido vertiendo sus aguas los arroyos y los torrentes de la montaña, de modo que a todos ellos les debe un poco de lo que ahora es.

Durante mucho tiempo, el carácter de una ciudad estuvo determinado por sus templos. Cuando hablas de Atenas, la imagen del Partenón está presente en tu mente. Cuando alguien pronuncia delante de ti el nombre de Roma, lo primero que acude a tu pensamiento, estoy seguro, es el templo de Júpiter Óptimo Máximo y la colina del Capitolio; tal vez no veas con tanta claridad en la otra cima, en la llamada Ciudadela, el *Arx,* el templo de Juno Moneta, «La que avisa», cuyo nombre recuerda el papel que desempeñó cuando previno *(monuit)* a los romanos del ataque que los galos, en los tiempos en que trataron de

conquistar Roma, intentaron realizar por ese lado. De esa forma salvó la ciudad. El Capitolio y la Ciudadela simbolizan Roma, sobre todo aquél. Casi todas las ciudades construidas en las provincias poseen un capitolio. Encontrarás uno en Capua, que fue consagrado por Tiberio; otro en Faleries, ciudad de la que ya te he hablado, y otro en Ostia, que acoge a los viajeros que desembarcan en el puerto. También los hay en Hispania y en África. Recuerda el que viste en Cirta el día que fuimos a Zama. Hay un gran número de ellos en todo el Imperio, incluso en Oriente, en Siria, en Lidia y en otros lugares, en los que Júpiter ha sustituido a las divinidades que hasta entonces les protegían. Todos estos capitolios jalonan el dominio de Júpiter, que se ha convertido en la divinidad mayor y de la que todos esperan ayuda, que recibirán de los otros miembros del Imperio, sea cual sea el peligro que les amenacé.

—¿Por qué motivo el Capitolio de Roma adquirió tanta importancia?

—Porque, ya desde la época de los reyes, era donde se consultaban los auspicios. Para ello se alzó el primer *templum,* que no se parecía en nada a los edificios que tú conoces. No era una construcción destinada a durar, sino un recinto de tablones de madera y de tela en el que se entraba por una sola puerta y había sido consagrado mediante fórmulas rituales. Desde este recinto, que recibía el nombre de *tabernaculum y* se hallaba recubierto por un toldo, se observaba el cielo. El significado de lo que se veía en él variaba según la región, es decir, la dirección, en donde el signo apareciera. El sur, llamado *regio antica,* era el punto de referencia. El augur se colocaba mirando en esa dirección de forma que a su derecha tenía el poniente, a su izquierda el levante, y detrás de él, el norte. Si un ave venía por la derecha, era un buen augurio; si venía por la izquierda, el presagio era desfavorable, era «siniestro». Este término te resultará familiar: *sinister* designa la izquierda, y, como sabes, algo que no anuncia nada bueno. Pero eso no era todo. La naturaleza del ave que había entrado en el *templum* también era importante. Si era un cuervo el que se había presentado por la derecha, significaba la conformidad de los dioses. Una corneja debía venir por la izquierda, de lo contrario la respuesta era negativa.

—Mi querido Frontón, este arte me parece muy complicado. ¿De qué forma los augures y todos los que observaban así las aves para interpretar los presagios habían tenido conocimiento de él?

—Nos viene de un pasado muy remoto. No existe ningún pueblo, querido Marco, que no haya imaginado alguna forma de conocer el futuro y no la haya practicado desde los tiempos más antiguos. Así pues, no es de extrañar que, en la mayoría de los casos, se haya olvidado su origen. Sin embargo, hubo un pueblo que creó una auténtica ciencia de la adivinación y consignó los principios de ésta en algunos libros. Nosotros somos sus

herederos. Me refiero a los etruscos. Ellos fueron quienes nos transmitieron el arte de interpretar los augurios lo más fielmente que pudieron. Nuestros historiadores han conservado el recuerdo de un tiempo en que el Senado romano se lo hizo aprender a diez jóvenes pertenecientes a la aristocracia etrusca, con el fin de evitar que esta ciencia cayera en manos de gentes poco afortunadas que la convirtieran en un oficio y vendieran, al primero que llegara, el pensamiento de los dioses, no sin antes modificarlo conforme a sus intereses.

—Mi apreciado Frontón, hace poco hablábamos de los templos y de lo que su presencia significa en nuestras ciudades, ¡y ahora me instruyes en el arte de la adivinación! Creo entender por qué. Admito que la palabra «templo» designara, en su origen, el recinto donde se sitúa el augur para observar el cielo. ¿Significa eso que los templos que vemos hoy no son otra cosa que ese mismo recinto ahora rodeado de muros, cubierto con un tejado sólido y enclavado en la tierra?

—En parte, siguen siéndolo. Un templo es un espacio «inaugurado», es decir, convertido en sagrado y reservado a los dioses como tal para que se manifiesten en él. Todo lo que acontece en ese lugar es importante, significativo, y lleva la impronta de la divinidad. La curia en donde se reúne el Senado es un *templum.* Todo lo que ocurre en ella está inspirado por los dioses. Al menos eso era lo que se pensaba en la época en que el Senado era el auténtico amo del Estado; pero sabes que, incluso hoy, el príncipe tiene muy en cuenta sus opiniones. En la época de la Libertad también se llamaba *templum* la tribuna desde donde los magistrados arengaban al pueblo. Los Rostros del Foro eran, por lo tanto, un *templum.* No todos los lugares pueden servir para que se establezca el diálogo entre los hombres y las divinidades. Un templo, en el sentido en el que hoy lo entendemos, es uno de esos lugares, si bien los augures apenas lo utilizan desde hace mucho tiempo. De sus antiguos usos subsiste el hecho de que los templos sigan siendo levantados a menudo en un lugar elevado. Pero esta no es la única razón de que los santuarios de los dioses, incluso los que se alzan en una llanura, o en el fondo de un valle, sean construidos sobre una plataforma de mampostería, lo que no sucede nunca en los países griegos, sino solamente en Italia, sobre todo en la región etrusca.

Esta terraza, llamada *podium,* realza al dios por encima de los hombres, situando así a los mortales bajo su mirada. De esa forma, es testigo de todo cuanto éstos hacen, sea bueno o malo, puede favorecer sus empresas u obstaculizarlas a su antojo y nuestras plegarias ascienden de una forma completamente natural hacia él. Esta disposición de los templos lleva aparejada otra consecuencia, y es que al santuario sólo se pueda entrar por un lado, el de la fachada, donde se encuentra la escalinata por la que se accede a la morada del dios.

Todo el que se dirige hacia él lo hace bajo su mirada, y no a sus espaldas. De ese modo, los pensamientos que se nos ocurran en ese momento tienen muchas posibilidades de ser inspirados por él.

—Entiendo perfectamente por qué los templos de los dioses tienen esta forma y por qué son construidos sobre una plataforma que los sitúa por encima de los mortales; pero también los hay redondos, como el de la diosa Vesta, en el Foro, y el de Hércules, en el Foro de los Bueyes. ¿Merecen también ellos el nombre de templo?

—En realidad, las palabras que utilizamos todos los días no son tan precisas como sería de desear. Cuando se las emplea demasiado, se desgastan y pierden su color. Eso es lo que ha ocurrido con el término templo *(templum),* que ha acabado por designar a todos los edificios sagrados en los que se rinde culto a una divinidad. Al hablarme del «templo» de Vesta te referías al edificio circular, rodeado por su hermosa columnata, que se encuentra en el Foro romano y que es como el centro de Roma. El mismo no es un templo, sino que se alza en el interior de un *templum,* un complejo sagrado en el que todavía perdura el recuerdo de la época en que el rey era el amo de la religión y de todo lo sagrado. Ese vasto complejo, con la residencia de las Vírgenes Vestales, formaba un *templum,* llamado hoy la Regia, que no fue nunca el «palacio» del rey, sino el lugar sagrado en el que sobreviven antiguos ritos y creencias.

Cada edificio de Roma tiene su razón de ser, que la mayor parte de las veces no es la utilidad, sino que está en relación con el mundo de los dioses, con su persona o con una manifestación atestiguada de alguna divinidad; excepcionalmente, en la misma Roma, puede estar relacionada con el recuerdo de un héroe o con el de un milagro que se haya producido en ese lugar o en los alrededores. Las otras ciudades nos imitan, pero el modelo, la Roma que tú conoces, se encuentra aquí, entre las colinas y en las orillas del río donde una loba mantuvo en vida, con su leche, a los dos gemelos sagrados.

9

LOS JUEGOS Y LAS FIESTAS

Sea cual sea el lugar de Roma en el que uno se encuentre, mi querido Frontón, siempre hay algún edificio en los alrededores destinado a acoger a la muchedumbre, para una ceremonia, unos juegos o un espectáculo. ¿Cómo diferenciar unos edificios de otros?

—De todos los lugares donde puede reunirse el pueblo, no pienses que la arena, donde se libran los combates entre gladiadores, en el centro de un anfiteatro, es el más antiguo. En realidad, estas luchas no se empezaron a practicar hasta un momento bastante reciente de la época de la Libertad, cuando la segunda invasión de los bárbaros, hace unos cinco siglos.

—¿Cómo puedes decir que hace cinco siglos sea un momento bastante reciente?

—Porque, en ese momento, Roma ya existía desde hacía unos quinientos años. Te lo recuerdo para que no creas que los romanos inventaron los llamados «juegos de la arena», en los primeros tiempos de su ciudad. La costumbre de estos juegos la tomaron prestada de los etruscos y, cuando los organizaron por primera vez, no existía un lugar adecuado para lo que, por aquel entonces, todavía no era un espectáculo, sino sólo un rito celebrado en honor de un muerto.

Según algunos historiadores, tuvieron lugar en el Foro de los Bueyes, y se limitaron a trazar en el suelo un círculo dentro del cual se desarrollaba el combate. Parece ser que en estos primeros juegos sólo participaban tres pares de combatientes. Cincuenta años más tarde, en los juegos celebrados en honor de Emilio Lépido en el Foro romano, intervinieron veintiséis parejas. Para la ocasión, habían instalado bancos alrededor del círculo en el que se desarrollarían los combates. Pero, como podrás suponer, cuando la costumbre de tales juegos se desarrolló, el número de gladiadores inscritos aumentó tan rápidamente que hubo que construir un lugar especial para tal tipo de espectáculos.

No puedo decirte, porque no se sabe, cuándo fue construido el primer anfiteatro. El significado de la palabra es evidente: designa un edificio diseñado de tal forma que uno pueda ver el espectáculo desde cualquier lugar donde se encuentre. Es posible que el mérito corresponda al dios César, quien, según dicen, hizo levantar en el momento de su triunfo un anfiteatro de madera en el foro que lleva su nombre. Probablemente fuera el primero que se veía en Roma, pero no creo que su estructura fuera una idea totalmente original del dios César. Hacía mucho tiempo que en Campania existían anfiteatros construidos en albañilería, como por ejemplo el de Pompeya, que todavía sigue en pie. Y tal vez los hubiera todavía

más antiguos, pero ya sabes que esa región ha sufrido tantos cambios que hoy en día resulta difícil reconocer nada en ella. Sólo te diré que, unos años después de la muerte de César, Satatilio Tauro, el amigo del dios Augusto, ordenó edificar el anfiteatro de piedra del Campo de Marte.

—Admito que los romanos no inventaran los anfiteatros, pero antes de eso tuvieron que existir edificios destinados a algún tipo de espectáculo.

—Estás pensando en el teatro y en los juegos escénicos, ¿verdad? Ahora hablaremos de eso. Los Juegos, sea cual sea su naturaleza, no tienen como objetivo ofrecer un espectáculo. Pertenecen a los dioses, y una de sus razones de ser es la de reunir a la ciudad alrededor de sus divinidades, de presentar a los humanos ante las potencias que los protegen. Esa es la primera intención de los más antiguos y más solemnes. Como sabes, los Juegos romanos se celebran a principios de otoño, en el mes de septiembre, cuando la estación estival ha entregado sus tesoros, una vez finalizada la cosecha y antes de que empiece la vendimia. En ese momento la abundancia reina por doquier. Es el momento de dar gracias a los dioses.

La fiesta empieza con un banquete en el Capitolio, en el recinto sagrado de Júpiter Óptimo Máximo, protector de Roma y señor de las estaciones. El dios, representado por su estatua, se halla presente durante todos esos días, descansando sobre el *pulvinar.* Al mismo tiempo, un magistrado lo encarna y le presta todos los movimientos vitales. Los demás magistrados lo rodean, así como los sacerdotes de los principales colegios. Después, una vez finalizado el banquete, que como podrás suponer es francamente abundante, la gran procesión se pone en camino. Habrás podido ver, en esa ocasión, a la multitud de ciudadanos colocada en largas filas, según su rango, además de muchos soldados cuya función es la de mantener el orden, y un gran número de músicos muy ruidosos; después de ellos vienen unos porteadores que exhiben ante el pueblo, sobre unas angarillas, los tesoros normalmente conservados en los santuarios; y luego unos bailarines, como gusta en la región etrusca, y por último las estatuas de los dioses, sacados de sus templos, como si las mismas divinidades vinieran a participar en la alegría general y a recibir las acciones de gracias.

La celebración de los Juegos es un acto muy importante dentro de la vida pública. Se confía a los ediles[6], que también tienen la responsabilidad de asegurar el mantenimiento de los templos, el aprovisionamiento y la policía de la ciudad, es decir, todo lo que, en los primeros tiempos, pertenecía a los reyes, pero que, desde los comienzos de la Libertad, está en manos de estos jóvenes magistrados que, llegados al segundo grado de su carrera, poseen una gran experiencia sin haber perdido todavía la energía de la juventud. Recuerdo que

[6] Recordemos que los grados sucesivos de la magistratura son la cuestura, la edilidad, la pretura y el consulado.

Cicerón, que acababa de ser elegido para la edilidad, dice, en un pasaje de su requisitoria contra Verres, gobernador y verdugo de su provincia de Sicilia, con qué espíritu confía cumplir con su cargo. Subraya el significado de los Juegos, que aseguran a los romanos, dice, la benevolencia de sus dioses, asociados así a los ciudadanos en una voluntad común de felicidad y de paz.

Los Juegos romanos, como sabes, no son los únicos que se celebran durante el año. Se organizan en honor a Júpiter y a sus dos compañeras del Capitolio, Juno y Minerva, unidas a él en su templo. Pero existen también Juegos consagrados a otras divinidades: los de Ceres, Liber y Libera, y los de Flora. Tanto los unos como los otros jalonan, como los Juegos romanos, el ciclo de las estaciones y los grandes momentos de la vida rústica. Los Juegos romanos, como ya te he dicho, clausuran la estación de las cosechas, o al menos la acompañan. Los de Ceres se celebran en abril, doce días antes de las calendas de mayo, tres días antes del aniversario de la fundación de Roma, que es también la fiesta de los pastores y de los corderos lechales. Señalan el momento en el que todo se crea. ¿Acaso no es Ceres la Creadora por excelencia, siendo como es la diosa del trigo, que crea en nosotros la carne y la sangre? Al mismo tiempo que a ella, festejamos a dos divinidades que le están asociadas, Liber y Libera, a veces consideradas como sus hijos, que también son creadoras de vida. Liber no es otro que Baco, protector de la viña y el vino. ¿No es el vino también un líquido vital, próximo a la sangre?

Liber y Libera poseen unos Juegos, o al menos unas fiestas propias que se llaman las Liberalia. Se celebran en el mes de marzo, diecisiete días antes de las calendas de abril. Como sabes, ese día es costumbre que los adolescentes que han alcanzado la edad adulta abandonen la toga de su infancia y tomen la toga viril, la de los hombres, completamente blanca, sin la banda púrpura que hasta entonces los protegía de los sortilegios y del «mal de ojo». A partir de ese momento se les considera capaces de traer hijos al mundo *(liberi),* quienes les perpetuarán. Se han hecho hombres. Pero tú mismo has vivido ese momento importante de tu vida y sabes lo que significa.

El día de las Liberalia habrás visto en las calles a ancianas coronadas de hiedra, la planta sagrada de Dioniso-Liber, vendiendo al primero que llega galletas que cocinan en un infiernillo portátil. Y también te habrá sorprendido su manejo. Cuando un transeúnte compra una, la anciana parte un trozo y lo deja quemar en la brasa del infiernillo. Se trata de una ofrenda que hace a los dioses para «dar fortuna» a su cliente. Esa noche, muchos romanos cenan al aire libre. Pero no siempre hace buen tiempo. Ya sabes que en Roma, en el equinoccio de primavera, puede llover y haber tormentas.

—Lo sé perfectamente —dijo Marco—. Pero, haga el tiempo que haga, esa noche

siempre hay una gran muchedumbre en las calles y es difícil circular por ellas. Y además, toda esa gente es muy ruidosa. No se puede dormir; las canciones y los gritos se prolongan hasta altas horas de la madrugada.

—Qué quieres —respondió Frontón—, la alegría de vivir llama a las canciones y los gritos. El invierno ha acabado, el tiempo de la vida ha vuelto. ¿Acaso no es un buen motivo para regocijarse? No podemos molestarnos con los que, en su simplicidad, piensan que no viven realmente si no es imponiendo a los otros su presencia charlatana y sus canciones. Es la estación en la que, en los bosques, las aves hacen también mucho ruido. Y, además, no olvides que esa noche se bebe mucho. ¡Es también la fiesta de Liber Pater!

Los Juegos de Flora son, como las Liberalia, unos Juegos de primavera. Saludan y acompañan el despertar de la Naturaleza, tanto la salvaje como la que sirve a los hombres. La diosa a la que se le ofrecen es Flora, patrona de todo lo que florece, tanto para nuestro placer como para nuestro uso. Protege especialmente la floración del trigo, que se produce casi siempre durante los últimos días del mes de abril. Es el momento en que se forman los granos de la espiga, en que empiezan a llenarse de una especie de leche que se convertirá en harina en la madurez y nos traerá la vida, con la ayuda de Ceres. También las Floralia, las fiestas de Flora, se celebran entre el cuarto día antes de las calendas de mayo y el tercero de ese mismo período. A partir de esos días se espera que, con la ayuda de los dioses, llegue el verano en su plenitud.

Has visto muchas veces los Juegos de Flora y habrás podido darte cuenta de que son muy importantes para los romanos. Los asistentes son numerosos, y los siete días durante los cuales se celebran son especialmente sagrados. Ya conoces el templo de la diosa, en el Circo Máximo. Allí pueden reunirse grandes muchedumbres, y esa es la razón por la que ha sido construido en ese lugar. No sé si sabes que Flora posee otro templo, mucho más antiguo, en el Quirinal, en el barrio que, en los primeros tiempos de Roma, estaba ocupado por los colonos venidos de Sabina con el rey Tito Tacio, el primer sucesor de Rómulo. El templo del Quirinal es menos conocido que el otro, el del Circo; no carece de encanto, pero el espacio que lo rodea no es lo suficientemente grande como para que los Juegos puedan desarrollarse en él. Estos Juegos no fueron instituidos hasta el año 516, cuando los romanos obtuvieron su primera victoria sobre Cartago y ocuparon Sicilia, país de ricas cosechas por excelencia. Ese año la recolección había sido mala. Se consultaron los libros de la Sibila y se vio que el remedio sería construir otro templo a Flora, donde la diosa podría recibir el homenaje de un mayor número de fieles. Fue el del Circo.

Al mismo tiempo, el oráculo precisaba que los juegos que agradarían a la diosa debían ser juegos escénicos, realizados por actores. Al público le gustaban muy especialmente los

bailes a los que se entregaban aquellas mujeres cuya condición autorizaba a no respetar las conveniencias y se exhibían desnudas. A este respecto, cuentan que el pueblo, al ver durante los Juegos de Flora, sentado entre los espectadores, a Catón el Joven, el que murió en Útica durante la guerra civil, renunció, por respeto a él, a exigir esa parte de los juegos, por muy tradicional que fuera. Catón lo comprendió sin que nadie se lo dijera y abandonó el teatro para que las danzas indecentes, tan necesarias para el despertar de la Naturaleza, pudieran tener lugar como exigían la costumbre y el rito.

También sabes que, el último día de los Floralia, tienen lugar unas cacerías en el anfiteatro. Antes, cuando todavía no existía éste, tenían lugar en el Circo, y esa es precisamente una de las razones por las que el segundo templo fue construido en ese lugar. En estas cacerías, las presas son liebres, corzos, cabras sagradas y animales de monte bajo que salen de sus madrigueras cuando llega la primavera. Como ves, estos juegos son una especie de mimo que representa la primavera.

Así, todo el pueblo romano se ve arrastrado año tras año al ciclo de la vida. Conoce entonces un nuevo nacimiento.

10

EN LA ESCENA

Ciertamente tienes razón, mi querido Frontón, y te estoy agradecido por haberme desvelado lo que para mí era hasta ahora un gran misterio, la razón profunda de nuestras fiestas, que pueden parecer muy sorprendentes. ¿Pero crees realmente que cuando el pueblo ve a los histriones disfrazados y a los cazadores atravesar un corzo con una flecha piensa en todas esas cosas tan hermosas que acabas de decirme y entiende la razón de ese mimo? Comprendo que los Juegos sean ofrecidos a los dioses para sacarlos del tedio que deben de tener en su inmortalidad, y que, a cambio, concedan sus favores al pueblo romano; pero dime, ¿los romanos no han ido nunca al teatro no para distraer a los dioses, sino para divertirse ellos mismos? Sabes, yo me río y disfruto mucho cuando asisto a una comedia de Plauto. Pero, decididamente, los juegos del anfiteatro o, si prefieres, del Circo me divierten menos que los juegos escénicos.

—No debes sonrojarte por eso. Antes de ti ha habido grandes hombres a quienes les ha gustado Plauto. Los juegos escénicos fueron introducidos en nuestra ciudad un siglo antes de los combates de gladiadores. Son, pues, más antiguos y concuerdan más con nuestros gustos. Los primeros fueron ofrecidos a los dioses por consejo de los adivinos —siempre ellos, ya ves el gran peso que han tenido en nuestra historia—, durante una epidemia de peste. Había que apaciguar la ira de las divinidades, irritadas no sé por qué motivo, o simplemente distraerlas, sacarlas de su tedio, como dices.

Esos juegos reciben el nombre de «escénicos» porque se desarrollan en un estrado colocado delante de una barraca (en griego, *skénè)* y no en la arena del Circo. Era ya una costumbre etrusca ofrecer a las divinidades espectáculos de danza y de música. Los romanos, obedeciendo a los adivinos, la retomaron, pero a ese espectáculo añadieron palabras que los actores pronunciaban bailando y que relataban una historia. Así fue como comenzó el teatro y nació la comedia romana. Sé que existía una comedia en lengua griega, que debía mucho a las colonias helenas de Italia y de Sicilia. Pero fue en las pequeñas aldeas de Italia, en Umbría, en el Lacio, y en las lenguas de sus habitantes —que no todos hablaban latín—, donde la comedia no tardó en conquistar un público.

Esta comedia, nacida y formada en la aldea, conserva el espíritu aldeano que todos nosotros llevamos dentro. Siempre estamos dispuestos a reírnos del vecino, a ridiculizar sus defectos corporales y sus manías y a pensar que las desgracias que les suceden son debidas

a su estupidez o su imprevisión. Estoy seguro de que lo que más te gusta del teatro, a ti también, son las comedias y los mimos, y todo lo que está cercano a nuestra vida. ¡Ah! Tú no eres diferente de los italianos de siempre, tanto de los campesinos del Lacio que trabajan la tierra como de los viñadores campanos y de los pastores de la montaña a los que el frío obliga a pasar el invierno en la aldea. A todos les agrada divertirse con lo que ven allí. También eres heredero de los griegos del sur, gracias a los cuales hemos descubierto y aprendido a imitar lo mejor posible a los más ilustres poetas de la otra Grecia, a Aristófanes, Menandro y, tal vez con menos entusiasmo, a Sófocles y a Eurípides, que nos han iniciado en esa tragedia que nosotros hemos moldeado a nuestro gusto. Tanto es así que, en nuestras ciudades, el teatro nos ofrece lo que puede ser considerado como una imagen, algo deformada, de la condición humana.

—¿Deformada dices, mi buen Frontón? ¿No crees que la comedia refleja realmente lo que somos?

—Mira, ¡empieza por poner una máscara sobre el rostro de los actores! Conoces esas máscaras y sabes también que durante mucho tiempo, en Roma, los comediantes no tenían derecho a llevarla, bajo pena de perder su calidad de ciudadanos. Interpretaban, pues, sus papeles con el rostro descubierto. Así lo exigía la ley. Pero el ejemplo del teatro griego, cuyos actores actuaban enmascarados, así como el de las atelanas, esas comedias inventadas por los campesinos de la Campania en las que los actores se cubren el rostro con una máscara tallada en una corteza de árbol para ocultar sus rasgos y burlarse más libremente de los otros aldeanos, fueron irresistibles. La influencia de la comedia griega, sobre todo, fue decisiva y triunfó.

Ya sabes en lo que hoy se han convertido las máscaras. Cada una de ellas representa no un ser real, una persona auténtica y perfectamente determinada, sino una edad, un carácter, un oficio, y de ello nos ofrecen no un retrato, sino una caricatura. Mira, por ejemplo, *Pappus,* la máscara de un anciano que, a pesar de tener la tez pálida y los ojos hundidos, expresa una alegría que contrasta con la de otra máscara de anciano que refleja tristeza. Pero existían otras siete máscaras de ancianos. Se trata de personajes tomados de la vida real, pero cada uno de ellos inmovilizados en una función, un papel, no verdaderamente humanos. Existe, por ejemplo, la máscara de un padre, en la flor de la edad y lleno de autoridad, dispuesto a encolerizarse cuando ve a su hijo envuelto en alguna aventura amorosa. Otra máscara de padre refleja en su rostro la sabiduría de la edad madura, teñida de benevolencia. Estas máscaras no son intercambiables, lo cual hace imposible que, a lo largo de una misma obra, un mismo anciano pueda ser severo en algunos momentos e indulgente en otros.

Las máscaras se diferencian también por algún rasgo físico que corresponde a tal o cual disposición interior. Así ocurre con la forma de la nariz, el color de los cabellos o el corte de la barba. De ahí que estas máscaras, inmóviles y fijas, no permitan a los actores expresar ningún sentimiento sutil, una impresión fugitiva, el reflejo de una emoción repentina, surgida en el curso de la acción o sugerida por ella. Imponen a la comedia una rigidez que difumina los estados de ánimo. Todos los personajes se hallan sometidos a esta ley, que excluye la espontaneidad y los transforma en marionetas.

—Me parece, querido Frontón, que eres demasiado severo. Si las comedias hacen reír, ¿qué más se les puede pedir?

—Quisiera que fueran más cercanas a la realidad, más próximas a nosotros. ¿Qué piensas tú de los mimos?

—También me gustan, por supuesto. ¿Cómo no amar su palabrería sin pretensiones, la música y los bailes, las canciones que los acompañan?

—También tú eres muy romano, te agrada unir la verdad al sueño. El mimo es sobre todo una escena de nuestra vida diaria, las conversaciones entre un comerciante y su cliente, entre una mujer y su criada. En este género, los griegos han sido nuestros maestros. Llevando a la escena lo que podemos ver y oír en cualquier momento, en la calle y bajo los pórticos, el poeta lo transfigura. Añade una música, hace variar a su antojo el ritmo de las palabras que los actores se intercambian; después, de pronto, nos encontramos fuera del mundo real. El espectáculo se convierte en una especie de sueño y, como en los sueños, todo se vuelve posible. Esto es lo que más nos atrae del mimo, el hecho de que transfigure la realidad, que la transporte al círculo mágico del teatro o del circo.

—Te comprendo muy bien, mi querido Frontón, ¿pero qué piensas de la tragedia? ¿Te agrada menos, al igual que al resto de los romanos? Este es el sentimiento que experimento yo también. Para mí tiene menos atractivo que la comedia y el mimo. ¡Está tan alejada de nuestra vida! Sus héroes pertenecen a la historia o a la leyenda de los griegos, no son los nuestros. Conocemos, por supuesto, los nombre de Ulises, de Ifigenia, de Orestes, de Agamenón y de todos los demás; desde nuestra más tierna infancia, hemos aprendido lo que fue su vida. ¿Qué puede ocurrirles de nuevo que nos interese?

—Sí, te entiendo. Siempre nos preguntamos cómo va a salir de la situación un joven enamorado que se enoja con su padre, aunque lo conozcamos por experiencia. En cambio, de Ifigenia, sabemos cómo murió.

—Pero también tenemos nuestros fantasmas y conocemos su historia, que no es menos viva, aunque no la veamos representada en un escenario. Existen otras muchas formas de perpetuar su memoria. Si quieres, mañana iremos a pasearnos por la Ciudad.

A la mañana siguiente, Frontón y su alumno comenzaron su paseo por Roma.

11

LOS FANTASMAS **DE LA CIUDAD**

Conoces la mayor parte de los lugares que quiero mostrarte —dijo Frontón—, pero tal vez exista una forma diferente de verlos. Te llevo a Roma como te llevaría por Micenas, Argos, Atenas, Tebas o alguna ciudad de la leyenda griega. No creo que puedas encontrar con certeza el lugar donde Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba. En las laderas del Palatino han construido demasiados templos y casas como para que no haya cambiado todo. El Lupercal[7] es tan poco reconocible como el palacio de Agamenón en Micenas. Pero existen, no lejos de aquí, algunos lugares que esperan sólo a un poeta.

Y así fue como Marco y Frontón empezaron la exploración de la Roma de los poetas y de las leyendas. Se dirigieron primero al Gran Altar de Hércules, no lejos de las orillas del Tíber, en el Mercado de los Bueyes donde se alza el teatro de Marcelo. Allí, para mostrar su ciencia, Marco recitó los versos donde Virgilio cuenta cómo, muchos años antes de la fundación de la ciudad, un bandido llamado Caco, es decir, «el malvado», robó los bueyes de Hércules en ese mismo lugar, y cómo fue castigado por ello. Después remontaron el curso del Tíber y atravesaron el Campo de Marte, donde vieron, medio enterrado, el altar de Plutón, que reina sobre los muertos. A principios de cada siglo, en ese lugar se celebran unos Juegos que deben asegurar la eternidad de Roma. Luego subieron al Capitolio, y Frontón contó la historia de la vestal Tarpeya, que por amor al rey Tacio, por entonces en guerra contra los romanos, le entregó la ciudadela. Pero el rey, horrorizado ante esa traición, que, sin embargo, era provechosa para él, ordenó que la asfixiaran bajo los escudos de sus soldados.

Frontón recordó los orígenes de esta guerra, cómo los primeros compañeros de Rómulo, al no tener mujeres y desear poblar la ciudad, raptaron a las jóvenes sabinas en Roma para asistir a los Juegos y se desposaron con ellas. Las sabinas aceptaron tomarlos como esposos, pero con unas condiciones muy concretas: no serían obligadas a realizar ningún trabajo servil y reinarían sobre toda la gente de la casa. Serían las amas y no las esclavas de sus maridos.

—Tal vez sólo sea una leyenda —dijo Frontón—, pero está llena de contenido. Significa que, en nuestro país, el matrimonio no está basado en la violencia, sino que resulta de un contrato, aceptado libremente. Entonces, podrás decirme, ¿por qué la novia, el día de la

boda, es raptada por su novio y penetra, llevada por él, en la casa que será su hogar? ¿Por qué ese simulacro de violencia? Creo que hay varias razones: en primer lugar, el pudor que se supone que siente una joven en el momento de convertirse en mujer. Acepta el matrimonio, pero no quiere parecer que lo desea. Y luego, tal vez haya otra. Hay que evitar a toda costa que la joven casada, al traspasar el umbral, no se tropiece, porque sería de mal augurio. Hoy en día, el rapto sigue siendo un símbolo para nosotros, un acto de amor, una promesa de felicidad.

Marco y Frontón se dirigieron a continuación hacia la orilla derecha del río, que atravesaron un poco más abajo de la isla. Al pasar, vieron los vestigios del puente más antiguo de Roma, el Sublicio, que no era de piedra, sino hecho con vigas ensambladas.

—Los dioses —dijo Frontón— se negaron siempre a que fuera sustituido por otro más sólido, de albañilería; y a propósito de esto existe una historia, digna de inspirar a los poetas. Ocurrió en los primeros tiempos de Roma, pero no se sabe exactamente cuándo. Roma estaba amenazada por sus vecinos, los etruscos, tal vez porque los Tarquinos habían sido expulsados y trataban de reconquistar su reino, pero no es seguro. Fuera como fuera, existía un solo puente, que era el Sublicio. El tablero reposaba sobre unos pilotes y —no estaba demasiado seguro— se derrumbó por sí solo durante una inundación que hubo en la época de Otón, ya sabes, uno de los tres príncipes que sucedieron a Nerón y cuyos reinados fueron tan cortos. Un día, el ejército etrusco intentó forzar el paso. Se lo impidió un romano de la *gens* Horatia, que combatió él solo hasta que el puente pudo ser destruido. Entonces, cubierto de heridas —había recibido una flecha en un ojo y por esta razón fue apodado Cocles, el Tuerto— y ensangrentado, se arrojó al Tíber y murió. ¿No te parece un hermoso ejemplo de heroísmo? ¿No crees que es una historia portentosa?

—Tal vez demasiado portentosa —respondió Marco—. ¡Defender completamente solo el paso de un puente! Hoy, ni el más ingenuo de los centuriones cometería el error de confiar esa misión a un solo hombre!

—Yo opino lo mismo. Tal vez sólo sea una leyenda creada para difundir la idea de que el valor de los jóvenes romanos puede permitirles llevar a cabo las hazañas más increíbles. Aunque no creamos que las cosas sucedieron tal y como las cuentan, la sola imagen era, en sí misma, una lección de heroísmo, susceptible de inspirar a los soldados en el curso de una batalla.

—No lo dudo, mi querido Frontón. Sin embargo, ¿no crees que en la historia de Roma se encuentran bastantes ejemplos de valor de los que nadie puede dudar como para que sea necesario inventarlos? ¿No es preferible la verdad a todas las mentiras, incluso a las más

---

[7] Gruta donde se retiró la loba que había amamantado a Rómulo y Remo.

seductoras?

—¡Ah! Marco, veo que no se han equivocado al ponerte el apodo de Vero, el Verídico. Sé incluso de alguien que sólo te llama *Verissimus*. El Muy Verídico.

Marco apartó la vista sin responder. Sabía que ese apodo se lo había puesto el mismo príncipe cuando le había incluido entre los hombres que deseaba que le sucedieran, y eso le incomodaba. No le agradaba pensar en ello. La idea de poder reinar algún día le llenaba de dudas y de confusión. Temía no ser digno de semejante tarea. A Frontón, que había comprendido los escrúpulos de Marco, le gustaba provocarle con ese tema. Ese día, Marco no respondió a la alusión y renunció incluso a defender, como hacía normalmente, la idea de que nunca, bajo ningún pretexto, hay que alejarse de la verdad. Ese día consintió en admitir, pero sin decirlo, que había mentiras útiles, o al menos tolerables, cuando se trataba de leyendas de un pasado lejano. Iban parejas con la imaginación de los poetas. Los griegos habían extraído de los suyos lo mejor de su gloria. En ese paseo en el que se le descubrían los edificios y los lugares había algo exaltante. No, los romanos de los antiguos tiempos no habían dejado poemas comparables a los de Homero, pero sí un bosque de edificios, cada uno de los cuales parecía prometer la inmortalidad.

A medida que su maestro le relataba los recuerdos y los símbolos unidos a esas viejas piedras, la Ciudad adquiría, a los ojos de Marco, un rostro nuevo. Dejaba de ser para él un laberinto de callejuelas y de placitas sin alma, se le presentaba como un ser vivo donde cada muro, cada casa, tenía su historia y su razón de ser y, de pronto, entendió muchas cosas. Comprendió por primera vez por qué los lugares de espectáculos, tan numerosos en Roma, eran tan diferentes los unos de los otros: unos completamente circulares, otros alargados, algunos totalmente rodeados de gradas, otros sólo en una parte de su circunferencia. Aprendió así a establecer diferencias entre los circos, los anfiteatros y los teatros. Lo que le decía Frontón se situaba de nuevo en la historia de la Ciudad y se le hacía más claro.

12

MONUMENTOS PARA EL RECUERDO

De todos los lugares donde se celebraban los Juegos —le decía Frontón— el más antiguo es el Circo Máximo, que ocupa el Valle Murcia (tal vez deba su nombre al mito de Venus, pero lo dudo bastante), situado entre el Palatino y el Aventino. En tiempos de los reyes allí se encontraba la frontera de la Ciudad, cuando Roma sólo ocupaba el Palatino. Sus dimensiones hacían que fuera un lugar de encuentro y de fiestas. Cuentan que en ese lugar fueron raptadas las sabinas, y ahí, como te he dicho, fue erigido el segundo templo de Flora. Debido a su forma *alargada,* podían desplegarse las procesiones y los cortejos. Los espectadores se situaban en las primeras pendientes del Aventino o del Palatino y se sentaban lisa y llanamente en el suelo. Los desfiles pasaban bajo sus ojos, por ejemplo el que marcaba el inicio de los Grandes Juegos *(Ludi Magni).* Por allí también pasaban los triunfos, antes de subir al Capitolio, espectáculo agradable a los dioses y halagador para el pueblo.

El circo era además un lugar sagrado. En él se encontraba enterrado un altar dedicado a un dios misterioso, llamado Conso, cuya función era velar por la buena conservación del trigo cosechado que se amontonaba en los silos, lo que explicaba que se pensara que él mismo vivía bajo la tierra. En su honor, y tal vez para distraerle de su larga y pesada tarea, se organizaban carreras de caballos en las que estos auxiliares de los labradores, tan valiosos para el trabajo de la tierra, adquirían un rango superior. También los asnos, útiles para los trabajos del campo, eran coronados ese día con flores y no trabajaban. Ese fue el primer lugar de espectáculos que se dieron los romanos y tales los ritos que realizaban cuando aún eran labradores, antes de ser soldados. ¡Y el Valle Murcia siguió siendo la pista alargada que ya de por sí era!

Sin embargo, la afición por las carreras de caballos creció, dando lugar a espectáculos cada vez más frecuentes. La pista del Valle Murcia no podía permanecer tal y como la Naturaleza la había hecho. En la época en que Alejandro de Macedonia se proponía conquistar el mundo fueron construidos en el Circo Máximo los primeros *carceres,* los pequeños recintos donde se guardaba a los caballos antes de la salida de la carrera, con el fin de soltarlos todos juntos. Esos recintos estaban construidos por entonces con ramajes y tierra. Permanecieron tal cual durante unos ciento cincuenta años. Más tarde fueron construidos en piedra. Después, a lo largo de los siglos, los jefes romanos victoriosos se

complacieron en embellecer y adornar el Circo Máximo, en recuerdo de sus éxitos. El obelisco que ves en la *spina,* el murete que señala el eje del Circo, procede de Egipto, donde celebraba la gloria de Ramsés II, el rey más ilustre de la historia faraónica. Augusto fue quien lo mandó transportar a este lugar. Para los egipcios, un obelisco simboliza un rayo de sol que se solidifica al contacto con la tierra. Se trata del mayor beneficio que los dioses hayan ofrecido a los humanos: la luz del sol que aporta la vida por doquier.

—Entiendo perfectamente para qué sirven los circos. Permiten realzar las cualidades de un caballo o las de un tronco de caballos, una cuadriga, o las del hombre que la conduce. Se trata siempre de este valor vinculado a la victoria que, tan a menudo, hemos encontrado tanto en Roma como en Grecia, y comprendo muy bien, a mi vez, lo que éste puede tener de exaltante. Pero hay un lugar sobre el que aún no me has dicho prácticamente nada, los teatros.

—Porque, probablemente, lo conozcas todo sobre ellos. Como sabes, proceden de los países griegos y al principio fueron concebidos para responder a sus necesidades. Cuando Roma apenas acababa de ser fundada, los griegos empezaron ya a organizar Juegos en honor de los dioses. Durante mucho tiempo, consistieron en danzas ejecutadas por uno o varios coros, en las que unos bailarines y bailarinas cogidos de la mano dibujaban toda clase de figuras. En cada ciudad había un espacio reservado para ello, una plaza alrededor de la cual se congregaban los espectadores. Estas danzas iban, por supuesto, acompañadas de música, pero también de cantos, de poemas en loor de la divinidad a la que se celebraba o de algún héroe del que se evocaban las hazañas. Después, con el tiempo, se decidió encargar a unos actores que representaran estas últimas. El coro no es más que un testigo; asiste al desarrollo de la acción, la comenta, llora por las desgracias de los héroes o exalta su virtud. Al ser relegado el coro a un papel secundario y adquirir cada vez más importancia el de los actores, la arquitectura fue modificada. El lugar donde evolucionaba el coro, la *orchestra,* el lugar «donde se danza», hasta entonces circular, se prestaba mal a este nuevo espectáculo; no permitía realzar a los actores del drama, que, a partir de entonces, fueron instalados en una plataforma más elevada, lo que les hacía visibles desde cualquier lugar. La antigua *skénè,* la barraca que servía de bastidor, fue conservada. Su fachada se transformó en un decorado que evocaba el lugar de la acción, que podía ser tan pronto un lugar público, cuando se trataba de una comedia, como el atrio de un palacio, cuando se representaba una tragedia. Fue adornada con columnas, entre las cuales se abren unas puertas que permiten entrar dentro de la *skénè,* cuya fachada se supone que es, según los casos, la entrada de un palacio o una simple casa burguesa.

Las primeras representaciones teatrales datan, en nuestro país, de la época en que Roma

luchaba contra Cartago y los dioses habían pedido juegos escénicos. También se adaptaron obras griegas reduciendo el papel del coro, o incluso suprimiéndolo, lo que permitió disminuir el lugar ocupado por la *orchestra.* Ésta fue transformada. En ella se instaló a los espectadores de las clases altas, a los senadores y a los caballeros. Pero ya te he hablado de la ley Roscia.

Durante mucho tiempo no se construyeron teatros. Los magistrados desconfiaban de este tipo de espectáculo más que de cualquier otro. En las ciudades griegas, el teatro era el lugar donde se producían todos los desórdenes y todas las reivindicaciones populares. De esa forma, durante años los primeros teatros fueron, lo mismo que los anfiteatros, edificios temporales cuya armazón era fácilmente desmontable. Además, en él no había asientos, lo que acortaba bastante la duración de las asambleas. ¡Y esto duró casi un siglo! Pompeyo, llamado el Grande a causa de sus victorias en Oriente, fue el primero en eludir la ley y en ordenar construir un teatro de piedra[8]. Hizo como que edificaba en el Campo de Marte no un teatro, sino una gran escalera que conducía a un templo que consagró a Venus victoriosa, tal vez inventada para la ocasión.

—Ya ves, querido Marco, cómo los monumentos de Roma reflejan su historia. La época de la Libertad apenas acababa de finalizar cuando ya la antigua prohibición relativa a los teatros era violada. Después de Pompeyo, que la eludió, el propio dios Augusto ordenó construir un inmenso teatro de piedra al que dio el nombre de su sobrino Marcelo, y, unos meses más tarde, en el Campo de Marte había un tercer teatro, construido por Lucio Cornelio Balbo, uno de los últimos, aparte de los príncipes, en ser honrado con un triunfo[9].

—Gracias a ti, mi querido Frontón, comprendo mejor que una ciudad no es sólo un lugar donde los hombres se amontonan para vivir. Por supuesto, necesitan casas, pero, por muy numerosas que éstas sean, un conjunto de casas no es una ciudad; sólo son una concha vacía, un esqueleto sin carne, si lo prefieres, donde el alma está ausente. Los zorros, los conejos y ciertas aves saben construirse guaridas, madrigueras o nidos, pero nunca se les ve reunirse en un foro...

—¡No estoy tan seguro como tú! Algunos animales se complacen en estar en compañía de sus semejantes. Piensa en las golondrinas, o en las colonias de ratas, y tú mismo puedes encontrar otros ejemplos. Pero, por muy fuerte que sea ese sentimiento que les lleva a agruparse y a formar como un esbozo de sociedad, no podría nunca desarrollarse hasta el punto de hacerles formar una verdadera ciudad. Los animales sólo construyen refugios. La ciudad sólo empieza a existir cuando se construyen edificios cuyo fin principal es el de ser

[8] En el 55 a. de C.
[9] Después de sus victorias en África. El teatro fue construido en el 11 a. de C.

bellos. Ahora bien, el arte de construir es una de las artes en las que más destacan los romanos y, por ese motivo, su ciudad representará siempre un momento inolvidable de la historia de los hombres. En el futuro surgirán otras ciudades, pero ninguna, estoy seguro, reflejará ni mostrará tan claramente lo que somos y lo que aspiramos a ser.

Te he hablado de los circos, de los anfiteatros y de los teatros, y te he dicho también a qué responde para nosotros cada una de esas formas, a veces a una necesidad concreta, a veces a una actividad nueva que inventamos y a la que los arquitectos dan cuerpo. Lo mismo sucede con los estadios. Mira el que Domiciano, el hijo del dios Vespasiano, erigió en el Campo de Marte. Sus dimensiones lo convierten casi en un circo, pero en él no hay *spina* como en los circos tradicionales, destinados a las carreras de caballos y de carros. Es un edificio completamente griego, construido para celebrar en él certámenes a lo griego, donde se ve a atletas, corredores, luchadores que rivalizan entre ellos, en el marco de los Juegos Capitolinos instituidos por Domiciano, que, a imitación de Nerón, deseaba hacer de Roma una ciudad griega. Mira: antaño, el Campo de Marte era el lugar donde los jóvenes romanos se entrenaban para combatir. ¿Acaso no es Marte el dios de la guerra y, al mismo tiempo, el de la juventud y la primavera? Como era una planicie muy extensa, los ciudadanos se reunían en ella para elegir a sus magistrados, ya que el antiguo Foro era demasiado pequeño para tales asambleas. En cambio, el Campo de Marte les ofrecía todo el espacio necesario. De esa forma, durante mucho tiempo estuvo prohibido construir dentro de él, pero con los siglos, y al no cesar de crecer la Ciudad, la tentación fue demasiado fuerte y, en la época de la guerra de Aníbal, empezó a ser ocupado. Un cónsul, Flaminio, construyó en él un circo[10]. En ese momento, los patricios y los plebeyos estaban en luchas constantes. Flaminio favorecía a éstos, y, en su circo, erigido probablemente por esta razón, se celebraban los Juegos plebeyos, rivales de los Grandes Juegos, que estaban en manos de los patricios.

El circo de Flaminio sólo ocupaba una pequeña parte del Campo de Marte. Después fueron construidos los tres teatros y, a partir de ese momento, el final de la Libertad, las construcciones se multiplicaron en la planicie. Las elecciones se habían convertido en una mera formalidad y ya no exigían tanto espacio como antaño. En esa época fue cuando Vipsanio Agripa, el amigo y el consejero del dios Augusto, ordenó acondicionar el centro de la plaza para transformarla en una especie de villa de recreo destinada al pueblo. En ella había un acueducto, la Virgo[11], un lago y unas termas. Nunca se construyeron tantos monumentos como en ese período. Poco a poco, Roma se convertía en la que ahora ves. Fue

[10] En el 221 a. de C.

[11] El Aqua Virgo (la «joven» que descubrió la fuente) fue inaugurado en el 19 a. de C.

como si, de pronto, la Ciudad fuera consciente de su edad y de que sus monumentos eran demasiado anticuados, cuando no primitivos, para las actuales condiciones de vida.

—¿Qué sucedía mientras tanto con el resto de la ciudad?

—El antiguo Foro, que había visto tantas cosas, también se recargaba cada vez más. No se podían tocar los vestigios sagrados, recuerdos de los antiguos tiempos, pero dentro de él se llevaban a cabo las transformaciones necesarias. Así, el *Comitium,* el lugar donde antaño se reunía el pueblo, no siempre tuvo la misma forma que ahora. Hubo un tiempo en que era circular, parecido a la arena de un anfiteatro; luego la construcción de nuevas curias para el Senado redujo su superficie. En la curia era donde se reunían los verdaderos amos del Estado. La última de ellas fue iniciada por el dios César y acabada por el dios Augusto. Habrás visto en los alrededores una tribuna a la que llaman los Rostros, reconocible por las proas de navío con las que está decorada. Perpetúa el recuerdo de la victoria naval conseguida sobre los latinos cerca de la costa de Antium[12] y que valió a los romanos el dominio del mar. Eso ocurría unos cuatrocientos años antes de la Fundación. Desde esa misma tribuna, Cicerón pronunciaba la mayoría de sus discursos cuando se dirigía al pueblo.

—Mi buen Frontón, ¡qué lejano se encuentra todo eso de nosotros!

—Pero dime, Marco, ¿no te sientes orgulloso de todo ese pasado?

—¿Orgulloso? Sí, por supuesto, pero un poco cansado. Conozco todos esos monumentos. Incluso he visto construir algunos de los que se encuentran en el Foro y en el Campo de Marte. ¿Pero quién rogará a los dioses, asistirá a los Juegos, frecuentará los pórticos, quién, en resumen, vivirá, si Roma no es más que un museo de arquitectura y una galería de estatuas?

[12] En el 338 a. de C. Antium, hoy Anzio, está situada en la costa tirrena, a unos 60 Km. al sur de Roma.

13

LA CASA ROMANA Y EL URBANISMO IMPERIAL

Lo que dices es verdad, o lo sería si no hubiera un milagro romano que parece hacer que el espacio no tenga límites. Los arquitectos han ideado miles de medios para utilizar los menores rincones y compensar con la altura de los edificios la estrechez del terreno donde pueden ser construidos. Por esa razón idearon las *insulae,* esos inmuebles vecinos a los vestigios más venerables. Sólo te pondré un ejemplo: la *insula* que acaban de construir entre las dos cimas del Capitolio, la de Júpiter y la de Juno, y que está colgada de la colina como un nido de cuervos o un enjambre de abejas salvajes. Es como una aldea formada de células angostas en donde algunos hombres encuentran la forma de vivir. Sólo necesitan una cama, no demasiado ancha, y un brasero, que apagan cuidadosamente una vez hecha la comida, si no quieren provocar un incendio.

—Sí, he visto muchos incendios. Los vigilantes salían de su cuartel y corrían en todas las direcciones con unos cubos, entre las fuentes públicas y los lugares incendiados. Incluso los he visto derrumbar los muros de las casas en llamas para crear un vacío donde el fuego no encontrara nada con qué alimentarse.

—Eso es cierto. Te hablaré otra vez de los acueductos, cuya agua es muy útil, no sólo para luchar contra los incendios, sino también para arrastrar las inmundicias que los ciudadanos no se privan de arrojar a la calle. También es preciosa para alimentar las termas, donde tanta gente gusta de pasar su tiempo libre.

—¿Cómo podemos protegernos de esos incendios tan temibles?

—Existen unas normas que los constructores deben respetar. Por supuesto, cuanto más numerosas son las *insulae,* cuanto más pegadas están las unas a las otras y más encajadas en callejuelas, mayor es el peligro de incendio. Cuando el fuego ha devastado un barrio, los magistrados imponen a los arquitectos unas obligaciones destinadas a garantizar una seguridad al menos relativa. Se modifica el trazado de las calles al mismo tiempo que se las ensancha y, siempre que es posible, se las bordea con pórticos, que alejan unas casas de las otras y disminuyen el amontonamiento. Estas son las normas que al menos se siguen en los barrios próximos al centro. Cuando uno se aleja de éste, la vigilancia es menos estricta y se vuelve a las antiguas costumbres. A los romanos no les gustan en absoluto las *insulae.* La auténtica casa romana, la que a ellos les gusta, es la antigua *domus,* alrededor de su *atrium.*

—Les comprendo. Yo también, mi querido Frontón, me siento prisionero en una *insula*

si no puedo ver por encima de mí un poco de cielo. Durante el día echo de menos la luz del sol. Por la noche, las estrellas. Y además, me siento más cercano de los dioses cuando veo su imagen en las paredes del *larario*[13], al lado del hogar, un auténtico hogar cuyas llamas suben hacia el cielo y no un brasero que lo único que hace es enrojecer. Me gustan las casas con *atrium* también por otras razones. No sólo son más espaciosas que las otras, sino que responden mejor a la idea que yo tengo de la familia. Preservan la continuidad de ésta. Porque, aunque los muertos, una vez que la Parca ha cortado el hilo de su vida, sean quemados en una hoguera y sus cenizas colocadas en un monumento a las puertas de la Ciudad, al menos su imagen, la máscara de cera que conserva sus rasgos, es depositada en el corazón de lo que fue su morada, el *tablinum,* el armario de los archivos reservado para la ocasión en el fondo del *atrium.* Esa máscara ha sido moldeada en el momento de su muerte, y confieso que no puedo mirarlas sin sentir una mezcla de respeto y de terror. Son nuestro pasado y también nuestro porvenir. Un día mi propia imagen se reunirá con ellas, ya que nuestra familia es una de las que poseen el «derecho a las imágenes» y por mi nacimiento estoy destinado a formar parte de los llamados a asegurar la supervivencia de Roma y de su espíritu.

Pero, al mismo tiempo, esas máscara me producen temor cuando, durante los funerales de uno de sus descendientes, las veo fijadas en el extremo de una vara, en un maniquí vestido, para acoger al que penetra en el reino de los muertos. Por suerte, no hay todos los días funerales solemnes, y las máscaras permanecen casi siempre guardadas en el armario del *tabularium.*

—Marco, no eres el único en permanecer fiel a las casas que poseen un *atrium.* Muchos sueñan con ellas, sobre todo porque es un signo de riqueza o de una antigua nobleza. No pienses, no obstante, que esas casas se remontan a los orígenes de la Ciudad y a los tiempos de Rómulo. La casa de éste —al menos la llamada con este nombre—, tú la conoces, se puede ver en el Palatino, donde es conservada piadosamente; se trata de una grosera estructura de ramas, de las que se han limitado a quitar los ramos. Unas ramas más finas formaban la armazón del techo, que estaba, por supuesto, cubierto de paja. En realidad, no es todavía una casa, sino una cabaña.

La casa con *atrium* no fue inventada en Roma, o más bien en esa época ésta no era todavía una ciudad delimitada por una muralla. La casa en la que nosotros pensamos debió de ser primero una morada campesina, una especie de granja. El *atrium* era un patio sin techo en el que penetraba el agua de la lluvia, recogida por el estanque central. ¡No parecía estar construida para proteger a sus moradores de la intemperie, sino para todo lo contrario!

[13] Altar doméstico en forma de nicho consagrado a los dioses lares, protectores del hogar.

Sólo pudo haber sido concebida en una época en la que el agua era escasa, en la que todavía no habían sido construidos los acueductos y en la que las fuentes —las sigue habiendo en Roma— no bastaban para satisfacer las necesidades no sólo de los hombres, sino también del rebaño criado en una cabaña situada en los alrededores de la casa. El estanque del *atrium,* el *impluvium,* alimentado por el agua de la lluvia que entraba por el *compluvium,* auténtico embudo abierto en el tejado, subvenía a esas necesidades. Todavía hay pueblos donde los abrevaderos dependen de la voluntad del cielo.

Las piezas de la casa se hallaban distribuidas alrededor del patio. Eran escasas. En la época de la Roma rústica, la mayoría de los criados vivían en cabañas, en el exterior. El *atrium* era el lugar central de la casa. En él se encontraba el *lectus genialis,* en el que dormían el padre y su esposa, cerca del *tablinum.* A veces se añadían otras piezas. En la Campania, por ejemplo, he visto casas con varios *atria,* yuxtapuestos. El *atrium* es también el lugar de la vida social. Allí es donde todas las mañanas los clientes vienen a saludar al señor, como exige la etiqueta. Todo esto exige espacio. De esa forma, la arquitectura del *atrium* se modificó. Primitivamente, el *compluvium* era cuadrado o ligeramente rectangular y se apoyaba en cuatro vigas, cada una de las cuales sostenía una vertiente del tejado. Era el *atrium* llamado toscano. Sus dimensiones se hallaban limitadas por la carga máxima que podía soportar una viga. Después surgió la idea de apoyar el techo en cuatro columnas. Este *atrium* recibió el nombre de tetrástilo, que fue sucedido por el *atrium* corintio, que tenía una fila de columnas en cada uno de sus lados. Un cuarto tipo de *atrium,* llamado rodiano, es un corintio en el que uno de los lados, el del sur, está alzado, en relación con los otros tres, sobre un piso, con el fin de proteger a la pieza de un sol demasiado violento.

Primitivamente, la casa con *atrium* estaba situada dentro del dominio de su propietario. Alrededor de ella se extendía un terreno libre, el *hortus,* llamado a veces familiarmente la segunda fresquera. Después Roma se convirtió en una auténtica ciudad. En ella había plazas públicas y lugares donde los habitantes del campo vendían sus productos, como el «mercado de las legumbres» *(forum olitorium),* instalado a las orillas del Tíber, cerca de otro mercado, probablemente anterior, el *forum boarium* (el mercado de ganado), y del Gran Altar de Hércules (el *Ara Máxima).* Este último era un lugar de encuentro natural para los habitantes de las colinas. A partir de ese momento, los pequeños huertos, los «recintos», perdieron su razón de ser. Pero hubo un barrio que escapó a estas transformaciones, la colina más alejada del centro, el *Pincius mons,* que se extiende a lo largo del límite oriental del Campo de Marte. Fue la denominada *collis hortulorum* (la colina de los huertos), nombre bajo el que se la conoce todavía.

—Me has hablado de la historia de esas casas con *atrium* que a mí me gustan tanto. Pero

no me has dicho nada del peristilo que forma parte de ellas.

—Cuando el huerto dejó de ser utilizado para cultivar legumbres, el espacio disponible fue modernizado. Era la época en que Roma extendía su poder sobre el conjunto de Italia y luego sobre los países griegos. Allí los romanos veían villas en las que abundaban los pórticos. Les fascinó la idea de que la casa diera, más allá del *tablinum,* a uno de esos monumentos que adornaban las ciudades de Oriente, un pórtico, que podía ser un lugar público ofrecido por algún rey o un recinto sagrado construido en honor de una divinidad. Como ves, cuanto más observamos lo que fue la vida de Roma más descubrimos que los romanos siempre estuvieron animados por la voluntad de soñar, de querer que las cosas y los hombres no fueran simplemente lo que son, sino la imagen de otra cosa, de otros seres. Hemos visto cómo en el teatro y en el anfiteatro hacían realidad ese sueño, a veces de una forma extraña. El otro día te dije que el cónsul Flaminio había ordenado construir un circo en el Campo de Marte. Pues bien, doscientos años más tarde, el dios Augusto lo utilizó para crear un extraño paisaje que reproducía la imagen que en aquella época tenían de Egipto, convertido veinte años antes en una provincia romana. Ordenó que llenaran de agua el circo y que metieran en él a treinta y seis cocodrilos, reproduciendo así en la vida real las numerosas pinturas y mosaicos donde se encontraban representados este tipo de paisajes, imitados también en los jardines privados. Al dar a un peristilo, la antigua casa con *atrium* se transformaba en el palacio de un rey o en el santuario de una divinidad.

Hacia esa misma época empezó la moda de decorar con pinturas las paredes interiores...

—Sí, me has mostrado todo eso, las mil y una maneras de hacer como si las paredes no existieran, como si la casa diera a otro mundo diferente al que conocemos. Pero el resultado no es siempre demasiado feliz. El mundo representado en esas pinturas carece de lógica. En ellas, los dioses se encuentran al lado de pescadores, que a su vez viven en casas demasiado elegantes como para ser verdaderas. ¿Y todos esos animales que parecen revolotear a nuestro alrededor son reales o imaginados? Por suerte, hoy en día los pintores se han vuelto más razonables.

—No comparto en absoluto tu opinión, Marco. Y no soy el único al que le gustan esos paisajes oníricos donde seres imaginarios se encuentran al lado de imágenes del mundo real. ¿Que en ellos no hay ninguna lógica? ¿La hay acaso en el teatro? A veces nos acusan a los romanos de falta de imaginación. Pero, como ves, el decorado de nuestras casas no carece de ella. Gracias a los pintores y a los ceramistas de mosaicos, podemos en cualquier momento tener ante nuestros ojos no sólo plantas y animales, sino también los dioses y héroes de los que han hablado los poetas. De esa forma, a nuestro alrededor hay una especie de teatro que nos transporta tan pronto a la orilla del mar como a la montaña, con las aves,

los faunos y las musas.

—Seguramente, pero las imágenes no cambian de un día para otro, y por muy hermosas que sean, acaban aburriéndome.

—¿Preferirías vivir en un mundo donde todo cambiara sin cesar a tu alrededor? Al poco tiempo, todo te resultaría extraño. Los mortales siempre deseamos que las cosas cambien a nuestro alrededor, pero que al mismo tiempo podamos reconocerlas nada más abrir los ojos. De esa forma, si, por fuerza, los muros que nos rodean son siempre parecidos a sí mismos, nos gusta transformar el decorado de la Ciudad, construir edificios nuevos, y lo conseguimos bastante bien. ¡Qué poco se parece esta Roma que ves ahora a la de la época de Cicerón y de Virgilio!

En aquel entonces sólo existía el antiguo Foro, a través del cual serpenteaba la Vía Sacra, la que seguían entonces las procesiones que, desde la casa de las Vestales, subían al Capitolio. Había varias basílicas que consistían en pórticos cubiertos, donde la gente se resguardaba cuando hacía mal tiempo. Estaba también el templo de Castor y Pólux, en su terraza, y, muy cerca, una fuente que apenas era un charco, la Fuente de Yuturna, la hermana de los dos héroes, según contaba la leyenda. Y los Rostros, de los que ya te he hablado. Y, justo al lado, un santuario que nadie sabe a ciencia cierta a quién está consagrado. Cuentan que en ese lugar Rómulo fue raptado por los dioses, pero también que allí fue asesinado por los senadores. Todo eso es muy misterioso, ¿no te parece? Sea como sea, en ese lugar puedes ver unas losas de mármol negro que siempre me han producido una impresión siniestra.

Cuando el dios César subió al poder, consideró que la Ciudad no era tan bella como debiera. Puesto que era la más poderosa de la tierra, debía ser la mejor adornada, la más rica en monumentos magníficos. Pensaba en las ciudades de Oriente, Antioquía, Alejandría, tal y como las habían hecho los reyes que sucedieron a Alejandro.

La víspera del día en que iba a librarse la batalla decisiva entre su ejército y el de Pompeyo, César prometió a Venus Madre *(Venus Genitrix)* que si salía victorioso le construiría un templo. Al día siguiente, tuvo lugar la batalla de Farsalia. César fue el vencedor y cumplió su promesa. Pero hacía tiempo que se había procurado los medios para hacerlo. Mucho antes de la guerra civil, había encargado a Cicerón que adquiriera varios terrenos al pie del Capitolio, en los que pensaba habilitar un nuevo Foro que llevara su nombre. Cuando murió, este Foro todavía no había sido terminado. Fue el dios Augusto quien lo acabó. Supongo que habrás pasado por él muchas veces y que habrás visto la estatua del dios César montado en su caballo, cuyas patas delanteras son tan extrañas. Acaban en unos pies parecidos a los de los humanos. Parece ser que el caballo que el dios César montaba en

vida era así.

Con el Foro del divino César empieza un nuevo período de la historia de Roma. La Venus Madre venerada en él es la antepasada de la *gens* Julia, la de César. Cuentan que dio un hijo a Anquises, el padre de Eneas, el mismo padre de Julio, que dio su nombre a la *gens*. Quizá pienses que todo eso está muy lejano y que tiene todas las trazas de ser una leyenda. Pero el dios César lo creyó, o fingió creerlo, y no faltó gente que hiciera lo mismo. Y así, con una batalla y un templo en medio de un foro, llegó a su fin la Libertad.

Como sabes, el foro de César fue el primero de una serie de lugares sagrados que se fueron sucediendo casi hasta nuestros días. Nada más venir tú al mundo fue finalizado el más reciente de todos, el foro del dios Trajano, dedicado también a la glorificación de los príncipes. ¡Pronto en esta zona de la ciudad ya no quedará espacio para asegurar su gloria! Será necesario que la tradición se interrumpa. ¡Aunque también es cierto que el Campo de Marte permanece abierto a las glorias futuras!

Todos esos edificios que se añaden los unos a los otros han acabado por hacer que el centro de Roma cuente, a su manera, la historia de la Ciudad hasta nuestros días. Si no recuerdo mal, por ejemplo, el foro del dios Augusto forma una zona sagrada dedicada a las divinidades que quisieron que esta historia fuera la que ha sido, pero también han colocado en ella a los grandes hombres del pasado y otras muchas imágenes. Al lado de Marte he visto a Rómulo, y junto a él a la diosa Fortuna, para recordar, supongo, que hubo una fortuna de los romanos, que los hombres más grandes necesitan tener «suerte». Rómulo y Remo tuvieron la suerte de que una loba se encontrara cerca del lugar donde fueron abandonados, y, si no me equivoco, algunos de los más grandes generales romanos debieron su éxito a la diosa Fortuna.

Observando los monumentos de la Ciudad, querido Marco, podríamos encontrar la ocasión para otras lecciones, ¿Recuerdas la tumba del dios Augusto, en el Campo de Marte, ese mausoleo redondo y lleno de árboles que parece venido de las Islas Afortunadas? Imita, dicen, la tumba de Alejandro el Grande, en Alejandría. Pero no es el único en ese lugar. No lejos de allí se encuentra, como sabes, un altar consagrado a la Paz. En los muros que lo rodean se encuentra representada, en una larga procesión, la familia del príncipe. No carece de significado: es la promesa de que a la muerte de este linaje no habrá nada parecido a lo que fue la sucesión de Alejandro. Ninguno de los personajes a los que vemos celebrando la Paz, la de Augusto, la que puso fin a las guerras civiles que se prolongaban desde hacía generaciones, volverá a tomar las armas, a diferencia de los mariscales del Macedonio que, a su vez, conquistaron cada uno un reino. El dios Augusto quiso que el mundo estuviera para siempre en paz. Ya sabes lo que ha ocurrido con esa promesa. La guerra que

rechazaban tuvo lugar de todas formas. Cuando murió Nerón, el último de los Julios, los romanos volvieron a tomar las armas. Primero Galba, después Otón, a continuación Vitelio y, por último, Vespasiano. Todo eso no se hizo sin masacres ni batallas. Cuando murió Domiciano, la situación mejoró. Los que le mataron habían tomado la precaución de ponerse de acuerdo a la hora de elegir un sucesor. Éste fue el dios Nerva, que, a su vez, supo elegir al dios Trajano. ¡Ojalá los hombres que han ascendido al poder y los que lo hagan en el futuro extraigan de todo este pasado las lecciones convenientes!

14

EL ARTE DE LA CONSTRUCCIÓN

Comprendo bien, mi querido Frontón, que la historia de Roma se encuentre inscrita en sus monumentos, y te doy las gracias por haberla descifrado así para mí. Pero hay algo que me sorprende. ¿Cómo es posible que en menos de doscientos años Roma haya podido transformarse tanto como dices?

—Porque, durante ese tiempo, los procedimientos de construcción también se transformaron. Se dejaron de utilizar las alineaciones de piedras inmensas, ya sabes, los llamados *opus quadratum,* que exigen tanto tiempo y esfuerzo para extraer los bloques de la cantera, tallarlos y ajustarlos. De ese modo, a nuestros antepasados se les ocurrió bastante pronto, después del final de las guerras contra Cartago, construir los muros uniendo las piedras con mortero, que endurece al contacto con el aire y da enseguida al conjunto una gran solidez. Pero este procedimiento tiene un gran inconveniente. El aspecto de un muro construido de esta manera es poco estético. Además, los morrillos pueden soltarse, lo que hace peligrar la solidez del conjunto. Es necesario mantener la muralla con la ayuda de un paramento. Durante algún tiempo se siguieron utilizando para esto bloques regulares, tallados en plena piedra. Después los albañiles romanos idearon otras técnicas. En primer lugar, la llamada *opus incertum,* realizada mediante cemento y pequeños cascotes de toba desiguales, yuxtapuestos irregularmente, tal y como salían de la cantera. Alrededor de Roma hay bastantes canteras de toba: en el valle del Anio y en otras partes. Cuando se va hacia Tibur se ven muchas, ¿verdad?

La cal necesaria para fabricar el mortero se obtiene calcinando piedras calcáreas. También se requiere arena. La que se utiliza normalmente proviene de Puteoli, no lejos de Nápoles. Hace que el mortero en el que se emplea cuaje más rápido y que el muro sea más sólido. Pero no quiero hacer de ti un albañil, sólo abrirte los ojos sobre lo que forma parte de nuestra vida cotidiana y sensibilizarte con respecto al pasado de la Ciudad, a los grandes momentos de su vida. Te será fácil darte cuenta de los cambios acontecidos en el aspecto de los paramentos, desde que comenzaron a utilizarse —al final de las guerras contra Cartago— hasta el momento en que la piedra fue sustituida por el ladrillo, en los tiempos del dios César. En primer lugar, los pequeños adoquines del revestimiento se han vuelto cada vez más irregulares, tanto que el muro ha adquirido el aspecto de una red de pesca. Por algo los albañiles lo llaman «reticulado». A esta trabazón, de aspecto agradable, le faltaba

sin embargo solidez. Las líneas, demasiado regulares, de la «red» tendían a cuartearse y el muro a desarticularse. Esa es la razón de que se les ocurriera reforzar los paramentos con ladrillos, que rodean el reticulado y lo enmarcan. Luego, todo se simplificó y los cascotes de toba fueron sustituidos por ladrillos, que en ocasiones se utilizaron enteros, pero la mayoría de las veces fueron cortados en diagonal con el fin de obtener un material triangular que asegurara mejor la cohesión del conjunto. Lo único que se ve es la diagonal del ladrillo, ya que la punta del triángulo está hundida en la mampostería, lo que asegura la estabilidad del conjunto.

—Te doy las gracias, mi buen Frontón, por todo este saber que tienes a bien transmitirme. Ahora comprendo mejor el espíritu que ha presidido todas estas construcciones que nos rodean, el ingenio de los arquitectos y de los albañiles. Gracias a ellos hemos podido acabar con la tiranía de las columnas, que ha reinado en nuestra Ciudad durante tanto tiempo como en Grecia. Podemos admirar las columnas, por supuesto. Son necesarias en el paisaje de una ciudad y nuestros arquitectos no las han abandonado. Por sí solas definen un estilo y nos conectan con un lejano pasado. ¿Acaso son algo más que troncos de árboles, podados y hundidos en el suelo? Creo recordar que Ulises, según se cuenta en la *Odisea,* construyó de esta manera, o de una forma muy parecida, la habitación en la que recibió a Penélope. Es muy difícil, lo comprendo, colocar los bloques de piedra de diferente manera y hacer otra cosa que no sean edificios cuadrados. Tal vez los filósofos quieran hacernos admirar las proporciones y las armonías que se pueden descubrir en los templos. Esas proporciones y esas armonías pueden ser una fuente de belleza, lo sé; pero a esa belleza sólo se puede acceder a través de la reflexión y del cálculo. ¡Y mis ojos no calculan nada!

Lo que sí me gusta de las construcciones romanas es el empleo de los arcos y de las curvas que se ve en ellas. Creo que no sólo hay más gracia en una curva que en una alineación de columnas, sino que además, al utilizar formas menos rígidas, se pueden obtener efectos y combinaciones más complejas y más sabias.

—¿Quieres decir, Marco, que el ingenio de los hombres se percibe mejor en nuestras construcciones que en las del mundo griego? Tal vez tengas razón. ¡Pero no olvides que una de las desgracias de Prometeo fue la de ser demasiado ingenioso!

Es cierto que el empleo del mortero facilita mucho la construcción de las formas curvas, dado que es más fácil moldear un arco o los elementos de una cúpula que construirlos yuxtaponiendo piedras talladas, porque, para éstas, habrá que calcular con exactitud el ángulo de corte con el fin de obtener claves que, una vez ensambladas, formen el arco. Bastará con verter el mortero, todavía líquido, en un molde de madera que se quitará a

continuación, cuando el mortero se haya solidificado. Pero puedes ver todavía la cantera abierta por el dios Adriano en el Campo de Marte para transformar el templo levantado por Marco Agripa cerca de sus termas, el llamado Panteón. Creo que acaban de quitar el encofrado de la cúpula, como quería Adriano. ¿Por qué redonda? Nadie lo sabe con exactitud, porque el príncipe no reveló su secreto antes de morir. ¿Es la cúpula una imagen del cielo en el que viven los dioses? Sin embargo, es cierto que cuando Agripa dedicó ese templo a todos los dioses, pensaba sobre todo en el futuro dios Augusto, que acababa de obtener su gran victoria sobre Antonio y la reina de Egipto[14]. La suerte que los nobles romanos habían hecho sufrir al dios César, unos veinte años antes, debía de hacer dudar a su sucesor sobre la conveniencia de presentarse como un dios. No era cuestión, en ese momento, de levantarle un templo, pero era posible asociarle a todo lo que de divino hay en el mundo, a las potencias que regulan su curso.

La invención de los arcos y de las bóvedas moldeadas en mortero permite también resolver un problema importante, esencial para la vida de los habitantes: el del agua. Las fuentes que había en la Ciudad pronto fueron insuficientes. Has visto a qué se reducía la Fuente de Yuturna. Se habían construido cisternas para recoger el agua de la lluvia —puedes verlas en el Palatino—, pero tampoco bastaron, porque Roma cada vez estaba más poblada. De ese modo, durante todo el tiempo que duraron las guerras con los cartagineses, no se tuvo tiempo, ni probablemente ganas, de resolver el problema; pero, una vez obtenida la victoria, los romanos pensaron por fin en sí mismos y empezaron a construir un acueducto que pudiera llevar el agua hasta sus colinas. Lo cual presentaba bastantes dificultades. La conducción debía atravesar varios valles. En esa época, los acueductos no eran más que un canal, un arroyo artificial con la suficiente pendiente para que el agua discurriera por él de forma natural. La mayoría de las veces, y cuando el terreno lo permitía, la construcción reposaba sobre el suelo. Pero esta solución sólo era posible para recorridos limitados. Cuando se presentaba un desnivel algo importante, era necesario alzar el canal para mantener una pendiente continua. Esto se hacía posible gracias a los arcos moldeados; de lo contrario, hubiera sido necesario recurrir a tuberías de plomo para establecer una conducción forzada, lo que era muy oneroso y menos seguro. Así es como se formó el paisaje del campo de los alrededores de Roma, atravesado por hileras de arcadas.

En esa misma época se pudo renunciar a los viejos puentes de madera. Un poco más abajo de la isla fue construido el puente Emilio, que sustituyó al antiguo Sublicio y fue el primero en apoyarse en pilares de mampostería.

Pero los puentes y los acueductos no fueron los únicos monumentos en los que se utilizó

[14] En Actium, el 2 de septiembre del año 31 antes de nuestra era.

ese nuevo tipo de arcos. El mismo procedimiento transformó también los teatros y los anfiteatros que, hasta entonces, utilizaban para disponer las gradas destinadas al público un terreno en pendiente, como por ejemplo la ladera de una colina. Lo mismo sucedía en las ciudades griegas. Pompeyo fue el primero en recurrir a arcos de albañilería para alzar la cávea, que, de esa forma, se hallaba sostenida por una serie de pasillos y de escaleras cuyos peldaños formaban el tejado. Este arte, introducido por Pompeyo unos dos siglos antes, llegó a su más alto grado en el anfiteatro Flaviano. El teatro de Marcelo, levantado por deseo del dios Augusto, fue construido con esa misma técnica.

El anfiteatro Flaviano puede acoger a unos cuarenta y cinco mil espectadores y en él se ofrecen los espectáculos más variados y extraños, como, por ejemplo, rellenar de agua la arena y, en ese lago, fletar embarcaciones, e incluso auténticos barcos. El dios César ya había creado el modelo de tal espectáculo, pero para ello había tenido que ordenar la cava de un gran estanque en el Campo de Marte. Sin embargo, unos años después de su construcción fue vuelto a rellenar de tierra porque se habían producido un gran número de presagios siniestros, y también porque se pensó que esa agua estancada en plena Ciudad era la causa de la epidemia de fiebre que se propagó por entonces. Lo cual no impidió al dios Augusto construir, él también, una *naumachie* —así fueron llamadas este tipo de obras—, pero esta vez más alejada del centro de la Ciudad, en la orilla derecha del río, en un lugar más aireado y rodeado de árboles. Para abastecerlo, el príncipe hizo traer el agua del lago Alsietino, en Etruria, un líquido de mala calidad que se utilizó, cuando no se necesitaba para la naumaquia, para regar los jardines de ese barrio.

Como sabes, el anfiteatro Flaviano se alza en el mismo lugar en el que se halla situado un pequeño estanque, el *Stagnum Neronis,* alrededor del cual se extendían los jardines de la Casa Dorada. Cerca de ésta, en un pequeño cerro llamado Velia, había una estatua colosal de Nerón construida en bronce y de ciento veinte pies de altura. Cuando Vespasiano empezó la construcción de su anfiteatro, la conservó transformándola en una estatua del Sol; para ello no modificó el rostro, sino que rodeó la cabeza de rayos. En esa época hacía mucho tiempo que la Casa Dorada (el palacio, o más bien la villa levantada por Nerón en los terrenos asolados por el gran incendio que se produjo bajo su reinado) había desaparecido, destruida por los príncipes que ostentaron el poder después de él. Has visto las obras que se están realizando en la Velia. Se encuentran muy lejos de estar terminadas. Adriano quiso levantar allí, sobre la pequeña colina, que mandó realzar, un templo doble a la diosa Venus y a la diosa Roma. Su intención era reanimar el culto de la madre de los Julios y, al mismo tiempo, hacerla suya asociando su imagen a la de la divinizada Roma, con el fin de darse a sí mismo una legitimidad como la que había tenido antaño el dios

Augusto.

No es necesario que me explaye acerca de todos los foros creados por los príncipes, a imagen de los construidos por el dios César y el dios Augusto. Creo que no hay nada tan hermoso en el mundo como este conjunto de lugares monumentales donde los mortales se encuentran al lado de los dioses. Fue creado por los príncipes que reinaron después de los turbulentos tiempos de Galba. Todos ellos nos hablan de la paz y de una Roma nueva. No sólo de la paz definitivamente establecida por el dios Vespasiano, sino de la obtenida por los ejércitos sobre los pueblos bárbaros. Ya te he visto en varias ocasiones examinando cuidadosamente y descifrando el significado de las imágenes que se desarrollan a todo lo largo de la Columna dedicada a Trajano, en el Foro. Merecen tu atención. Con ese príncipe comienza la auténtica paz romana. En la Columna se encuentran representadas las campañas llevadas a cabo por él en la Dacia, de la misma forma que el dios César había incorporado las Galias a nuestro imperio. Esta vez, el universo entero se ha convertido en romano. Incluso en los lugares más lejanos, ya sea el septentrión helado o los tórridos desiertos de África, nadie puede rechazar nuestras leyes.

—Escuchándote, mi querido Frontón, comprendo mejor que nunca cómo la historia de los siglos pasados se ha inscrito en las piedras de la Ciudad, y me doy cuenta de que no hay nada parecido en el universo. ¿Pero a cuándo se remonta la existencia de los baños donde a ti y a mí nos agrada tanto ir?

—¿Te refieres a las termas inventadas por los romanos? No son demasiado antiguas. Agripa fue quien construyó las primeras, en el Campo de Marte, no demasiado lejos del Panteón. De hecho, trajo a Roma, ampliándolo, un tipo de edificio de dimensiones más modestas que existía ya en las pequeñas ciudades de la Campania, como dependencia de la palestra, compuesto de algunas piezas donde uno se podía bañar después de haber hecho los ejercicios físicos habituales. La mayoría de estas piezas estaban destinadas a los hombres, pero las había también para las mujeres. Asimismo había una piscina lo suficientemente grande como para que se pudiera nadar en ella. Una de las salas estaba caldeada y otra, contigua, era mantenida a una temperatura más baja. Ya conoces cuál es el procedimiento utilizado para el calentamiento, y cómo el enlosado del suelo reposa sobre pequeñas pilas de ladrillos entre las que pasa el aire caliente. Se comprende que Agripa instalara en el Campo de Marte un edificio de este tipo, ya que, tradicionalmente, era allí donde la juventud romana, desde la época de los reyes, se suponía que se ejercitaba. Era lo que aún se llamaba un *Laconicum,* un baño laconio, porque antaño la juventud espartana se entregaba, más que cualquier otra, a los ejercicios corporales, y en ese lugar habían creado, para su uso, saunas secas. Los romanos construían baños de ese tipo en sus villas. Todo ese pasado llevó a los

arquitectos a crear nuestras actuales termas, donde muchos romanos pasan una buena parte del día.

—Y así, entre las termas, las basílicas y, a veces, el anfiteatro, transcurre su vida, ¿verdad, mi admirado Frontón?

—Al menos la de aquellos a los que el cuidado de sus negocios no les llama fuera de Roma o a las provincias. Muchos también van a la propiedad que poseen en el campo, dejada al cuidado del *vilicus,* a la que es necesario vigilar y cuya renta constituye la mayor parte de sus recursos. Los que ves en la Ciudad parecen no tener preocupación alguna. Pero guárdate de las apariencias. Hay muchos otros que asumen la pesada tarea de mantener el Imperio: aceptan vivir en provincias lejanas y fomentan el comercio por tierra y por mar.

—Probablemente, y no son precisamente ésos los que frecuentan regularmente los anfiteatros y las termas.

—No; Roma no carece de hombres que comparten entre ellos y con otros muchos ciudadanos la carga de nuestra grandeza. Gracias a su inmenso trabajo, Roma es lo que es. Y no olvides a quienes les han guiado, desde que el dios Augusto restableció la paz. Sus nombres se encuentran continuamente ante nuestros ojos. Puedes leerlos en los arcos erigidos en su honor o en recuerdo de lo que han hecho. A cualquier sitio de Roma que vayas, te verás obligado a pasar bajo esas puertas magníficas y soberanamente inútiles. ¿Para qué sirven y qué significan? Me lo he preguntado a menudo. Creo que esos arcos son simbólicos de varios modos. Colocan a todo aquel que los franquea bajo la protección del gran hombre honrado por cada uno de ellos, de modo que el recuerdo que evocan sigue siendo beneficioso. De esa forma, en Roma seguimos unos caminos que, en sí mismos, son otras tantas exhortaciones a continuar, en el futuro, su pasado glorioso, y otros tantos presagios felices. Por algo se les llama a menudo «arcos de triunfo»; pero los triunfos que ellos anuncian son los del porvenir.

—En nuestro largo paseo, mi querido Frontón, no he visto rastro alguno de fortificaciones.

—Quedan algunas, pero datan de tiempos muy antiguos. Mira, los romanos, como antaño los lacedemonios, se encuentran protegidos por la mejor defensa que puede haber: el valor y la *virtus* de sus hijos.

Tercera parte

La paz romana

Sr. Cornelio Frontón a Sr. Aelio Aurelio Vero

Lo que yo venía presintiendo desde hacía tiempo se ha cumplido, y me regocijo por ello. Ya es casi seguro que tu destino, dentro de algunos años, será convertirte en nuestro príncipe. Siempre has estado cerca de la Casa divina. Hete aquí ahora unido a ella más estrechamente todavía, a causa de tus esponsales con Annia Galeria Faustina[15]. Te lo esperabas y, al mismo tiempo, lo temías. Yo había adivinado tu inquietud. Tú me hiciste partícipe de ella. Hoy me aseguras que en el futuro necesitarás más que nunca de mis consejos y mis lecciones. Me recuerdas que sólo tienes diecisiete años y que a esa edad Nerón sucedió al dios Claudio. Comprendo que este paralelismo pueda preocuparte, pero sé también que tú nunca serás el tirano sanguinario que fue él. Conoces tan bien como yo las instituciones y a los hombres que rigen el Estado, pero me aseguras que todavía no has podido formarte una idea clara y exacta de ellas y que has recurrido a mí para que te ayude. Lo haré, en la medida en que yo mismo, no sin dificultad, he conseguido desenredar la maraña de las instituciones en las que deberás apoyarte y que tendrás que utilizar lo mejor posible para llevar a cabo la tarea que te aguarda.»

[15] Faustina la Joven, hija del emperador Antonino. Los esponsales tuvieron lugar en el 138 a. de C.

15

EL IMPERIO ROMANO, ENTRE EL ORDEN ANTIGUO Y LAS NUEVAS REALIDADES

Es necesario recordarte que muchas de estas instituciones, probablemente las más venerables, las hemos heredado de la época de la Libertad? Sus nombres permanecen, pero lo que éstos designan es muy diferente a su antiguo contenido.

Hace ciento sesenta y nueve años, es decir, algo más de un *saeculum,* que el dios Augusto, tras la victoria conseguida en Actium, fue elegido por los dioses como príncipe de Roma, ya que las instituciones de esa época se habían revelado incapaces de mantener la paz en el interior y en el exterior. Eso no ocurre hoy. El Imperio es sólido, tanto en Roma como en las fronteras, pero necesita ser dirigido por un príncipe fuerte y sabio. ¡Y ese puedes ser tú!

Ya sabes que a los romanos no les agrada en absoluto cambiar el nombre de las cosas. A pesar de ello, se ven obligados a tener en cuenta lo que en el mundo cambia, algo de lo que los hombres no son dueños, si bien, voluntariamente o no, han contribuido a destruir el orden antiguo. A veces me pregunto si las realidades que las palabras recubren no les importan menos que las palabras a las que están acostumbrados. Podemos regocijarnos de ello. Eso permite, aparentando que nuestras antiguas costumbres no cambian en nada, ordenar mejor el Estado. Al igual que en la época de la Libertad, tenemos cuestores, ediles, tribunos de la plebe, pretores y cónsules. Cada uno de ellos cumple, aparentemente, su función tradicional, pero ahora bajo el control del príncipe y no con una total independencia. ¡Oh! El príncipe, por supuesto, no está informado de todo lo que hace cada magistrado; no puede estar al corriente de todos los asuntos. El Imperio se ha vuelto demasiado grande y la administración demasiado compleja como para que podamos seguir observando las antiguas costumbres, cuando las provincias eran poco numerosas y estaban relativamente próximas. No sé exactamente cuántos ciudadanos romanos tiene el Imperio, las cuentas no se llevan con suficiente exactitud. ¡Puedo decirte solamente que en los tiempos del dios Claudio se estimaba que eran seis millones! De eso hace casi un siglo. No nos equivocaremos si consideramos que hoy serán uno o dos millones más. Y esos habitantes viven en países muy alejados los unos de los otros, cada uno de los cuales requiere un gobernador. Antaño se encomendaba esta labor a los ex magistrados, pretores o cónsules. Pero actualmente éstos no serían suficientes. Por lo tanto, hay que encontrar otras

soluciones. Hoy en día existen, como sabes, gobernadores que no son ex magistrados y que incluso no pertenecen al Senado, Hay también libertos del príncipe; pocos, por supuesto, pero te podría dar nombres de algunos a los que se les han confiado provincias.

Y, sin embargo, hablamos siempre de procónsules y de propretores. Son palabras prestigiosas que, por sí mismas, aumentan la *auctoritas,* el prestigio que rodea a estos magistrados, esencial para que sean obedecidos libremente y no bajo la amenaza de las leyes y de las legiones. Son unas palabras tan habituales que por sí solas parecen garantizar la continuidad del Imperio. El orden público se apoya en gran parte en la costumbre, por lo cual los romanos actúan sabiamente respetando al menos la apariencia de ésta. Olvidamos que los gobernadores de las provincias ya no ejercen su autoridad con total independencia y de acuerdo a sus intereses, sino que son tan sólo los agentes del príncipe y hablan en su nombre. Esto les obliga a adecuar su conducta a las instrucciones que han recibido y hace que, ante una situación imprevista, deban informar de ella al emperador y a su gabinete. Ejecutan, ¡no inventan! Sea como sea, deben dar cuenta de todas sus decisiones. No son más que los *legati,* los lugartenientes del *imperator.*

El sello del ejército ya es indeleble. La autoridad del *imperator* no debe ser nunca discutida. Las leyes del Imperio han de ser tales que ello resulte imposible. Dos magistraturas, heredadas de la Libertad, podían hacer fracasar la autoridad imperial. Una era el tribunal de la plebe, que otorgaba a todos los tribunos, fueran cuales fueran, el derecho de oponerse a una decisión de cualquier magistrado. Esto sólo podía ser impedido por la oposición de otro tribuno, lo que suponía un peligro para el emperador. Como solución, se convirtió al príncipe en un tribuno superior a los demás, por lo cual podría oponerse a cualquier decisión. No sería elegido, sino que ejercería el tribunado de forma permanente nada más acceder al poder. Esta disposición es tan importante que los años de un reinado se cuentan por el número de poderes tribunicios del príncipe.

La otra magistratura que podía revelarse contraria al nuevo espíritu era la censura, que otorgaba a los censores, nada más acceder al cargo, el derecho de revisar la lista de los senadores. La censura fue prácticamente abolida y sustituida por una magistratura hasta entonces excepcional, la «vigilancia de las leyes y de las costumbres» *(cura legum et morum),* que confiaba al príncipe el cuidado de velar por la moralidad de los ciudadanos, en realidad de vigilar la conducta de los senadores. Esto es tan vago que el Senado está completamente bajo la dependencia del príncipe.

He aquí, mi querido Marco, cómo el príncipe ha llegado a ser el dueño absoluto de la vida política, sin que se haya tenido prácticamente que cambiar el nombre de las magistraturas, quitándoles casi todo el poder real. El nombre tranquiliza. Permanece

mientras que la realidad se adapta a las necesidades nuevas y el Estado se transforma. ¡Lo cual, reconócelo, es preferible a la guerra civil!

—Me doy cuenta, mi buen Frontón, de que las antiguas magistraturas, las del tiempo de la Libertad, incluso con los cambios de los que hablas, están muy lejos de bastar a las necesidades del Imperio. Comprendo que es tan vasto y los asuntos tan complejos que ya no es posible dejarlos en manos de magistrados prorrogados en su función durante un año o dos, y que, en el último lugar de sus provincias, no tienen otra preocupación que volver lo antes posible a recuperar su lugar en Roma, después de haberse enriquecido.

—Pronto alcanzarás la edad de convertirte en cuestor y de empezar a atravesar los distintos grados de la carrera de los honores. Antaño hubieras tenido que administrar el tesoro del Estado, el *aerarium Saturni:* controlar los gastos, vigilar la recaudación de impuestos. Esto era posible en la época en que Roma no extendía su dominio más allá de Italia. Tus deberes serán más limitados —quizá pienses que demasiado—: ofrecer Juegos —¡a costa tuya!—, ocupar un escaño en el Senado, la mayoría de las veces sin hacer uso de la palabra; los senadores más ancianos no son demasiado acogedores con sus jóvenes colegas. De vez en cuando, el príncipe, a través de uno de sus libertos, te confiará la tarea de leer ante la asamblea un mensaje escrito por él. No serán tus palabras, sino las suyas. Y eso será para ti un gran honor. Compartirás durante un instante una parcela de su *maiestas,* es decir, de su soberanía. Pertenecerás al orden senatorial, serás uno de los grandes personajes del Estado, pero los caballeros, o más bien los libertos del príncipe, serán los que tendrán la dirección real de todos los servicios.

Aprenderás a conocer a los procuradores, felices si no entras en conflicto con uno de ellos. Si esto sucediera, debes saber que será él quien vencerá. Prorrogado en sus funciones durante años, estará mejor introducido en el gobierno que tú, sabrá lo que es necesario decir y a quién decírselo.

Recuerda también, Marco, que el príncipe es ante todo un hombre. El esclavo que lo acompaña en el carro del triunfo se lo recuerda. Es una verdad que podría en cualquier momento olvidar, hasta tal punto su *maiestas* le sitúa por encima de los humanos; pero ésta no le convierte por eso en un dios, no le pone a cubierto de las dudas y de las incertidumbres de cada día. La divinización vendrá más tarde, al día siguiente de su muerte, y sólo si se la ha merecido. Pero, cuanto más desee ser dios durante su vida, menos posibilidades tendrá de serlo una vez haya agotado sus días de mortal.

El príncipe es sobre todo un hombre solo. La inmensidad de su poder lo aísla. Como sólo tiene que rendir cuentas ante él mismo, debe desafiarse a sí mismo también a cada momento. De ese modo, ya lo habrás observado, se apoya cada vez más en sus amigos, los

hombres en los que confía, no sólo por su fidelidad, sino también por su inteligencia, por sus cualidades. Sus títulos, las magistraturas que hayan ejercido importan muy poco. Son el «consejo del príncipe», cuya existencia no está establecida oficialmente en ley alguna. Rodeándose de este consejo no actúa de forma diferente a los romanos de antaño, los cabezas de familia, los padres, que no tomaban ninguna decisión importante sin antes consultar a sus amigos. Dicen que esta costumbre se introdujo en la vida política en tiempos de Gayo y Tiberio Sempronio Graco, que se hicieron célebres, recuerda, por los disturbios que provocaron en el Estado[16] y porque contribuyeron en gran medida a hacer inevitable el final de la Libertad. Cuentan que dividían a sus clientes en tres categorías: a la primera pertenecían los más allegados, a quienes recibían en privado; después venían aquellos de los que estaban más o menos seguros: eran amigos de «segunda categoría»; y por último venían todos los demás, que sólo eran clientes.

Esta costumbre no desapareció con los Gracos. El dios César, el dios Augusto y sus sucesores tuvieron alrededor de ellos una «cohorte» de amigos con los que compartían los secretos de Estado, pero también las preocupaciones que les daba su familia. Había un «tribunal de familia», cuyos asesores eran los amigos del padre. El hecho de saberse rodeados por un consejo les fue muy útil a los príncipes. Ya no estaban solos, a merced de un arrebato de cólera o de cualquier otra pasión. La tentación de conducirse como tiranos injustos y caprichosos era menos fuerte. Sabes tan bien como yo que la cohorte de amigos no siempre es suficiente para proteger a nuestros príncipes, ni a nosotros mismos, de tentaciones de este tipo, pero ha contribuido a hacer que el poder sea más humano. Nos equivocaríamos si pensáramos que el título de padre de la Patria, otorgado a los príncipes, no es más que una lisonja sin contenido real. Expresa algo muy profundo del alma romana. El padre es el que protege y, por este motivo, posee derechos sobre las personas. Ya el buen Homero asimilaba rey a padre; este título tenía algo íntimo y afectuoso que nuestros príncipes han querido recuperar. Los romanos no separan la autoridad de esta humanidad fundamental de las relaciones familiares. Son juristas, por supuesto, pero sienten también en sí mismos que existen sentimientos y aspiraciones que van más allá del derecho.

Tal vez sepas que Nerón, cuando fue elegido *imperator,* a la muerte de Claudio, rechazó el título de «Padre de la Patria» que le ofrecían con todos los demás. Se consideraba demasiado joven para llevarlo. Como te he dicho, tenía diecisiete años. ¿Hubiera actuado así si, para él, fuera sólo una palabra vacía de significado? A los ojos de todos, el príncipe es un padre. Recuerda que Horacio dice que Augusto es «el padre y el guardián de la raza

[16] Las reformas llevadas a cabo por los Gracos datan, respectivamente, del 134-133 y del 124-121 antes de nuestra era.

humana». Sí, Augusto es realmente un padre para él. De un padre tiene los derechos y los deberes. También tiene los sentimientos con respecto a aquellos cuya custodia le ha sido confiada por las divinidades.

—Sí, mi querido Frontón, al escucharte comprendo mejor que las leyes bajo las que vivimos no son sólo un conjunto de reglas establecidas por la fuerza de las armas, sino que, a través de ellas, se expresa una realidad mucho más profunda, difícil de captar pero que todos sentimos, el amor a nuestra patria, no sólo el amor a la tierra y al cielo que nos son familiares, sino la fidelidad a las leyes que nos rigen y que son como una parte de nosotros mismos. Ojalá yo pueda hacer algún día, si se cumple el destino que me has pronosticado, que este amor que llevamos en nosotros no se vea jamás contrariado.

16

LAS DISTINCIONES SOCIALES

No olvides, Marco, que si la fortuna te llama al poder te tenderá mil trampas, en primer lugar la tentación de contar con hombres a los que quieres, y que lo saben. Recuerda el papel que jugaron antaño los libertos del príncipe, en los tiempos del dios Claudio y en los de Nerón, ¡los Narciso, los Pallas, los Epafrodita, los Calisto! No todos fueron malos; algunos permanecieron fieles a su señor hasta la muerte. ¡Pero piensa en todas las tentaciones que les aguardaban cuando, de la esclavitud, pasaban bruscamente a ser personajes importantes y les era posible adquirir riquezas inmensas! Si antaño los ex magistrados que pasaban a ser gobernadores de una provincia y los senadores con antepasados gloriosos no podían resistirse a esas tentaciones, ¿cómo iban a tener más firmeza antiguos esclavos?

De hecho, en Roma es una antigua costumbre asociar el servicio de la casa con todo lo que concierne a la *familia.* También es costumbre que los libertos del señor sigan siendo sus servidores y le deban respeto y obediencia. Nosotros lo llamamos el *obsequium.* Los vínculos que les unían en la época en que el liberto era esclavo no pueden romperse del todo. Parecería algo contra natura. De la misma forma que el señor no tenía secretos con su esclavo, tampoco podría tenerlos con el liberto. No debe, pues, sorprendernos que los príncipes hayan confiado a algunos de sus libertos su correspondencia y las cuentas de la casa, y que éstos hayan sido los primeros en acoger favorablemente las demandas sometidas a su juicio antes de transmitírselas al príncipe. En ese momento, todavía, los libertos son considerados por el príncipe como otro yo. Eso duró hasta el momento en que los abusos resultantes de este sistema fueron tan flagrantes que el dios Claudio, y más tarde el dios Trajano, consideraron necesario confiar esta clase de funciones a algunos caballeros. Habrás oído hablar del grado de insolencia al que había llegado Pallas[17], el liberto de Antonia, hija de Marco Antonio el triunviro. ¡Ya no se dignaba hablar con la gente de su casa y sólo se comunicaba con ellos por escrito! ¿No era así también el amante de Agripina, la esposa del dios Claudio?

No te hablaré de Polibio, que tuvo el honor de recibir una consolación de Séneca a la muerte de su hermano[18], y que, al verse mezclado en las intrigas de Valeria Mesalina, que ordenó que lo mataran unos años más tarde[19], no logró ser por mucho tiempo el amigo y

[17] Pallas dirigía el departamento *a rationibus,* encargado de asuntos financieros.
[18] En el invierno del 43-44, Séneca escribió la *Consolación a Polibio,* responsable de los archivos imperiales.
[19] Mesalina, esposa de Claudio, intentó sustituir a este último por su amante Silo. Polibio pagó probablemente con su vida, en esta ocasión, su fidelidad al emperador, que ordenó matar a su mujer en el 48.

auxiliar del dios Claudio. No es conveniente, mi querido Marco, mezclar excesivamente los asuntos del Estado con los de la casa del príncipe. Tanto los unos como los otros no pueden dejar de verse afectados por ello.

Cada uno de nosotros refleja en su conducta las cualidades que ha recibido de la Naturaleza o que ha adquirido al contacto con los suyos, su familia y sus amigos. Por esa razón es perjudicial querer cambiar excesivamente, y sin razones fundadas, los rangos a los que hemos sido destinados por nuestro nacimiento y que nuestra razón nos invita a respetar. Para vivir moralmente, es decir, de acuerdo a nuestra naturaleza y, finalmente, a la Razón, es necesario o que tengamos una predisposición para ello o que nos hayan acostumbrado durante largos años. Asimismo es necesario que en nuestra vida cotidiana no nos veamos abrumados por tareas sórdidas. Sólo podemos llegar a vivir plenamente nuestra condición de hombres cuando nos es dada la posibilidad de tener tiempo libre. El *otium,* justamente calificado de divino, porque es así como viven los dioses, es tan necesario como el pan para nuestro cuerpo. Tú has vivido y vives lo suficiente en compañía de filósofos para estar persuadido de ello. ¡Ah!, Marco, tal vez tú realices el sueño de Platón, que quería un hombre de Estado que fuera también un filósofo, no sólo un hombre de escuela que ha aprendido las sentencias y hace comercio con ellas, pero no va más allá.

No ignoras que los razonamientos más brillantes no son nada si no comprometen nuestro corazón y todo nuestro ser. Nuestro rango social nos prepara y nos ayuda a ello. Respetémoslo, sin convertirnos neciamente en sus esclavos, pero sabiendo que no es el resultado de un azar. Ciertas cualidades se transmiten en el seno de un linaje. Nosotros, para formar nuestros rebaños, elegimos los machos que poseen aquellas que esperamos volver a encontrar en sus descendientes. No siempre lo conseguimos, pero la mayoría de las veces no nos sentimos decepcionados. Debemos saber que un liberto, que ha empezado su vida en la esclavitud, difícilmente llegará a la vida moral. Estará expuesto a mil tentaciones que amenazan con menos frecuencia al hombre libre. Será, como aquellos cuyo nombre te he recordado, o bien ávido, o lleno de orgullo, o vanidoso hasta lo absurdo.

Tal vez hayas leído, en una carta de Eneo Séneca a su amigo Lucilio, la historia de ese liberto que había adquirido una fortuna considerable, pero que era muy ignorante. No pudiendo resignarse a su ignorancia, había comprado varios esclavos que, por contra, eran muy sabios. Uno se sabía a Homero de memoria, el otro a los poetas líricos, un tercero a Esquilo y a Sófocles, y así sucesivamente con toda la literatura griega y latina. Cuando estaba en compañía y deseaba brillar, cada uno de ellos le suministraba la cita adecuada. ¿Acaso no era el propietario de todo ese saber desde el momento en que había comprado con su dinero a quienes lo poseían?

Esta es la razón de que me parezca muy sabio el orden social que se basa en el nacimiento y hace que cada uno encuentre en sí mismo las cualidades del espíritu y del corazón que le permitirán, sin que tenga que recurrir a artificios tan absurdos y degradantes, llevar a cabo funciones y cargos correspondientes a su rango.

—Pero, mi querido Frontón, ¿no sucede a veces que la raza degenera, que un cordero tenga un vellón menos espeso, menos sedoso, que el de su padre o su madre? ¡El hijo de Marco Tulio[20] no poseía una elocuencia comparable con la de su ilustre padre!

—Seguramente, y no creo que tal o cual posea forzosamente todas las cualidades que fueron las de sus antepasados. Tenemos mil pruebas de lo contrario. ¿Pero es sabio trastocar todo el orden social porque es posible que el descendiente de un brillante senador sea indigno del rango que le corresponde por nacimiento? ¿No te decía el otro día que el dios Augusto conservó para sí las funciones que antaño habían pertenecido a los censores? Nuestros príncipes continúan ejerciendo esas funciones. Permiten que la sociedad en la que vivimos sea una aristocracia controlada, al resguardo de excesos como los que, en el pasado, hicieron naufragar el régimen democrático tan a menudo. El consejo que antaño daba Polibio[21] sigue vigente en nuestros días. Un buen gobierno, decía, debe aliar en él varios principios: la aristocracia, la democracia y la monarquía. Roma no está lejos de conseguirlo, pero con la condición de que no considere a los libertos que han hecho fortuna como auténticos aristócratas. Trimalción, cuya historia te agrada tanto leer en el libro de Petronio Árbitro[22], jamás podrá parecerse a un descendiente de los Escipiones.

Esta es la razón de que yo apruebe la costumbre que se ha introducido de no castigar con igual pena la misma falta o el mismo crimen según haya sido cometido por un potentado o por un humilde. El rico y poderoso tiene más que perder que el otro. La pena le afectará más intensamente. Les corresponde a los jueces tenerlo en cuenta. Esta es la recomendación que nuestro príncipe les dirige, en un *rescripto* reciente, pero cuyo espíritu ya venían ellos aplicando desde hace tiempo, invitándoles a distinguir entre los *honestiores* y los *humiliores*. Esto puede parecerte chocante; ¿acaso el bien y el mal no son los mismos para todo el mundo? Pero recuerda que por encima del derecho estricto existe, junto a una norma formal, por muy precisa que ésta sea, una exigencia de equidad más fuerte que la norma en sí. Te lo he dicho a menudo. El príncipe que tal vez seas algún día deberá guardarse de olvidarlo.

—¿Pero, Frontón, no te parece inicuo que existan tantas desigualdades en el seno de esta

[20] Cicerón.
[21] El historiador griego Polibio, que residió en Roma formando parte de los allegados de Escipión a mediados del siglo II antes de nuestra era.
[22] En el *Satiricón* de Petronio aparece el liberto Trimalción, un advenedizo enriquecido.

sociedad cuyas jerarquías me ponderas?

—Te volveré a enviar, mi querido Marco, con los filósofos cuya compañía te complace tanto, que se niegan a considerar las riquezas, e incluso la misma vida, como bienes deseables en sí mismos, sino que los ven como simples «preferibles» que es solamente deseable poseer, y no a cualquier precio. Si fuera tú, me guardaría de criticar esta opinión y de conceder demasiado valor a los bienes materiales, tanto deseándoselos a todos como concediendo tu estima sólo a los que los poseen. No hay duda de que la riqueza es necesaria para la buena administración del Estado, ya que aumenta los recursos de los que éste dispone para facilitar la vida a todos los habitantes del Imperio, pero no puede ir más allá ni hacerles felices por sí sola.

—Estoy dispuesto a creerte, mi querido Frontón; sin embargo, no puedo dejar de pensar y de comprobar que la pobreza tiene muchos inconvenientes, el principal de los cuales es obligar a una persona, así como a su familia, a convertirse en el «cliente» de un hombre rico, quien le dará con parsimonia, cada día, o bien algún alimento o bien una pequeña suma de dinero para que no se muera de hambre. ¿Te parece justo que entre dos seres humanos se establezca tal dependencia?

—Estás criticando una antigua institución consagrada por el uso y que se encuentra también en otros pueblos, como los galos, por ejemplo, lo que permite suponer que es un hecho natural y que no carece de utilidad. Todo ser, sea cual sea, trata de entablar amistad con otro de su misma especie. En una jauría, los perros jóvenes obedecen a sus mayores. Se crea así esa dependencia de la que hablas y que repruebas en las sociedades humanas. Suele comenzar por una batalla, pero finaliza en la concordia y en la ayuda mutua. El vencido obedece al vencedor. Se ha convertido en su cliente. Es decir, es importante a sus ojos, es para él un ser real y deja de ser un enemigo con el que no tiene ningún deber. Sabes que existen pueblos que reciben el nombre de «clientes» del pueblo romano. Antaño vencidos por él, ahora son sus protegidos. Reconociendo su derrota, se fían de su Buena Fe, la *Fides* que nosotros divinizamos. Lo mismo sucede en Roma con las relaciones entre el *patronus* y el *cliens.* Reconoces, a través de estas palabras, esa antigua idea que ya hemos encontrado, que hace del *pater* el modelo de toda autoridad y de toda protección. Así, el abogado que ha sabido sacar a su cliente de una situación peligrosa se convierte en su *patronus.*

Hay quien se entrega voluntariamente a un *patronus,* porque siente la necesidad de ser ayudado, de una manera o de otra, que no consiste siempre en dar dinero. El cliente, como sabes, acude a primeras horas de la mañana a la casa de su patrón, quien, para recibirlo junto a sus otros clientes, debe levantarse muy temprano. El cliente espera en el *atrium* a que el ujier —el *praeco,* el «voceador»— le llame por su nombre. Entonces se acerca y

recibe su «espórtula», que, tal y como su nombre indica, consistía en un poco de alimento que él metía en una pequeña cesta llevada al efecto. En nuestros días, la cesta ya no se utiliza y la espórtula consiste en una pequeña suma de dinero. Pero el nombre se ha conservado. Seguramente habrás asistido repetidas veces a esa salutación matinal, por lo que no es necesario que te hable mucho más de ella. Lo importante es ver que las relaciones entre clientes y patronos no se limitan a esta limosna, que podrá parecerte humillante para el cliente, y comprender su significado. En algunos casos, es el patrón quien está reconociendo al cliente, que no pierde su dignidad. Habrás visto la prueba en los muros de nuestras ciudades, por ejemplo cuando se trata de elegir a algún magistrado municipal. No es el propio candidato el que se presenta a los electores, sino que un grupo de ciudadanos se encarga de ello, por ejemplo los vecinos de una calle, o los artesanos de un mismo oficio, que se hacen fiadores de sus cualidades, esencialmente morales, y lo designan como un *vir bonus,* es decir, un hombre de bien, honesto, fiel a sus amigos y digno de confianza. Tal es el agradecimiento de los clientes a su patrón. La inscripción pintada en la pared no dice nada de sus talentos como administrador, si los posee, y que le serían útiles para realizar la función a la que postula. A los electores les basta con saber que posee la estima de sus amigos y de sus clientes y que se puede contar con él. Todo eso es muy general. Un candidato jamás presenta un programa concreto, ni promete, por ejemplo, que mandará pavimentar una calle o construir una nueva fuente pública. Basta con la garantía de los clientes.

Para entender la razón de esto debes pensar en el peso que tienen las tradiciones. Un magistrado, un hombre destacado que descienda de una familia antigua que cuente, desde generaciones, con magistrados estimados, se beneficia de un prejuicio favorable. Acuérdate de los animales de buena raza de los que creo que te hablé hace algún tiempo. En el fondo de nosotros mismos, los romanos somos partidarios por principio de una aristocracia, sin saber exactamente cuál preferimos. Durante mucho tiempo fue la de la fortuna. El rey Servio no se equivocó cuando distribuyó a los ciudadanos según el montante de sus bienes. Este principio subsistió en la época de la Libertad. Hoy en día dudamos. Las mayores fortunas, como son las que adquirieron, en el pasado, los libertos de los príncipes, no pertenecen a los hombres que nosotros consideramos como los «mejores», los más dignos de participar en la administración del Estado. Con frecuencia, los descendientes de los triunfadores de antaño, los personajes más nobles están arruinados y el montante de sus bienes es inferior al exigido para ser senador. En ese momento, el príncipe interviene y, sin cambiar el principio, regala al que se encuentra en esta situación la suma necesaria para que posea la fortuna requerida. El senador arruinado conserva, pues, su rango en el Estado y, al

mismo tiempo, se salvaguardan las leyes.

El régimen aristocrático, que es el nuestro, es temperado así por el príncipe, que, una vez más, corrige con la equidad el rigor del derecho. Gracias a eso, éste sigue siendo humano y, finalmente, puede sobrevivir. Ya has visto qué representa, en realidad, esta salutación matinal a la que están obligados los clientes. Contribuye a enraizar la ley romana en nuestro pasado y perpetúa el símbolo del padre, del padre que alimenta y protege, no por deber y en virtud de las leyes, sino por un movimiento instintivo del corazón.

Parece ser, pues, que los romanos han reunido las condiciones necesarias para que se realice el régimen mixto propugnado, como te he dicho, por el historiador Polibio, y que reúne las ventajas de los tres principios de la aristocracia, la monarquía y la democracia, corrigiendo, los unos a los otros, los inconvenientes que presenta cada uno.

—Lo entiendo muy bien, mi querido Frontón, y probablemente tengas razón. Sin embargo, para que tenga éxito ese régimen mixto que ponderas y funcione realmente, es necesario que el príncipe escuche lo que los senadores tengan que decirle y que el pueblo pueda hacer oír su voz. Estas condiciones se cumplieron raramente en el pasado. Alcanzar el equilibrio del que me hablas no es cosa fácil. Pero probablemente valga la pena intentarlo. El obrar de forma que el príncipe no se transforme en tirano y no sucumba a la tentación de intervenir en todos los asuntos —para imponer su voluntad o lo que desean sus departamentos— exige de sus consejeros y de todos los que lo rodean una vigilancia continua. Pero hay otro peligro, que proviene de los grandes propietarios: hacen explotar por sus agentes, sus intendentes u otros, los inmensos dominios que poseen en las provincias o que han hecho roturar por «colonos» cuyo trabajo retribuyen mínimamente. Y además, conocen mal a esos hombres que trabajan la tierra por cuenta de un propietario tan lejano de ellos. Entre ellos y él se interponen intendentes de varios niveles, o, si se trata de una propiedad imperial, un *conductor,* que ha tomado esta tierra en arriendo y cuenta con obtener de ella todo el provecho posible.

¿Cómo administrar esos inmensos territorios que escapan a la autoridad de los magistrados de la ciudad a la que pertenece, en teoría, el dominio? ¿Cómo hacer respetar las leyes en ellos? ¿Cómo hablar de régimen «mixto» cuando los habitantes de un tal dominio sólo conocen la norma del trabajo cotidiano?

—Lo que describes, mi querido Marco, es la condición de los colonos instalados en dominios alejados de las ciudades, donde la situación es muy diferente. Muy distinta es también en Italia, que no es una tierra provincial, pero goza de privilegios heredados de la época de la Libertad. Dejémoslo, sin embargo. Lo que no ceso de admirar en nuestro Imperio es la facilidad con la que pueblos tan diferentes viven juntos, adaptándose a

nuestras leyes y bajo un mismo príncipe.

17

LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN

Mi querido Frontón —continuó Marco—, admiro tanto como tú la inmensidad del Imperio, y para mí es un milagro que tantas ciudades y provincias puedan depender de un solo príncipe que vive tan alejado de ellas. Aunque, como me has explicado, es ayudado por muchos magistrados de todas clases, desde los gobernadores con rango senatorial hasta sus propios libertos, pasando por los procuradores, me pregunto cómo su voluntad puede transmitirse hasta tan lejos y cómo él mismo puede enterarse lo suficientemente pronto de los acontecimientos de alguna importancia.

—¡Ah!, Marco, acabas de tocar un problema que viene preocupando a los romanos desde hace siglos. Por causa de él, para intentar resolverlo, han construido tantas calzadas. Cada una de ellas ha marcado una etapa de la conquista, tanto en Italia como fuera de ella. Como ocurría con todas las grandes obras que interesan al conjunto de la ciudad, esta tarea era confiada a los censores, que procedían a las adjudicaciones necesarias, pero la decisión era tomada a menudo por un cónsul o un pretor, en función de las exigencias militares. Con su nombre se designa la *calzada y* así el mérito les revierte. Por esta razón hubo calzadas consulares y otras que eran calificadas de «pretorianas».

Una de las principales dificultades, cuando se decidía la construcción de una calzada, consistía en la adquisición de los terrenos sobre los que su trayecto era proyectado. Cuando se trataba del *ager publicus,* es decir, de un territorio perteneciente al Estado romano, no había ningún problema. Si pertenecía a particulares, era necesario comprarlo. El propietario no estaba obligado a venderlo, lo que en ocasiones suponía largas demoras. La mayoría de las veces, de hecho, su trazado seguía un sendero más antiguo. El trabajo consistía entonces en hacer que el suelo fuera estable y sólido.

Lo primero que se hacía era cavar la tierra, limpiarla, por ejemplo quitando las raíces y todo aquello que pudiera algún día provocar grietas o un deslizamiento del terraplén. Si el terreno era especialmente friable, se procedía a un primer empedramiento profundo. La mayor parte de las veces se construía a lo largo de la calzada un pequeño muro, a una parte y a otra, para mantener el terraplén. Éste llevaba varias capas: de grava o de materiales de demolición. Pero todo dependía, naturalmente, de la naturaleza del suelo. Antiguamente, las calzadas no estaban pavimentadas, como a veces las vemos hoy, sino sólo recubiertas de una capa de arena, menos onerosa, pero también más ligera bajo las ruedas de los carruajes.

Las primeras calzadas fueron construidas en la época de las guerras contra los pueblos de

Italia central, antes de las contiendas contra Cartago, y, después, no se ha dejado de trazar otras nuevas, ni de conservar y reparar las antiguas. Así, el dios Claudio y los dioses Vespasiano y Tito se ocuparon mucho de ellas. La prueba la tienes en las piedras miliares que llevan inscrito su nombre. Estos mojones, colocados cada mil pasos, son preciosos para los viajeros, cuya fatiga, dicen, aligeran cuando el trayecto parece interminable y les dan esperanza.

—¿Fueron los romanos quienes idearon esos mojones?

—No sé si realmente fueron ellos los inventores. Supongo que los reyes persas, hace mucho tiempo, idearon algo parecido; pero los romanos han sido los que han hecho que nos resulten familiares y también, de alguna forma, que el mundo sea más fácilmente mensurable. No más pequeño, sino más fácil de administrar y defender. ¿No era esto lo que te preocupaba hace un momento?

—Por supuesto, ¿pero qué son las calzadas sin los viajeros?

—Te recuerdo, Marco, que desde hace mucho tiempo existe en Roma un servicio oficial para transportar las cartas, y a veces a los hombres, hasta las provincias más lejanas. Como sabes, se llama el *cursus publicus.*

—Sí, lo sé. Además tuve la ocasión de utilizarlo. Por un favor muy particular del príncipe, me habían dado un permiso especial, un diploma. Yo era todavía un niño, el dios Adriano deseaba, no sé por qué razón, que fuera a Formies, adonde me llevó precisamente un coche del *cursus.* Después de eso no he vuelto a tener ocasión, ni permiso, para utilizarlo.

—Desde entonces ese servicio ha sufrido muchos cambios. Ya no son las pequeñas ciudades de Italia y de las provincias las que deben mantener a su costa los animales de relevo para el *cursus,* sino el tesoro imperial. Esta medida ha contribuido a la popularidad de Adriano y también a hacer el servicio más seguro, debido a la vigilancia de los «prefectos de los medios de transporte» (los *praefecti vehiculorum),* que tienen bajo sus órdenes a todo un personal de libertos y de esclavos, ¡y ellos mismos son caballeros romanos! Supongo que habrás visto a menudo yuntas del *cursus,* sus pesados carros tirados por bueyes. Es verdad que van muy lentos, pero caminan sin pararse, hasta que otra yunta les reemplaza. A veces, en el carro, van viajeros que llevan algún mensaje más secreto, tanto que no se puede confiar a una tablilla ni escribirlo.

Existen también vehículos ligeros arrastrados por mulos. Por supuesto, son más rápidos, y pueden ser arrastrados por varios mulos, hasta ocho o diez a la vez. El *cursus publicus* utiliza asimismo caballos, pero a éstos no se les engancha. Llevan a un jinete y es, naturalmente, el procedimiento más rápido. No todos los que pueden utilizar el *cursus*

tienen derecho a ellos, pero ahora en todas las postas hay varios caballos preparados para ponerse en camino. Y las postas se han multiplicado, tanto que, gracias a la previsión de los príncipes, los países más lejanos del Imperio pueden recibir con mucha rapidez los mensajes procedentes de Roma.

—Desde luego, sobre todo cuando se trata de países con los que existen calzadas ininterrumpidas, ¿pero se benefician también del *cursus* aquellos países que están separados de Italia por mar?

—Si se trata de un mensaje oficial, se utiliza un barco de guerra. En Miseno y Rávena hay los suficientes. Los mensajes menos urgentes pueden ser llevados por algún navío comercial. Ya no hay piratas como antaño, cuando el propio dios César fue secuestrado en las aguas de Rodas. Es cierto que sus captores no tardaron en pagarlo con su vida. Desde hace dos siglos, en todos los lugares más peligrosos se han multiplicado las torres en lo alto de las cuales se enciende un fuego. Esas atalayas se llaman faros; una de las más famosas, y tal vez la más antigua, fue erigida en la isla de Faros, en las bocas del Nilo, delante de Alejandría; de ella han tomado el nombre todas las posteriores. Ahora hay una en Mesina, para señalar la entrada del estrecho, y a todo lo largo de las costas italianas, desde Rávena hasta Brindis, Puteoli, Miseno, e incluso en la Galia y en Bretaña. Las rutas por tierra y mar hacen que las provincias estén más unidas que nunca en el seno del Imperio.

18

EL ESPÍRITU DE GRECIA Y EL ALMA DE ROMA

En una de sus innumerables conversaciones, Marco preguntó a su maestro:

—Me has mostrado, querido Frontón, cómo todas las provincias en las que Roma está presente viven bajo un mismo señor y bajo las mismas leyes. Sin embargo, en este Imperio, existen dos mitades juntas, una de lengua latina y la otra de lengua griega. ¿Tienen, a pesar de eso, una sola alma, un solo espíritu?

—Un solo espíritu tal vez no, pero sí una sola alma.

—Hablas de una forma enigmática, mi buen maestro. ¿Pueden vivir el alma y el espíritu de forma separada dentro de nosotros?

—En cierto sentido, sí; tú mismo eres un ejemplo de ello. Tú y yo conversamos en latín. Pero sé que, con frecuencia, con otras personas que te son cercanas, y a veces contigo mismo —todos los que viven a tu alrededor lo saben muy bien—, hablas y escribes en griego. Yo te he enseñado la retórica latina y tú la utilizas como un auténtico orador. Tu relación con el griego es diferente. El latín es para ti, y no sin motivo, la lengua de la vida pública y de la acción; el griego, la de la vida íntima. Esta división no te impide ser Marco y sólo Marco, todo por entero. ¿Te satisface mi respuesta?

—Entiendo lo que quieres decir. Es verdad, converso en griego con mi madre, y a veces conmigo mismo, porque me parece que, en esta lengua, veo más claro y más profundo dentro de mí. Pero no elijo conscientemente hablar en una u otra lengua. Lo que me determina cada vez, sin que yo lo quiera verdaderamente, es la naturaleza de mi pensamiento o del sentimiento que experimento y quiero comunicar. Cuando pienso en latín, trato de dar a cada palabra todo su peso, de expresar cada idea con una fórmula clara, concisa, que se grabe con facilidad en la mente. ¿Acaso el arte de las *sententiae* que tú me has enseñado no consiste precisamente en eso?

¿De modo que las *sententiae* provienen del alma y el resto del espíritu?

—Estoy de acuerdo. Cambiando de lengua, cambiamos de pensamiento, no recurrimos a la misma parte de nosotros mismos. Y creo que esos dos aspectos que se traducen en nuestro lenguaje existen también juntos en el Imperio. Su mitad griega y su mitad romana se yuxtaponen y se completan. Siempre ha sido así a lo largo de los siglos. La gloria de Grecia precedió a la de Roma, en la época en que los grandes poetas, los escritores y los oradores de la primera expresaban lo más profundo de su alma. Ahora se complacen más en

las curiosidades del espíritu, en los juegos de la dialéctica, en la descripción de lo que es exterior a su ser.

La gloria de Roma es más reciente, da más importancia a los asuntos del alma que a los del espíritu. Nuestros oradores convencen más de lo que parece, nuestros poetas son menos hábiles en jugar con las palabras, pero se implican más profundamente con todo su ser y a veces rechazan las gentilezas y los ornatos de la poesía griega. Están más cerca del alma que del espíritu.

Eso parece asombrarte, Marco, tal vez incluso irritarte, en la medida en que tú sitúas el espíritu por encima del alma y aprecias más un razonamiento sutil que el más conmovedor de los poemas. Pero, créeme, llega un momento en que el alma debe comprometerse. Esto es algo que encontrarás en todos los poetas romanos, aunque su mente no te parezca tan hábil, y menos fácilmente en los griegos. Este es el motivo de que las dos mitades del Imperio hoy se completen. Recuerda que cuando eras todavía muy joven tu nodriza y tus preceptores te hablaban en griego. Te iniciaban en los primeros rudimentos de la vida familiar, pero cuando se trata de descubrir el mundo, más allá de ese círculo, fue al latín al que recurrieron para instruirte.

Sin embargo, si se trata del pensamiento y del alma, no sirve de nada querer establecer distinciones demasiado sutiles. Un verso de un poeta griego puede conmover. Pero con menos frecuencia que los de Virgilio, de Horacio y otros.

—Te creo de buen grado, maestro, y tus palabras encuentran en mí un eco profundo. Pero dejemos eso. Recuerdo haber leído que, antaño, nuestros «aliados» griegos no tenían demasiados motivos para estar satisfechos de la dominación romana. Recuerda los pillajes de Verres en Sicilia, y otros muchos más. ¿No existe el peligro de que el Imperio sea ante todo un medio ideado para apoderarse de las riquezas del mundo?

—Hubo un tiempo en que eso era verdad. Pero, con el final de la Libertad, las cosas cambiaron. Recuerda, por ejemplo, todas las precauciones tomadas por el dios Augusto para que, en la provincia de Cirene, los romanos respeten la justicia con respecto a los griegos. Exige que haya el mismo número de jueces griegos que de magistrados romanos. Por supuesto, prohíbe asignar jueces griegos cuando se trata de un proceso «capital» en el que el acusado puede ser condenado a muerte. Un asunto tan grave exige jueces romanos y, en algunos casos, la intervención del propio gobernador. Pero, salvo en tales procesos, los acusados pueden ser conducidos ante un tribunal compuesto exclusivamente de jueces griegos, a menos que deseen que en el jurado figuren jueces romanos. De todas formas, cuando en un jurado haya jueces griegos, éstos no deben pertenecer a la misma ciudad que las partes en conflicto.

—Cuántas complicaciones, mi querido Frontón. ¡Cuántas precauciones las tomadas por el dios Augusto!

—Te he dicho todo esto para hacerte comprender la clase de dificultades con las que se encuentran los romanos para hacer reinar la justicia, y, a juzgar por este edicto, las intrigas ideadas por los habitantes griegos de una provincia o de una ciudad no son menos temibles que las violencias que puede cometer un romano. En resumen, el dios Augusto se preocupa por hacer que, a pesar de la presencia de los romanos, la vida de la ciudad prosiga de acuerdo con las tradiciones y las leyes que le son propias.

Puedo ofrecerte otras pruebas, Marco, de los sentimientos experimentados por nuestro pueblo con respecto a los griegos. Cuando Cicerón escribe a su hermano Quinto, que acaba de ser encargado de la provincia de Asia, le precisa todo lo que la humanidad les debe y le recomienda que haga reinar la paz, a pesar de todos los motivos de discordia que nunca faltan en esos pueblos. Los primeros enemigos de los griegos, dice Cicerón, son los mismos griegos. El papel del gobernador romano es preservarlos de sus demonios y dar ejemplo de moderación en todo, de dominio de sí.

Con esta carta de Cicerón a su hermano, me parece descubrir el paso del espíritu al alma. Sí, los filósofos griegos han definido lo que deben ser las virtudes, pero lo que les muestra su mente no ha penetrado realmente en su alma. No deduzcas demasiado apresuradamente de ello que, en esos tiempos, los romanos fueran modelos de virtud. Pero, en aquella época, los mejores de ellos consideraron que las verdades que les descubría su mente debían inspirar su conducta, y algunos lo hicieron. Acuérdate de todos los que se atrevieron a desafiar a los príncipes cuando éstos hacían pesar su tiranía sobre Roma. Sócrates murió por haber dudado de los dioses de la ciudad. Pero también hubo muchos senadores romanos que, en los tiempos de Nerón, murieron por haber querido permanecer fieles a lo que ellos consideraban que era el Bien.

19

EL MUNDO DE LOS **DIOSES**

Un día, Marco se extrañaba de que los dioses y las diosas recibieran nombres diferentes en Grecia y en Roma.

—¿Por qué, mi querido Frontón, el Padre de los dioses es Zeus en Grecia y Júpiter en Roma? ¿Y la que llaman su esposa, Hera en Grecia y Juno en Roma?

—Podrías hacerme la misma pregunta con respecto a otras muchas divinidades: Mercurio para nosotros, Hermes para los griegos; Artemisa en Grecia, Diana en nuestro país. ¡Su hermano Apolo tiene más suerte, pues su nombre sigue siendo el mismo! Pero el que para nosotros es Marte, en Oriente se llama Ares; y la que es Venus en Italia es Afrodita en Grecia. Pero poseemos algunas divinidades que los griegos no tienen; así, Mater Matuta, la diosa de la Aurora, es muy diferente a Eos, la que, en los poemas de Homero, abre con sus dedos rosados las puertas del cielo al carro del sol.

Creo haberte dicho, a propósito de los carneros africanos, cómo nace en nosotros la idea de unos seres divinos. No emergen todos juntos, sino un poco al azar, según los momentos y los lugares. No debe extrañarte, pues, que, según los países y los pueblos, los dioses hayan recibido nombres diferentes. Todos los mortales no hablan la misma lengua, pero, muy a menudo, se refieren a la misma idea, al mismo sentimiento, con otras palabras. Mira, en el nombre de Zeus y en el de Júpiter puedes percibir el nombre de la Luz que cada mañana nos trae el día y la vida. Este nombre, fundamental, es pronunciado de una manera diferente según los pueblos. Los romanos le han añadido el término de «padre» porque, para nosotros, este nombre está lleno de significado. Recuerda lo que hemos dicho acerca de la *familia* y de la *gens.* Para nombrar a sus dioses, los romanos de antaño utilizaron palabras que los hacían semejantes a lo que ellos veían en las sociedades humanas y que les permitían comprenderlos mejor. Pero, en general, aceptaron la manera en que los griegos los habían agrupado en familias, dándoles a cada uno una historia, una infancia, unos amores. Los casaban, los mostraban, según los momentos, condescendientes o irritados. Aceptaron lo que les contaban los poetas. Aceptaron el largo poema de Hesíodo sobre el engendramiento de los dioses, la *Teogonia,* y a Homero y todas las ficciones que contaban acerca de éstos. No les prestaban una fe absoluta. Era como si vieran todo eso a través de una niebla, como si todo eso no fuera totalmente cierto, pero contuviera una parte de verdad. No sabían muy bien qué pensar, por ejemplo, de la cólera de Zeus contra su hijo

Hefaistos, el dios al que ellos mismos llamaban Vulcano, precipitado desde lo alto del cielo porque, en una discusión entre Zeus y su esposa Hera, Hefaistos había tomado partido contra su padre. A causa de su larga caída, que, según dicen, duró todo un día, se quedó cojo, y así es como se le representa. ¿Qué verdad, si es que la hay, se oculta detrás de esta ficción?

A los griegos nunca les ha faltado imaginación, y las aventuras que prestan a sus divinidades son infinitamente diferentes, con frecuencia incluso parecen contener un significado secreto que no siempre nos resulta fácil descubrir. ¿Por qué Dioniso, el dios al que los romanos unas veces llaman Baco y otras Liber Pater, fue el encargado de volver a llevar a Hefaistos al Olimpo, a la residencia de los dioses, después de su caída a la tierra? ¿Por qué fue necesario embriagar al dios, que hizo su entrada en el festín montado en un asno?

Los griegos imaginaron así toda una suerte de aventuras que los dioses habrían vivido. Los romanos recuperaron a menudo esas historias, esos *mitos,* como les gustaba llamarlas, por oposición a los *logoi,* a los razonamientos y a los temas serios. El mito disparata. No se preocupa por la lógica y desafía el sentido común. A veces tiene su origen en alguna imagen o incluso en hechos reales. Se pensaba, por ejemplo, que Hefaistos había nacido en la isla de Lemnos, porque allí se oye la presencia del fuego por debajo de la tierra, como si hubiera una forja. Así, el dios proyecta en lo eterno y lo inmutable la vida de la ciudad o de la aldea, y la diviniza.

Al principio, el Vulcano de los romanos no tenía nada que ver con Hefaistos: era la fuerza que se oculta en el fuego, que lo hace rugir, lo templa, lo calienta al rojo vivo y permite moldearlo como si fuera arcilla. Era esa fuerza sobrehumana que hace de él un dios, esa fuerza que se puede utilizar, pero nunca llegar a dominar. Lo mismo se puede decir del viento, que arrastra y esparce las nubes en el cielo, trae las tormentas y, a veces, ayuda a los mortales en sus tareas. También está el mar, cada aspecto del cual, cada humor, se convierte en una persona, y el héroe o la heroína de un mito, de una «historia».

Los griegos saben perfectamente la diferencia que existe entre los dioses y los héroes, que pueden ser sus compañeros de aventuras, pero no comparten realmente la misma naturaleza. Los dioses reciben un auténtico culto. Se les dirigen plegarias, se les ofrecen sacrificios. Con los héroes parece suceder lo mismo, pero el culto con el que se les honra apenas se diferencia del que se dirige a los mortales. Los romanos han comprendido perfectamente esta diferencia. Para ellos, los dioses siguen siendo lo que eran en su origen, cuando los hombres, en tiempos muy antiguos, descubrieron su existencia: el nombre dado a unas fuerzas que se revelan poco a poco al pensamiento y a la mirada de los humanos. Esta es la *razón* de que se les consagre un culto, que se les dirijan plegarias, que se les

levanten altares y templos. Para los romanos, una divinidad verdadera es aquella difícil de concebir con la mente, aquella que nunca ha conocido las aventuras que le suponen los poetas, sino que encarna una realidad inmutable, una presencia, de nosotros mismos y del mundo, que percibimos en determinados momentos.

Se dice que los romanos son los más piadosos de los mortales, y eso es cierto en el sentido de que en ningún momento de su vida olvidan a las divinidades; creen en su presencia y se guardan de ofenderlas.

He aquí, mi querido Marco, lo que son los dioses de los romanos, que presiden nuestra existencia a cada momento y a los que es útil interrogar a propósito de cada uno de nuestros actos, tanto privados como públicos. De ahí el importante papel que la adivinación tiene en nuestra vida.

—Comprendo, Frontón, que nuestra relación con las divinidades no sea tan sencilla. Sin embargo, sería muy cómodo si pudiéramos preguntarles francamente acerca de todo lo que nos interesa y ellos nos contestaran sin rodeos. Pero los signos que nos envían son muy difíciles de interpretar. A veces, ver una serpiente es algo positivo, pero ver dos es negativo. Y luego están los sueños. Tienen razón en decir que no hay nada más engañoso que un sueño. En cuanto a los prodigios, a los acontecimientos que nos parecen contrarios a la Naturaleza, es todavía más *audaz* darles un significado. ¿Acaso conocemos tanto la Naturaleza como para decidir lo que está de acuerdo con sus leyes y lo que no? ¿Tan seguros estamos de nosotros?

—No eres el único, mi querido Marco, en dudar de los prodigios, sobre todo de los que sólo conciernen a una persona. ¿Pero no crees que sería muy imprudente rechazar de una vez por todas la adivinación? ¿No piensas que eso pondría en peligro al Imperio? Conocemos muchos casos en que, antes de una batalla, un presagio favorable animó a los soldados y contribuyó al éxito. ¿Es sabio rechazar la ayuda de los dioses bajo el pretexto de que su lenguaje es oscuro?

La vida del dios Augusto se encuentra jalonada de presagios públicos y privados. Primero el sueño que tuvo su madre Atia, antes de que él naciera, en el que creyó ver sus propias entrañas separarse de ella y subir hasta el cielo, y después desplegarse de tal manera que lo ocuparon por entero. Mientras tanto, su esposo Octavio soñaba que un rayo de sol salía del cuerpo de Atia e iluminaba el mundo. Y se cuentan otras muchas historias parecidas acerca del momento en el que el Imperio iba a tener muy pronto un amo. Recuerda también los innumerables presagios que precedieron la victoria del dios Vespasiano; y tampoco faltaron los prodigios para confirmarlos.

—Estoy de acuerdo —respondió Marco— en que las divinidades no nos abandonan; lo

único que lamento es que no nos hablen más claramente. ¡Pero, probablemente, eso sea pedirles demasiado!

—¿No deberíamos más bien criticarnos a nosotros mismos si lo que concierne a los dioses nos parece tan complicado y oscuro? Nuestros antepasados ya descubrieron que la religión puede adoptar varias formas en nuestras mentes. En primer lugar está lo que ellos llamaron la religión «popular», ese instinto que nos hace sentir la presencia de las divinidades en el mundo; es la religión de las gentes sencillas, que aceptan, sin planteárselo demasiado, lo que todos los hombres, o casi todos, piensan de los dioses. Después está la religión de los poetas, la de los mitos, que nos fascinan, pero no podemos creer que sean verdaderos. Ya sabes, los hombres que se convierten en animales, como en el caso de Procneo y Filomela, que se transforman, respectivamente, en ruiseñor y golondrina. El poeta Ovidio escribió varios libros sobre estas historias. Sé que a ti te gusta leerlas, pero como si fueran cuentos. Por último, hay una religión de los filósofos que aceptan la existencia de los dioses porque, según dicen, todos los hombres creen en ellos y es imposible que todos se equivoquen. Y tratan de descubrir cuál es la parte de verdad que hay en estas historias. Ahora bien, cuando nosotros pensamos en los dioses, mezclamos un poco todo eso. La poesía nos fascina, impone poco a poco sus ficciones a nuestra mente, nos habla de un mundo diferente del nuestro, en el que los dioses están ahí para liberarnos de nuestros terrores y de nuestras angustias y restablecer la armonía. Para los poetas, y por ellos, Aquiles es inmortal; Ulises volverá a encontrar su patria; Ifigenia, transformada en cierva, escapa a la muerte y se convierte en sacerdotisa en Táuride. Nosotros no creemos que las divinidades hayan intervenido realmente en todos esos dramas, pero la imagen que los poetas nos presentan de ellas está destinada a fascinar a nuestra alma y no a persuadir a nuestra mente. Poseen una especie de varita mágica que calma nuestro corazón.

—Pero, incluso cuando experimentamos esta fascinación de la poesía, sabemos que no nos dice la verdad, y sentimos el deseo secreto de saber cuál es realmente la naturaleza de los dioses, qué lugar ocupan en el mundo, qué relación tienen con nosotros —no los de los mitos, sino los otros, los verdaderos, los que existen realmente. ¿Son tan buenos y compasivos como dicen?

—Ahí es donde los filósofos intervienen. Ven los mitos como símbolos, como una manera de purificar nuestra alma, de liberarla de la pasión y del error.

—Me gustaría, mí querido Frontón, que las ficciones de los poetas pudieran servirnos para devolvernos la serenidad, pero ¿acaso ocurre así en la realidad? Sabemos perfectamente que todo eso no es más que un juego, y que nuestra vida diaria es completamente diferente. ¿Acaso no vemos a nuestro alrededor que los malvados siempre triunfan mientras

que la gente buena constantemente es golpeada por la desgracia? No sólo me parece injusto, sino que además anima a los malvados, que, de ese modo, dejan de creer que los dioses les castigarán.

—Ahí es donde los filósofos pueden ayudarnos. Nos dicen que la felicidad de los malvados no es más que una apariencia, sobre todo si esa dicha ha sido adquirida a costa de una injusticia. Los dioses desean mostrarnos dónde está el verdadero Bien y el verdadero Mal. Ni el uno ni el otro están en las cosas, sino dentro de nosotros mismos. El Mal nos produce inquietud, temor al castigo, remordimientos, mientras que el sentimiento de haber actuado justamente nos apacigua.

—¡Le estaría muy agradecido a los filósofos si tuvieran realmente el poder de hacer que sus palabras fueran verdaderas y que, incluso dentro de la desgracia, nos sintiéramos felices!

—No te burles, Marco. Tal vez esas ideas que hoy te parecen tan extrañas te descubran un día su verdad y entonces desees que un número cada vez mayor de mentes las acepte. El mundo sería, sin duda, mejor. Pero piensa en lo que sería nuestra vida si tuviéramos, cada día, la compañía de los dioses, si sintiéramos en cada instante la necesidad y el deseo de honrarles y orarles. Algunos de ellos se encuentran presentes en nuestras viviendas y nos son familiares. ¿Por qué negar lo que nos aportan, el sentimiento de no estar nunca solos? Residen en lo más profundo de la casa, y por ese motivo se les llama penates. Este término es similar al que designa el lugar donde conservamos las provisiones de alimentos durante estaciones enteras, la harina, los jamones, la carne seca. Sabes que en todas las casas existe una pequeña pieza, llamada *penus,* consagrada a este uso. En ella es donde moran preferiblemente los dioses penates. Protegen esos alimentos y, con ellos, la vida que éstos contribuyen a perpetuar. En una fecha fija les ofrecemos un poco de harina y de sal dentro de una gran sartén, y también les consagramos todas las pequeñas partículas de alimentos caídas al suelo durante una comida. Son los nutricios por excelencia. Su protección era muy necesaria antiguamente, cuando las personas debían contentarse con los productos del huerto y con el pequeño campo contiguo a la casa.

Lo que hacen para cada hogar lo hacen también para el conjunto de la Ciudad. Saben que en Roma se les rinde un culto especial en el templo de Vesta, que cobija el hogar de todo el pueblo romano. En él se encuentran representados por pequeñas estatuas. Se dice que bajo esta forma vinieron de Troya, traídos por Eneas. Este no los instaló inmediatamente en Roma —era antes de la Fundación—, pero, varias generaciones más tarde, el rey Numa, el rey piadoso por excelencia, los estableció en el Foro, cerca de la Regia (la Casa del Rey), que era su morada, cercana a su vez al templo de Vesta. Les dio como sacerdote al Gran

Pontífice, gran señor de todo lo referente a lo sagrado, como sabes. Cuando Augusto recibió esta dignidad, residía en el Palatino e hizo construir en su propia casa un santuario dedicado a Vesta, en el que colocó a los penates, pues el Gran Pontífice no debía nunca abandonarlos.

Existen también otros dioses familiares en nuestras casas y que tú conoces muy bien: los lares. Son enormemente numerosos. Cada familia tiene el suyo. Es el verdadero protector de los padres, de los hijos, de los servidores y de los esclavos. Posee una capilla en la casa, con frecuencia en el *atrium,* donde a veces se le dan compañeros a los que se quiere honrar especialmente, hombres del pasado en quienes se cree discernir una parcela de divinidad. Pero también se les consagran capillas en los campos. Allí, naturalmente, el lar no sólo protege las cosechas, sino también a todos los hombres que van y vienen por el dominio y los caminos. Incluso los esclavos participan —y ya sabes que esto es muy raro— en el culto que se le rinde. Su sacerdote es el *vilicus,* el intendente del dominio, asistido por su esposa, la *vilica.* Antaño, por supuesto, esta era una función del padre, pero hace mucho tiempo que los romanos ya no residen en el campo, en la hacienda, y, sin embargo, es necesario que el lar reciba el culto que le es debido por parte de quien tiene la responsabilidad de todos los seres que allí viven.

Se dice que estos dioses, los del hogar, los de los senderos y encrucijadas, salieron antaño del suelo, al que permanecerán indisolublemente unidos. Cuando el dios Augusto consolidó por fin su poder, fue incluido entre los dioses lares. Su *genio* era invocado en las plegarias dirigidas a los dioses de las encrucijadas. Se adoptó la costumbre de erigir a los lares no una, sino dos estatuas a la vez; a sus pies se representaba a un perro. ¿Acaso ellos y él no son los guardianes de la casa y de la hacienda?

Habrás visto con frecuencia, en una pared de su capilla, el *larario,* la imagen de una serpiente. Representa al *genius* del señor de la casa. Antaño, las serpientes no inspiraban tanto horror como hoy; se acogía de buen grado a una o dos en la casa, para echar a los ratones. Enseguida tomaban familiaridad y encontraban alguna fisura al pie de alguna pared; era su escondrijo y a nadie se le ocurría molestarlas.

—Las he visto, mi querido Frontón, en algunos pueblos del campo, ¡y te confieso que, la primera vez, me dieron un poco de miedo!

—No son peligrosas. Además, no les agrada vivir en las casas de la ciudad, porque no hay tantos ratones y la hierba es muy escasa. Les gusta mucho pasearse en el rocío del alba. ¡En ese momento, tú estás durmiendo!

—En la víspera de la fiesta de los lares de las encrucijadas, recuerdo haber visto las *compitalia,* que son unos ovillos de lana y muñequitas, también de lana, colgadas de las puertas de las casas y en las capillas de las encrucijadas. ¿Puedes decirme el significado de

esta costumbre?

—El rey Tarquino el Soberbio había preguntado a Apolo de qué forma debía celebrarse la fiesta de las Encrucijadas, y el dios le respondió que había que ofrecer «una cabeza por cabeza». El rey llegó a la conclusión de que Apolo exigía que se le sacrificaran víctimas humanas. Y lo hizo. Le sacrificaron niños. Pero, a la caída de los Tarquinos, cuando Roma fue liberada, Junio Bruto, el primero en recibir el cargo de cónsul, abolió esta bárbara costumbre. ¡Jugando con las palabras y haciendo caer a los dioses en sus propias redes, fingió creer que las «cabezas» exigidas por el oráculo no eran cabezas humanas, sino cabezas de adormidera y cabezas de ajo! Esa es la razón de que hayas visto esos extraños ramos. Son ofrecidos a los lares y a la diosa Mania, que ya no se sabe quién es. Pero incluso esta forma suavizada del sacrificio es sustituida hoy en día por simples galletas, ofrecidas por las amas de casa de la vecindad.

20

LA MESA Y EL TIEMPO

No sabía que a los dioses les gustaran las galletas! —bromeó Marco—. Nunca hubiera pensado que tuvieran unos gustos tan simples. ¡Viven frugalmente y por muy poco precio! Hace tiempo que nosotros ya no les imitamos, si no es de boquilla. Con frecuencia oigo a mi alrededor alabar las costumbres de antaño, cuando uno se contentaba con una comida sencilla que podía conseguir sin esfuerzo en cualquier parte, pero veo a muy poca gente que las siga. Recuerdo una carta escrita por Séneca que me hiciste leer hace tiempo. Cuenta cómo los cocineros acuden con sus hornillos durante la cena para que los platos que han preparado no se enfríen. Confieso no haberlo visto nunca. Parece ser que la pieza estaba llena de humo.

—Porque en la casa de tu abuelo y de tu madre[23] se vive todavía según las costumbres de antaño y se rechazan todas las extravagancias de las que habla Séneca. Las dejan para los nuevos ricos, que se complacen en sorprenderse a sí mismos y a los demás con las cosas que les permite hacer su riqueza. A esos hombres podrás verlos en la mesa, tendidos sobre la cama, apoyados en un codo, durante todo el día, mientras que un criado les sirve todos los tesoros de la tierra y del mar: ostras y mariscos —horribles alimentos recogidos en el fango y en la arena—, pescados alimentados en los viveros del dueño y que se introducen, todavía vivos, en una salsa hirviendo, además de pajaritos o incluso lirones.

Recuerdo también haber visto servir un cerdo entero, coronado de salchichas, con una guarnición de mollejas sobre acelgas cocidas, muy apreciadas porque, según dicen, ayuda a la digestión... El postre, si no recuerdo mal, consistía en una tarta al vino y a la miel, pero antes nos habían servido un enorme trozo de oso que yo no quise ni tocar. Había queso, trozos de tripa, filetes de oca con huevos duros acompañados de comino macerado en vinagre.

Ahí tienes, Marco, un ejemplo de festín. No pienses ni por un momento —aunque ya lo sabes— que todos los habitantes de Roma se alimentan de una forma tan extravagante. Se trataba de una comida festiva, y el que la ofrecía era un liberto, que se había hecho rico no se sabe cómo y deseaba sobre todo impresionarnos. Para ello, había conseguido dar a los manjares una apariencia que impedía reconocerlos a primera vista. Había transformado el festín en una especie de espectáculo a lo largo del cual se sucedían lo que, para él, eran unas

[23] Publio Calvisio Tullo y su hija Domitia Lucilla la Joven, cuya casa se encontraba en la colina de Celio.

maravillas, por ejemplo, huevos de pastelería rellenos de papafigos, una liebre asada transformada en Pegaso. ¡Le habían añadido alas! Todo aquello recordaba los Juegos circenses y yo pensaba en cómo la plebe se deleita con escenografías parecidas.

Pero volvimos a encontrar la pureza de la naturaleza con las cestas de frutas que pusieron punto final a la cena.

—No me has dicho, mi querido Frontón, lo que os dieron de beber.

—¡Oh! Toda clase de vinos, y el señor de la casa no se privó de alabar cada ánfora, de decirnos el origen y la edad. Hubo mucho vino, pero yo tuve la sabiduría de beber poco, y de esa forma, en mitad de la noche, precedido por dos porteadores de antorchas, pude regresar tranquilamente a mi casa y meterme en la cama sin más.

—¿Cómo iba vestido vuestro anfitrión para la cena?

—Lucía una magnífica *synthesis* púrpura, una túnica ligera y probablemente muy cómoda.

—Seguramente en honor vuestro.

—No lo sé muy bien. Ese tipo de ropa se lleva habitualmente en las fiestas de los lares, en las Calendas, las Nonas y los Idus. Como la cena fue durante los Idus, no estoy seguro. ¿Era por nosotros o por los dioses de su hogar?

—Bueno, eso da igual. Lo importante es que vosotros os sentisteis honrados, ¿no es cierto? ¿Sólo había hombres en esa cena?

—No, también estaba la mujer de nuestro anfitrión y una de sus amigas.

—¿Llevaban ellas también la *synthesis?*

—Desde luego no se puede decir que tuvieran muy buen gusto.

—Supongo que también cenaron acostadas...

—¡Por supuesto! Ya ha pasado la época en que, en los banquetes ofrecidos a los dioses, Júpiter descansaba cómodamente en una cama mientras que Juno y Minerva debían contentarse con sentarse en un asiento. Las dos mujeres invitadas la otra noche a la cena se sentaron con nosotros. Eran muy elegantes, se veía perfectamente que no eran cortesanas. Sobre la túnica llevaban un chal, una *palla.* Uno de los chales era negro y adornado con perlas. El otro era de un color azul semejante al tono que adquiere el mar justo después del ocaso. En resumen, ambas mujeres iban vestidas como matronas, y estoy seguro de que, en la calle, llevaban la *stola*[24]. Sus cabellos estaban divididos en una infinidad de trencitas. Era evidente que la *ornatrix* que las había peinado había empleado mucho tiempo en hacérselas. Yo añadiría que esa noche sus túnicas eran especialmente transparentes.

—Te hago todas estas preguntas porque siempre me interesa saber cómo se comporta la

[24] Largo vestido plisado y sujeto con un cinturón que llevaban las mujeres casadas.

gente cuando recibe invitados. Recuerdo la época en que, en casa de mi padre, sólo podía asistir al espectáculo desde lejos. Tenía que cenar sentado, separado de las personas mayores. Me sentía muy desgraciado por no poder tumbarme en una cama, como ellas. Esperaba con impaciencia el día en que ya no tuviera que volver a sentarme a la mesa de los niños. Cuando ese día llegó, me sentí casi tan feliz como cuando dejé de vestir la toga pretexta.

—Ganabas en dignidad, ¡pero perdías un poco de tu juventud!

—Por supuesto, ¿pero no transcurre siempre el tiempo a la misma velocidad, sea cual sea la forma en que se cuenten los días? A este respecto, te confieso que nunca he comprendido muy bien la manera en que nosotros los contamos ni el significado de los nombres que les damos. ¿Por qué los llamamos «Calendas», «Nonas» e «Idus»?

—Esa es una pregunta de la que se han preocupado muchos sabios interesados en la historia de nuestro pasado. Lo único que puedo decirte es lo siguiente. Cuando Rómulo empezó a organizar la vida pública de la ciudad que él había fundado, en su pueblo había unas costumbres establecidas que no consideró conveniente cambiar. En aquella época existía un año de diez meses, que empezaba en marzo.

El primer día de cada mes era el de la luna llena —el que nosotros llamamos los idus, nadie sabe exactamente por qué—. Dicen que es una palabra etrusca que significa «confianza» —confianza en Júpiter, porque éste no permitía que la luz desapareciera totalmente, sino que iluminaba la tierra al ponerse el sol, cuando salía la luna con todo su resplandor, pero esta explicación me parece bastante dudosa—. Como hay doce lunas llenas antes de que el sol vuelva a la posición que tenía al principio del año, la consecuencia era que los meses y el año no coincidían. Por un lado había un año lunar de menos de trescientos cincuenta días y, por otro, un año solar de algo más de trescientos sesenta y cinco días. Lo que era muy incómodo, sobre todo en una época en que se vivía en el campo y según el ritmo de las estaciones, es decir, del año solar, pero donde el año civil, la duración de las magistraturas, la celebración de las fiestas eran calculados según el año lunar.

Después de la expulsión de los reyes, se preocuparon por poner un poco más de orden en la forma de medir el tiempo. Se designó un sacerdote, el «Pontífice Menor», cuya misión sería anunciar, al principio de cada mes, cómo se dividiría éste. Para ello, convocaba al pueblo en el Capitolio, en el momento en que la luna empezaba a ser visible, y anunciaba el número de días que quedaban para las Nonas, así llamadas porque precedían invariablemente a los Idus en nueve días, lo que permitía conocer la duración del mes. El día en que tenía lugar esta proclamación recibió el nombre de Calendas, *calare,* que en la antigua lengua significaba «proclamar». Según los meses, hay, todavía hoy, ya sean cinco

días, ya siete, entre las Calendas y las Nonas; cinco días en enero, febrero, abril, junio, agosto —que entonces se llamaba *Sextilis,* pero que tomó el nombre de Augusto después de su victoria—, septiembre, noviembre y diciembre; siete días en mayo, así como en el mes llamado antaño *Quintilis,* ahora julio en honor del dios César, y en octubre.

—¡Todo eso no es ciertamente simple!

—Ni simple ni exacto. Antes del dios César, los propios romanos no lo entendían; tanto es así que al último año antes de la reforma de César lo llamaron el año «de la gran confusión». Varias veces intentaron reformar el antiguo calendario, pero el resultado fue decepcionante. Para tener en cuenta la diferencia entre el año de doce meses lunares y el de los doce meses solares, unos diecisiete días más corto el primero, había que añadir a los doce meses lunares un cierto número de días. Durante toda la época de la Libertad, cada dos años se añadía un mes llamado «intercalar», de veintidós o veintitrés días, al final de febrero, lo cual no era suficiente para restablecer la coincidencia de los dos calendarios. Además, durante los agitados tiempos que precedieron al establecimiento del principado, las intercalaciones no pudieron tener lugar o fueron mal insertadas en el año. A veces incluso fueron falseadas a propósito por algún magistrado deseoso de alargar el tiempo durante el que permanecería en funciones o de acortar la magistratura de otro.

César, que era omnipotente, después de haber obtenido una intercalación extraordinaria que restablecía la concordancia entre los dos años, impuso un nuevo calendario en el que el número de días sería igual al de los días del año solar. Lo consiguió ordenando añadir a los antiguos meses unas veces un día y otras veces dos. De ese modo, el mes de diciembre, que tenía veintinueve días en el antiguo calendario, tuvo a partir de entonces treinta y uno; lo mismo sucedió con los meses de enero y marzo; junio tuvo treinta días en lugar de veintinueve; *Quintilis* y *Sextilis* (julio y agosto) tuvieron treinta y uno; septiembre tuvo treinta en lugar de veintinueve; octubre conservó sus treinta y un días; noviembre tuvo treinta en lugar de veintinueve. ¡El problema de las intercalaciones estaba resuelto!

—¿El mismo César hizo todos esos cálculos?

—No, consultó a un sabio de Alejandría llamado Sosigenes, al que hizo venir expresamente de Egipto. Los egipcios, desde hacía tiempo, eran célebres por su conocimiento de los astros. Como al año de trescientos sesenta y cinco días que resultaba de los cálculos de Sosigenes todavía le faltaba un cuarto de día, se decidió que, cada cuatro años, se le añadiría un día al mes de febrero, de modo que tendría veintinueve días en lugar de veintiocho. Este calendario, calculado por Sosigenes, es el que todavía seguimos.

—¿Por qué el mes de febrero es más corto que los otros?

—Porque era el que, en el antiguo calendario, acogía las intercalaciones. El nuevo lo

dejaba más corto que los otros meses. Era, pues, natural que fuera él el que recibiera ese día suplementario. Además, es el mes en el que se celebran las fiestas consagradas a los dioses del mundo subterráneo, los dioses infernales, los que reinan sobre los muertos y a los que se invoca en los *Feralia,* cuatro días antes de las Calendas de marzo. No hubiera sido prudente cambiar en algo su culto. Son muy susceptibles y hubieran podido vengarse. Por razones semejantes, César no quiso proceder a intercalación alguna durante la primera parte de los meses, entre las Calendas y las Nonas o los Idus. Esas partes del mes son intocables. De ese modo, los días sólo podían ser añadidos al final del mes, con el fin de que, durante su comienzo, las fiestas pudieran tener lugar en la fecha habitual, sin ningún cambio.

—¿Crees verdaderamente que los dioses están tan apegados a su calendario como para que fuera necesario hacerles trampa, engañarlos, con el fin de hacerles creer que no había cambiado nada?

—¿Engañarlos? Por supuesto que no. ¿Quién podría engañar a los dioses? Pero es importante ser prudente cuando se acomete cualquier tipo de cambio en el orden del mundo, sobre todo en lo que se refiere a nuestra relación con las divinidades. Todos los días no son idénticos a sus ojos. Hay algunos en los que las actividades humanas están permitidas y tendrán éxito. Son los días fastos. Hay días en los que está permitido convocar las asambleas y otros en los que está prohibido. Estos son los días nefastos. A veces, en algunos días la mañana es nefasta y la tarde fasta. Cuentan que el rey Numa fue quien, inspirado por los dioses, marcó esta distinción entre los días, e incluso entre las horas. A consecuencia de ello, se consideraron también como días nefastos aquellos en los que el pueblo romano había sufrido alguna grave derrota. ¿No habían dado prueba de los peligros que hacían correr a los mortales? ¡Había que tener en cuenta todo eso si se quería reformar el calendario!

Tampoco se podían cambiar las costumbres de los hombres, a quienes gusta que las fiestas se celebren el mismo día en que lo hacían en su infancia, pues de ese modo tienen la sensación de que ésta continúa. Ya te lo he dicho al hablarte de nuestras casas. La inmovilidad nos aburre, pero las novedades nos dan miedo. A veces me pregunto si a las divinidades no les sucederá lo mismo.

21

LAS FORMAS Y LAS PALABRAS

El mes de mayo había llegado. Los Juegos de Flora estaban a punto de finalizar. Marco y su maestro se dirigían de madrugada hacia la montaña.

—Así pues, mi querido Frontón, ¿dices que es en honor de las Calendas de mayo por lo que vamos a visitar la villa de los Pomponios?

—Sí. Aunque debería decir más bien en honor de Júpiter y de la ninfa Amaltea, que fue su nodriza en la montaña de Creta llamada Ida. Es en las Calendas de mayo cuando aparece en el cielo la estrella en la que se ha convertido Amaltea. ¿Era una ninfa o una cabra? Tal vez las dos cosas a la vez. En esos tiempos tan antiguos, dicen los poetas, los seres cambiaban con mucha facilidad de forma, y para Júpiter no había nada imposible, ni siquiera de recién nacido. Sea como sea, ahora es la constelación de la cabra, y esta noche podremos verla. Quiero simplemente enseñarte el jardín de los Pomponios. Es extraordinario. Han reproducido el que su antepasado Pomponio Ático, el amigo de Cicerón, creó en su hacienda de Buthrote, en Epiro.

Ya casi hemos llegado. Desde el lugar en el que estamos tenemos una vista bastante buena. Todo ha sido reconstruido con una gran exactitud. Observa la gran avenida que atraviesa la plantación de plátanos, perfectamente alineados siguiendo la costumbre de la época; y allí en medio, en el calvero, el santuario de Amaltea.

—Sólo veo un peñasco rodeado de rosales.

—Bajemos hasta allí... ¿Lo ves ahora?

—Sí, veo a la ninfa sentada en el interior de la gruta que se abre dentro del peñasco. La veo muy bien; mejor dicho, veo la estatua que la representa bajo la forma de una ninfa muy graciosa. Tiene en la mano una especie de cuerno...

—Es el famoso cuerno de Amaltea, símbolo de la abundancia. Dicen que la ninfa se lo rompió contra una roca de Ida en los tiempos en que todavía tenía la forma de cabra que había adoptado para alimentar al dios. Más tarde, cuando Júpiter ya no tuvo necesidad de ella, la recompensó subiéndola al cielo, pero antes le prometió que de ese cuerno roto surgirían un sinfín de frutas y de toda clase de alimentos deliciosos. Después, como te he dicho, se llevó la ninfa al cielo, así como el cuerno. Pomponio había hecho un jardín basándose en esta historia.

—¿Fue a él a quien se le ocurrió la idea de consagrar esta gruta a la ninfa?

—Hacía tiempo que la gente se complacía en crear bosquecillos en los que se veía

alguna escena de leyenda alrededor de una estatua o un cuadro representando una aventura atribuida a un dios. En ocasiones, en lugar de una estatua, se representa la escena con árboles tallados.

—¿Con árboles tallados?

—Sabes que a algunos arbustos, los de boj por ejemplo, se les puede dar la forma que uno quiera, la de un animal o la de un ser humano. Conozco un jardín, no lejos de Roma, donde se puede ver toda una escena de caza representada de esta manera. Hay caballos, cazadores, perros, algunos ciervos y una cierva. Ha sido necesaria mucha paciencia y mucho tiempo para conseguir ese resultado.

—¿Por qué tantas complicaciones? Con lo agradable que es pasearse sencillamente por el campo o por el bosque, o seguir el curso de un arroyo... ¿Para qué introducir en el paisaje la imagen de los dioses?

—Porque los dioses están en todas partes, pero en los jardines se encuentran especialmente presentes. ¿Acaso no se cree que los árboles son sagrados? Supongo que habrás visto algunos decorados con guirnaldas cerca de los cuales se ha construido un altar. Se les rinde culto, se hacen libaciones de vino en su honor, a veces incluso se les ofrecen sacrificios. Hace no mucho tiempo, Estacio escribió un poema en el que divinizaba a un árbol, especialmente bello, del parque que un tal Atedio Melior tenía en el Celio, en plena Roma. Religión de poeta, me dirás. Probablemente, pero ¿crees que hubiera podido ocurrírsele esa idea si no hubiera tenido el sentimiento de esa vida secreta y casi divina que sentimos presente en determinados árboles? ¿Acaso no es sagrada cualquier clase de vida, ya que es un regalo de los dioses? Lo que es verdad dicho de un árbol lo es también de un arroyo, de una cascada, de una flor. Todos participan de la misma vida, todos son capaces de conmovernos. La mayoría de las veces son los poetas quienes nos lo muestran. Pero en algunas ocasiones lo experimentamos por nosotros mismos, sin necesidad de que nadie nos lo recuerde. A veces podemos tener la impresión de que esta revelación nos llega sin necesidad de palabras, que los objetos nos conmueven por sí mismos. Sin embargo, sin los poetas, los objetos y su imagen serían mudos. Incluso cuando aparentamos desdeñar las palabras de los poetas, son ellas las que oímos en nuestra memoria. Son nuestras mediadoras entre la Naturaleza y nosotros, nos aclaran lo que, sin ellas, sería solamente una impresión confusa.

—¿Sus palabras, dices? ¿Son amigas fieles? Desde mi infancia, sólo he oído hablar de palabras. He pasado mucho tiempo aprendiendo el significado de cada una de ellas, primero con un gramático y luego con un retórico. Quiero decir, antes de conocerte y de escucharte.

—Es necesario enseñar todo eso a los niños que empiezan a vivir. Las palabras son el

privilegio de los humanos. Ningún animal sabe utilizarlas. Son nuestro tesoro. Aprendamos a hacer buen uso de ese tesoro. ¡No lo malgastemos en vano! El gramático te enseñó a reconocer cada una de ellas, las letras que las componen, la manera de asociarlas adecuadamente. Te enseñó también a reflexionar sobre las distintas formas que toman las palabras dependiendo de su función en el discurso, de que estén en el origen de la acción expresada por el verbo o que sean objeto de ella. También te ha enseñado la manera correcta de pronunciar cada palabra, de no confundirlas cuando se parecen, y la colocación de los acentos en la frase y en cada palabra, según el carácter de las sílabas, si son breves o largas. Su longitud no está señalada por ningún signo que pueda enseñarte. Así pues, es tarea tuya saberlo y recordarlo. Te será precioso para leer a los poetas.

—El gramático empezó por hacerme leer a Homero. ¿No te parece extraño?

—Algunos versos de una epístola dirigida por el poeta Horacio a uno de sus amigos te explican la razón de ello, que me parece acertada. Cuando Homero narra la guerra que enfrentó a los griegos y a los troyanos muestra los peligros de las pasiones, sean éstas cuales sean —la cólera al tiempo que el amor en Agamenón—, y concluye que las locuras de los reyes recaen sobre los pueblos. ¿No crees que tiene razón? La lección es válida para cada uno de nosotros, aunque no seamos reyes. ¿Qué opinas de esto, Marco? ¿No temes el futuro que te aguarda? ¿No tenía razón tu gramático en hacerte leer, en primer lugar, los poemas de Homero, mientras tu mente completamente nueva recibía fácilmente las nuevas impresiones? Nunca es inútil enseñar a los hombres, desde su infancia, a desconfiar de las pasiones, que son las primeras en nacer en nosotros, mucho antes que la razón. ¿Recuerdas los hechizos de Circe, la maga que transformaba a los hombres en perros o en cerdos? Pero tú has leído la *Odisea,* y sé que te ha gustado. Así, la lectura de Homero ha sido para ti, y sin que te dieras cuenta, el comienzo de la sabiduría.

—Sí, gracias a ti he comprendido que hay conocimientos que nos parecen ajenos a nuestra vida, e incluso inútiles, y que, sin embargo, penetran profundamente en nosotros y nos guían.

—Importa poco que sea un poeta griego quien te los enseñe. Conoces lo suficiente su lengua, y además, ¿no me has dicho que ésta te llegaba directamente al alma?

—Sí, y también que el latín sería para ti la lengua del espíritu y de la razón, la que nos ayuda a descubrir la verdad.

—Yo no iría tan lejos, Marco. Sabes muy bien que hay excelentes poetas que han escrito en latín y cuyos versos nos llegan directamente al alma. Tales poetas conocen el arte de agrupar las palabras, de alternar las sílabas largas y las breves de tal manera que éstas se convierten en una especie de música silenciosa que encadena el alma y posee, por sí misma,

el maravilloso poder de alegrarla o de entristecerla. Las palabras, así coloreadas como por una luz fuera de lo habitual, adquieren una fuerza nueva.

—Pero entonces, mi querido Frontón, ya no se trata de poesía, sino del poder de las palabras sobre el espíritu y la razón. El retórico, cuyas lecciones seguí después de las del gramático y antes que las tuyas, me lo mostró muy bien. Recuerdo el procedimiento que empleó. Empezó citándonos una serie de fórmulas hechas, de *chriae,* como él decía, o, en latín, *sententiae,* cuyo significado debíamos explicar y desarrollar, y, llegado el caso, también criticar. Por medio de este ejercicio, el retórico esperaba que tratáramos de comprender el pensamiento que contenía la *sententia,* más allá de las palabras de las que estaba formada, y que, al mismo tiempo, se nos grabara en la mente su forma en sí, los procedimientos que había utilizado el autor para obtener este resultado, para que, de esa forma, nosotros mismos llegáramos a ser capaces de escribir *sententiae.* Para ello, nos pedía que analizáramos el pensamiento que queríamos expresar bajo esa forma, que llegáramos a dominarla perfectamente con el fin de educar nuestro gusto y nuestra capacidad de comprensión.

Había un ejercicio que me gustaba mucho y que consistía en hacer hablar a un personaje imaginario, atribuyéndole tal o cual opinión y un cierto estilo de pensamiento. Se parecía bastante al teatro. Tan pronto había que hacer hablar a un animal, como en una fábula, como a un personaje histórico, al modo de los libros de historia, en los que no se pone en boca de sus héroes las palabras que realmente han dicho, de las que no poseemos prueba escrita, sino las que probablemente dijeran de acuerdo con lo que sabemos de su carácter y de sus acciones. El historiador se convierte así en un autor de tragedias o de comedias cuyos personajes existen independientemente de él, y a los que debe recrear.

—Tienes razón, Marco. Los historiadores no pueden transmitirnos la verdad sobre el pasado, porque nunca conocen la totalidad de los acontecimientos que evocan. Se encuentran ante un espejo roto cuyos trozos hay que reconstruir. ¡Felices aquellos a quienes les faltan sólo unos pocos! Pero, naturalmente, la función del retórico es enseñar a sus alumnos la teoría y la práctica de la elocuencia.

—El mío no dejó de hacerlo. ¡Cuántas controversias y *suasoriae* no habré compuesto bajo su dirección! Durante todo el tiempo que fui su alumno viví en un mundo extraño. Nos proponía temas a veces muy alejados de la realidad: a Agamenón cuestionándose si debe o no sacrificar a Ifigenia, preguntándose qué exigen de él sus deberes de rey o de padre. Y nosotros teníamos que idear argumentos para resolver ese conflicto. Por suerte, nunca tendremos que tomar una decisión tan grave. Nos hablaba también de los trescientos espartanos comprometidos en luchar contra los persas, dudando entre cumplir con su deber,

que era permanecer en sus puestos y morir, y su salvación.

Entre las controversias también había historias de piratas que raptaban a muchachas y las obligaban a llevar una vida deshonrosa. Se trataba de saber si, a pesar de eso, podrían seguir siendo sacerdotisas después de regresar a su patria. En estas historias también había situaciones excepcionales.

—Todo eso te parece ridículo, Marco. No olvides que se trata de juegos, y que es bueno, para los niños y para los jóvenes, jugar antes de abordar la vida real y sus problemas. Tirar al arco sobre un blanco antes de participar en un combate. En la vida que entreveo para ti no faltarán los combates. Te esperan muchas dificultades y muchos problemas. Echarás de menos los tiempos en los que el retórico te acompañaba en el mundo imaginario de las controversias, donde los argumentos no tenían ninguna consecuencia real, algo que no te sucederá cuando seas príncipe.

cronología

Antes de Cristo

Los Orígenes

753	Fundación de Roma por Rómulo y Remo.
753-717	Reinado de Rómulo y de los tres reyes sabinos.
717-672	Numa Pompilio
672-640	Tulio Hostilio.
640-616	Anco Marcio. Le siguen tres reyes etruscos.
616-578	Tarquino el Viejo.
578-534	Servio Tulio.
534-509	Tarquino el Soberbio.
520 (h.)	Consagración del templo de Júpiter Capitolino.
509	Expulsión de la realeza etrusca. Comienzo de la República.

CONQUISTA DE ITALIA

497	Victoria sobre los latinos en el lago Regille.
494	Secesión de la plebe en el Aventino.
485 (h.)	Coriolano vence a los volscos.
471	Elección de los tribunos de la plebe.
458	Cincinato, nombrado dictador, vence a los ecuos en Algide.
450 (h.)	Ley de las Doce Tablas, fuente del derecho civil romano.
440	Ley por la que se establece la igualdad entre patricios y plebeyos.
396	Camilo se apodera de la ciudad etrusca de Veyes.
390	Los galos saquean Roma. Episodio de los gansos del Capitolio.
367	Segundo ataque galo, detenido en el Anio. Construcción del templo de la Concordia al pie del Capitolio.
362	Organización de los primeros juegos escénicos.
343-341	Primera guerra contra los samnitas, pueblo del Apenino.
338	Victoria definitiva sobre los latinos, quienes pasan a ser ciudadanos romanos.
321	Derrota de los romanos en las Horcas Caudinas durante la segunda guerra samnita.
3 12	Construcción de la Vía Apia entre Roma y Capua, recientemente anexionada.
306	Tratado entre Roma y Cartago para delimitar sus zonas de influencia.
300	Los plebeyos pueden acceder al pontificado supremo.
291	Final de la tercera guerra contra los samnitas, quienes se someten definitivamente.
279	Pirro, rey de Epiro, acude en ayuda de los griegos de Tarento y derrota a los romanos.
272	Los romanos toman Tarento.
265	Captura de Volsinii, última ciudad etrusca independiente. Roma domina toda Italia.
264	Primeros combates de gladiadores.

LA EXPANSIÓN POR EL MEDITERRÁNEO

264	Messina pide ayuda a Roma contra Cartago. Comienzo de la primera guerra púnica.
262-260	Victorias romanas: terrestre en Agrigento y naval en Milos.
256-255	Desembarco romano en África. Derrota y sacrificio de Régulo.
242	Victoria naval de los romanos en las islas Aegates. Paz con Cartago. Sicilia pasa a ser provincia romana.
240	Livio Andrónico escribe la primera tragedia latina en Tarento.
237	El cartaginés Amílcar Barca conquista España.
225	Establecimiento de bases romanas en Iliria para luchar contra los piratas del Adriático.
222	Conquista de la Galia Cisalpina. Toma de Milán.
220	Construcción de la Vía Flaminia, desde Roma hasta Rímini.
219	Aníbal, hijo de Amílcar, asedia Sagunto, ciudad española aliada de Roma. Comienzo de la segunda guerra púnica.
218	Aníbal atraviesa los Alpes y vence en el río Trebia.
217	Aníbal vence a Flaminio en el lago Trasimeno. Fabio Cunctator es nombrado dictador.
216	Aníbal, después de vencer en Cannas, renuncia a marchar sobre Roma y se alía a Filipo V de Macedonia.
212	Los romanos recuperan Siracusa. Menechmos, primera comedia de Plauto.
210	Escipión recupera Cartagena.
207	Asdrúbal, hermano de Aníbal, muere en la batalla de Metauro.
205	Roma firma la paz con Filipo de Macedonia.
204	Escipión, elegido cónsul, pasa a África.
202	Aníbal es vencido por Escipión en Zama.
201	Paz con Cartago en unas condiciones muy duras.
197	Después de vencer a Filipo de Macedonia, Flaminio proclama «la libertad de los griegos». España pasa a ser provincia romana.
188	Tratado de Apamea con Antíoco III de Siria, vencido por los romanos que ocupan Asia Menor.
184-182	Censura vigilante de Catón el Viejo.
185-170	Construcción en Roma de las basílicas Porcia, Aemilia y Sempronia.

168 Paulo Emilio vence y hace prisionero a Perseo de Macedonia en Pidna.
166 Primera comedia de Terencio, Andria.
148 Alzamiento de la liga griega contra la dominación romana.
149 Guerra entre Cartago y Masinisa, aliado de Roma. Tercera guerra púnica.
146 Escipión Emiliano toma y destruye Cartago. Mummio toma y destruye Corinto. África y Macedonia pasan a ser provincias romanas.
146 Primeros Juegos Seculares.
133 Átalo de Pérgamo lega a Roma su reino, que se convertirá en la Provincia de Asia.
133 Reformas agrarias de Tiberio Graco, que es asesinado.
125 Marsella hace un llamamiento a Roma contra los galos.
124-121 Cayo Graco somete a voto una ley agraria y frumentaria. Es asesinado.
122-118 Fundación de Aix-en-Provence después de Narbona.
112 Comienzo de la guerra de Yugurta, en Numidia.
109 Construcción del puente Milvio en el Tíber.
107 El cónsul Mario reforma el ejército.
106 Mario derrota a Yugurta.
102-101 Mario, cónsul por cuarta vez, vence a los cimbros y a los teutones.
89 Al terminar la guerra social, se concede el derecho de ciudadanía a los italianos.
89 Mitrídates, rey del Ponto, levanta a Grecia contra Roma.

LAS GUERRAS CIVILES

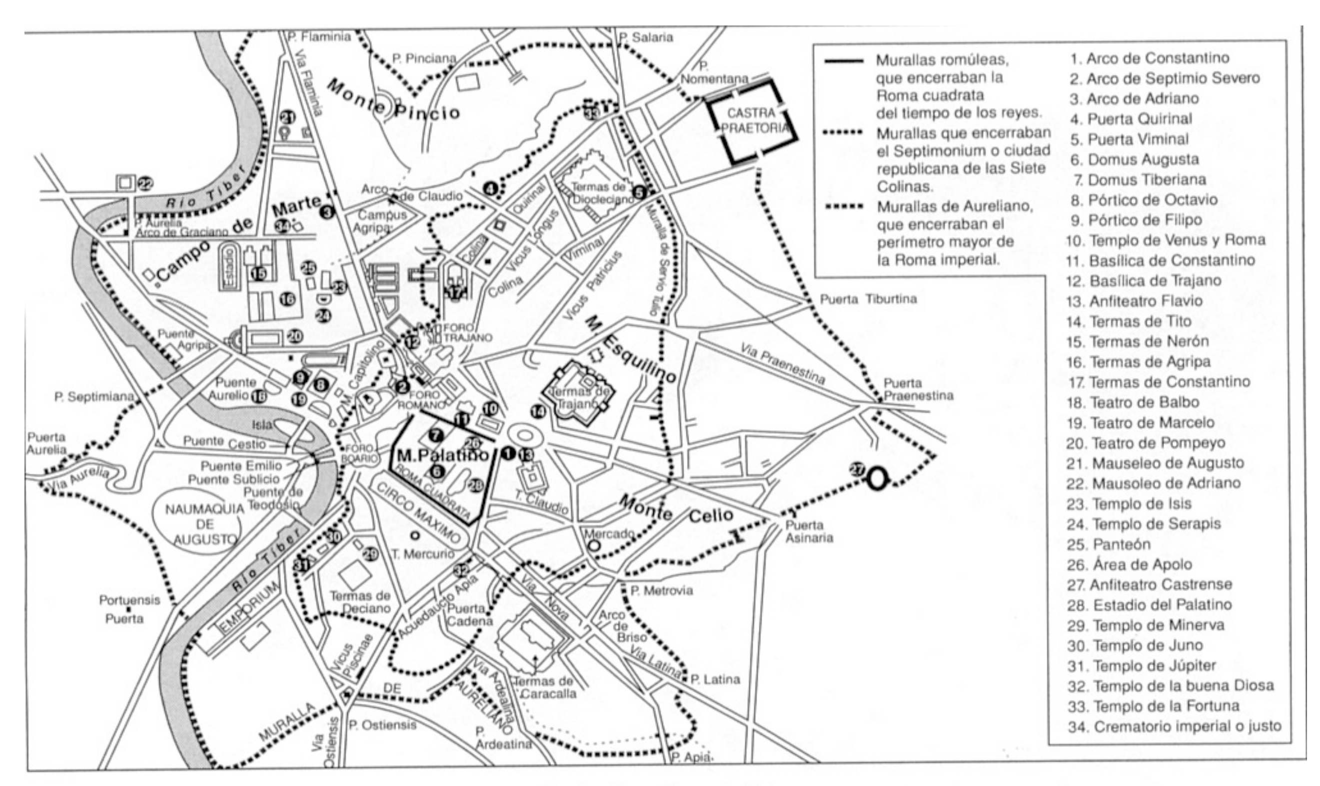
88 Primer consulado de Sila. Roma se divide entre los partidarios de éste y los de Mario.
87 Sila lucha en Oriente contra Mitrídates. Mario es elegido cónsul por séptima vez.
85 Sila y Mitrídates firman la paz.
82 Sila vuelve a tomar el control de Roma. Nombrado dictador, emprende reformas políticas y decide proscripciones.
79 Retirada de Sila.
73 Rebelión de Espartaco.
71 Pompeyo aniquila a las últimas tropas de esclavos.
70 Los cónsules Pompeyo y Craso abrogan las leyes de Sila. Cicerón denuncia a Verres.
67 Ley Roscia: en el teatro, las catorce primeras filas se reservan a los caballeros.
63 Victorias definitivas de Pompeyo contra Mitrídates.
63 Consulado de Cicerón. Conjura de Catilina.
62 Siria pasa a ser provincia romana.
60 Pompeyo, Craso y César forman el primer triunvirato.
58 César comienza la conquista de las Galias.
55 Pompeyo ordena construir en Roma el primer teatro de piedra.
54 Difusión de la obra De rerum natura, de Lucrecio.
52 César toma Alesia. Rendición de Vercingetórix. La Galia pasa a ser provincia romana.
49 César cruza el Rubicón, expulsa a Pompeyo de Roma y es nombrado dictador.
48 César aplasta al ejército de Pompeyo en Farsalia, Tesalia. Pompeyo es asesinado en Egipto.
46 Fundación de la ciudad de Arles.
46-45 César vence a los seguidores de Pompeyo en Tapso (África) y después en Munda (España).
44 (15 -III) Asesinato de César. Cicerón escribe el De officiis.
43 Octavio, Antonio y Lépido forman el segundo triunvirato. Cicerón es asesinado.
42 Bruto y Casio, cabecillas de la conspiración contra César, son vencidos en Filipos.
40 Acuerdos de Brindisi: Antonio recibe Oriente, principalmente Egipto, donde reina Cleopatra; Octavio recibe el Occidente, y Lépido, África.
40 (h.) Salustio escribe La guerra de Yugurta.
36 Octavio vence a Sexto Pompeyo.
33 Ruptura entre Octavio y Antonio.
32 Octavio declara la guerra a Cleopatra y recibe el juramento de todo el Occidente.
31 Victoria naval de Actium sobre Antonio y Cleopatra.
29 Virgilio escribe las Geórgicas.
21 Octavio, dueño del mundo romano, toma el título de Augusto.

EL DESARROLLO DEL IMPERIO

30 (h.) Odas de Horacio.
27 Agripa ordena construir el Panteón.
19 Muerte de Virgilio. Aparición de la Eneida.
17 Celebración de los Juegos Seculares.
13 Construcción del Ara Pacis (altar de la Paz).
12-9 Campañas en Germania de Tiberio y Druso, yernos de Augusto.
11 Construcción del teatro de Marcelo.
2 Creación de la prefectura de la guardia pretoriana.

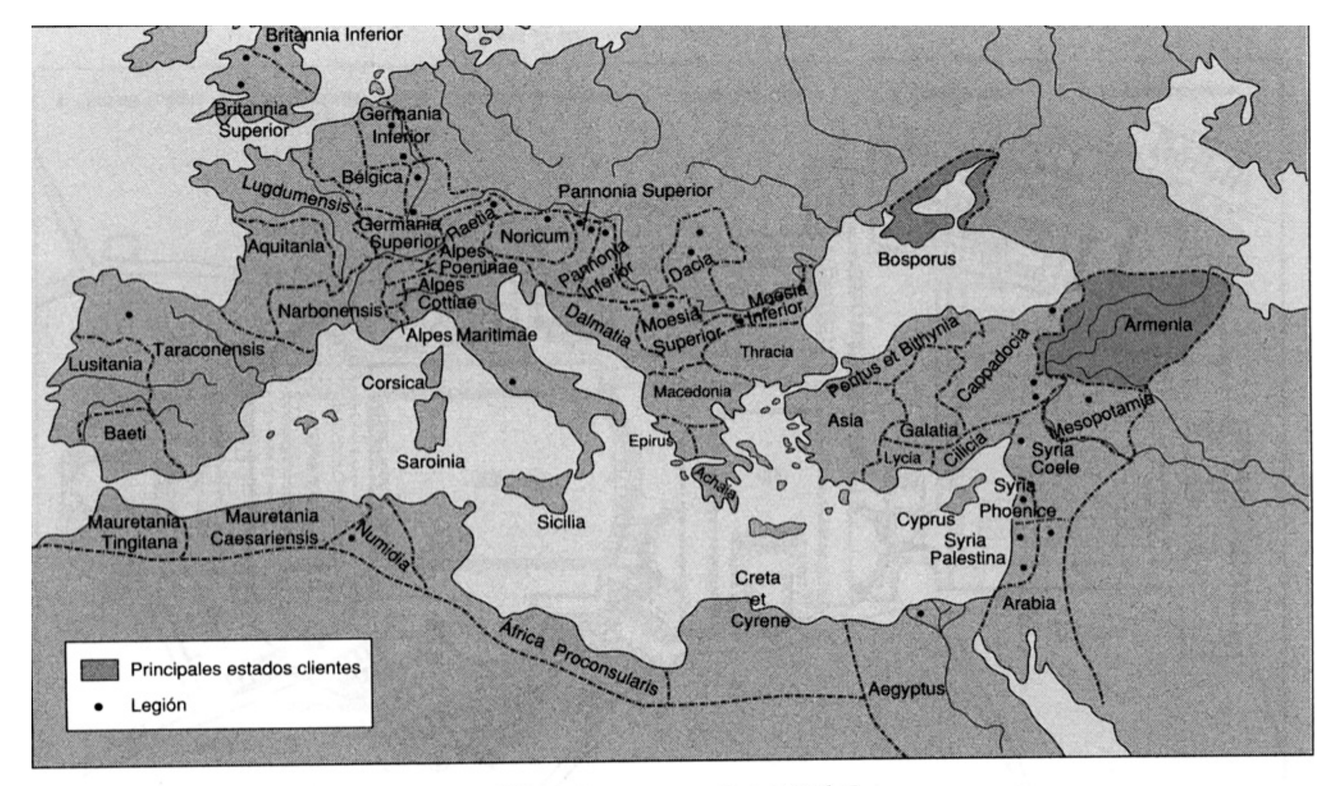
Después de Cristo

4	Conspiración de Cinna contra Augusto.
6	Judea pasa a ser provincia imperial.
8 (h.)	Ovidio publica La metamorfosis y los Fastos.
9	Arminio aniquila a las legiones de Varo en Germania.
14	Tiberio sucede a Augusto.
16	Germánico, sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, vence en el Rin.
17	Germania pasa a ser provincia imperial. Muerte de Tito Livio, que había empezado a escribir su Historia romana treinta años antes.
19	Muerte sospechosa de Germánico.
31	Ejecución de Lucio Aelio Seiano, prefecto de la guardia pretoriana.
37	Calígula, hijo de Germánico y de Agripina, sucede a Tiberio.
40	Mauritania forma dos provincias romanas.
41	Calígula es asesinado y le sucede su tío Claudio.
43	Claudio conquista Bretaña (sur de Inglaterra).
49	espués de haber ordenado ejecutar a su esposa Mesalina, Claudio se casa con Agripina II, ya madre de Nerón, del que Séneca se convierte en preceptor.
54	Claudio es asesinado por su esposa. Le sucede Nerón.
55	Británico, hijo de Claudio y de Mesalina, muere asesinado. Séneca escribe De constantia sapientis.
55 (h.)	Petronio escribe el Satiricón.
63	Paz victoriosa con los partos.
64	Incendio de Roma. Primeras persecuciones contra los cristianos. Nerón ordena construir la Casa Dorada.
65	Conjura de Pisón. Muerte de Séneca y de Lucano, que deja inacabada la Farsalia.
68	Revuelta contra Nerón, que se suicida.
69	Sucesión rápida y violenta de Galba, Otón y Vitelio. Vespasiano, emperador único. La dinastía de los Flavios sustituye a la de los Julio-Claudios.
70	Tito, hijo de Vespasiano, destruye Jerusalén. Final de la revuelta de Civilis en la Galia.
71	Vespasiano ordena construir un nuevo foro. •
79	Tito sucede a Vespasiano. Erupción del Vesubio y destrucción de Pompeya. Muere Plinio el Viejo.
80	Éxito de Agrícola en el norte de Inglaterra.
81	Domiciano sucede a su hermano Tito. Finaliza la construcción del Coliseo.
88	Construcción de un limes en Germania.
89	Domiciano es derrotado por los dacios.
92	Quintiliano publica Institutiones oratoriae.
93	Domiciano expulsa a los filósofos de Roma.
96	Domiciano muere asesinado. Inicio, con Nerva, de la dinastía de los Antoninos.
98	Trajano, de origen español, sucede a Nerva.
100	Plinio el Joven publica un Panegírico de Trajano.
106	Victoria decisiva de Trajano contra los dacios.
114	Finaliza la construcción del Foro de Trajano. Erección de la Columna trajana.
114-115	Armenia, Mesopotamia y Asiria pasan a ser provincias imperiales.
116 (h.)	Después de los Anales, aparecidos en el 106, Tácito publica sus Historias.
117	Adriano sucede a Trajano.
122-124	Construcción de la muralla de Adriano entre Inglaterra y Escocia.
131	Adriano ordena codificar el derecho romano por un edicto perpetuo y aplicable a todo el Imperio.
135	La insurrección judía es reprimida definitivamente. Terminación de la villa de Adriano en Tívoli.
136	El retórico Frontón se convierte en preceptor de Marco Annio Vero (Marco Aurelio).
138	Adriano adopta a Antonino, quien a su vez lo hace con Marco Aurelio. Antonino sucede a Adriano.
143	Frontón ejerce el consulado.
145	Marco Aurelio contrae matrimonio con Faustina la Joven.
161	Marco Aurelio, asociado con Lucio Vero, sucede a Antonino.
169	Muerte de Lucio Vero.
171-172	Victorias de Marco Aurelio contra los quades y los marcomanos.
173	Marco Aurelio finaliza el libro II de sus Pensamientos.
176	Triunfo de Marco Aurelio y de su hijo Cómodo.
180	Marco Aurelio muere en las orillas del Danubio, durante una nueva campaña contra los quades.

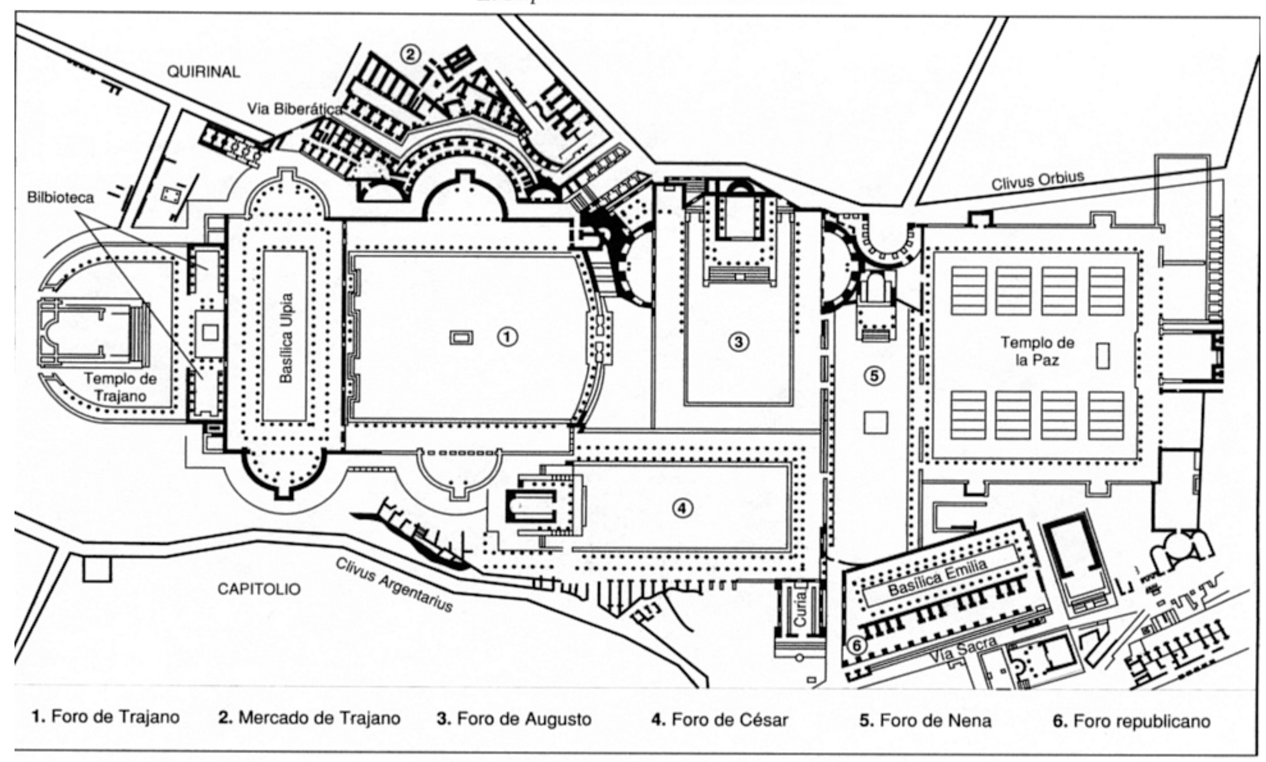


Evolución urbana de Roma

El Imperio romano en el año 14 d. C.



El Imperio romano en el año 214 d. C.



Planta de los Foros imperiales de Roma